



José Carlos
MARIATEGUI

Temas

de Nuestra América

CARTA DE WALDO FRANK

¡Qué apiñados os veo a vosotros todos, agrupados con pena en el amor hacia aquel hombre! Yo veo a la clara y fuerte mujer que era su esposa y sin la cual —estoy seguro— su trabajo no habría podido ser realizado. Había una singular y compleja claridad en aquel hogar, creado por ambos: en la esposa y en José Carlos, una nota dura, cierta y nunca manchada, como campana de plata. Y veo a todos sus amigos cerca de tal mujer: Sabogal, carne espiritual de los Andes; Julia, luminosa como el mundo, sólida como una mujer; la tierna Nomi, llorando por su hermano; Basadre, quien por lo que de él he vislumbrado, me parece un monje moderno al servicio del Dios del Perú. Oh, todos vosotros —¡yo no puedo dar aquí nombres! Ya os veo, encorvados y desorientados; ya purificados y fuertes con nuestro dolor de orfandad. Queridos hermanos, queridas hermanas, ¡yo no he sufrido menos que vosotros todos! Yo estoy solo. Nadie, nadie hay en esta América mía, a quien pueda volverme y que, habiendo conocido como nosotros a ese hombre, lo entienda y corresponda.

Pero, éramos pocos. Yo he hablado a mi esposa sobre José Carlos —de cómo él se erguía, encarnando toda mi intuición, todas mis aspiraciones en su América y la mía. Es verdad: mi fe, mi amor, mi voluntad creadora en América Hispánica, parecían haber adquirido carne en ese frágil hombre. Nadie, en todo nuestro Continente, se irguió, tan fuerte, antes de que yo viniera; nadie se arraigó tan hondamente en mi corazón, cuando lo dejé. Así hablaba de él a mi esposa. Como no lee ni habla castellano, el vuestro es un mundo que ella sólo puede vislumbrar a través de mí. Aquel día, ella yacía en cama. Yo me detuve ante su lecho, teniendo la carta de Ud. en mi mano: "Mariátegui ha muerto" —exclamé—: "él ha muerto".

¿Qué podría ella comprender Nada —y todo. Yo vi que sus ojos se llenaban de lágrimas. Me atrajo hacia ella. Sus brazos me sostuvieron, y supo —como antes— todo lo que sufría yo y todo lo que el muerto significaba para mí. Mis ojos se nublaron también, entonces. Y los dos lloramos juntos.

Sali hacia mis ocupaciones, por las calles de Nueva York —la ciudad moderna— la ciudad del mundo, no lloraba, no sabía que José Carlos había muerto. Pero ¡yo no podía participar nuestro secreto a mi ciudad! Todavía no. Ni tampoco participar nuestra angustia a mi país. Oh, mis queridos amigos, que sois ricos con estas angustias y con el conocimiento del hombre que él fue, permitidme que os diga: este secreto dolor que ignoraban las calles de Nueva York, esta tristeza —que Mariátegui ha muerto— es el secreto de la vida: es el secreto del nacimiento de la belleza y de la vida. Solamente cuando América empiece a sufrir —y yo sé lo que ella ha sufrido con la muerte de aquel hombre— comenzará su gestación.



Perdóneme Ud.; ruegue a mis amigos que me perdonen, si no puedo escribir más, ahora. Mis auténticas palabras de homenaje al hombre que ha muerto, deben ser amorosamente, apasionadamente, pero simplemente erguidas como una iglesia, con la carne y el pensamiento de mi vida. Pues toda mi fe, y la visión de nuestro mundo se derrumbaron, como un santuario, ante él, cuando supe su muerte. Ellas —fe y visión— se detuvieron, quietas también y muy juntas —cerca de aquel querido cuerpo silencioso. Deben levantarse aún, esa visión y esa fe, deben erguirse en todos nosotros, en nuestra voluntad de actuar y perseverar actuando: aquella voluntad será su testamento y su resurrección.

¿No es él, el cuerpo y el espíritu que seguimos? Mariátegui ha partido. ¿Ha sido derrotado el espíritu? Es duro saber que él ha partido, resignarse tan pronto a estar solos, sin él. Era imposible mientras él vivía, no continuar viviendo. Son difíciles la vida y la muerte, son difíciles. Y de las dos, la vida es la más dura. Al perder a José Carlos, mi corazón habría querido sucumbir con él. Pero después de haber tenido a José Carlos, mi corazón no podrá perderlo nunca, ni puede desmayar.

Ese hombre, en la tranquila y apasionada ternura de su visión, fue luz para nosotros todos. Su ausencia proyecta oscuridad sobre nuestro futuro. El está en ese futuro —sí, él está en aquella oscuridad del futuro. De hoy más, no podremos retroceder: debemos vivir y seguir adelante.

WALDO FRANK,
(norteamericano)

* De la carta dirigida por Waldo Frank al Dr. Luis Alberto Sánchez y publicada en "PRESENTE"; Lima, Julio de 1930, N° 1 pág. 12.

Carátula de "Temas de Nuestra América"
por

LORGIO VACA (boliviano)

Contracarátula

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Fragmento de una fotografía tomada en Lima,
1928, por José Malanca.

INDICE

Nota Editorial

Presentación

LA UNIDAD DE LA AMERICA INDO-ESPAÑOLA

Un Congreso de escritores hispanoamericanos
 ¿Existe un pensamiento hispano-americano?
 El Ibero-americanismo y Pan-americanismo
 La América Latina y la disputa boliviano-paraguaya

LA REVOLUCION MEXICANA

México y la Revolución
 La reacción en México
 La guerra civil en México
 Obregón y la Revolución Mexicana
 La lucha eleccionaria en México
 Portes Gil contra la C.R.O.M
 Orígenes y perspectivas de la insurrección mexicana
 La reacción en México
 La lucha eleccionaria en México
 Al margen del nuevo curso de la política mexicana

AUTORES Y LIBROS AMERICANOS

Seis ensayos en busca de nuestra expresión
 Indología, por José Vasconcelos
 Los de abajo, de Mariano Azuela
 La Revolución Mexicana, por Luis Araquistain
 Un libro de Discursos y Mensajes de Calles
 El Nuevo Derecho, de Alfredo Palacios
 José Ingenieros
 Oliverio Gironde
 Camino de Santidad, por Julio Navarro Monzó
 La batalla de "'Martín Fierro"
 La Batalla del Libro
 Edwards Bello, novelista
 La aventura de Tristán Marof
 Sanín Cano y la nueva generación
 Levante, por Blanca Luz Bruma

POLITICA IBERO-AMERICANA

Política uruguaya
La batalla electoral de la Argentina
Política argentina
La perspectiva de la política chilena
El imperialismo yanqui en Nicaragua
Las elecciones en Estados Unidos y Nicaragua
Política colombiana
Guillermo Valencia y Vásquez Cobos
Instantánea del panorama eleccionario de Colombia
La abstención liberal en Colombia
Las elecciones colombianas
El movimiento revolucionario venezolano
La Ley- Marcial en Haití

INDICE ONOMASTICO

NOTA EDITORIAL

Los hijos de José Carlos Mariátegui, cumpliendo un deber patriótico y filial hemos asumido la tarea de publicar las obras completas del genial y profundo pensador peruano. Para cumplir este propósito —venciendo obstáculos de diverso orden— hemos recopilado escrupulosamente toda la vasta producción intelectual de José Carlos Mariátegui, desde su viaje a Europa hasta su muerte. Deliberadamente se ha omitido su no menos copiosa obra escrita en la adolescencia, hasta su partida al Viejo Mundo. Respetuosos de la apreciación que ese período de su vida le mereciera, y que irónicamente llamaba su "edad de piedra", no incluimos sus escritos de aquella época, que, además, poco añaden a su obra de orientador y precursor de la conciencia social en el Perú.

Apenas es necesario recordar que la substancial obra del Amauta fue producida casi en su integridad en el decurso de los años 1923 al 30, es decir, en tan sólo siete años. En este breve lapso, José Carlos Mariátegui alcanzó a publicar —en forma de libros— dos volúmenes de sus escritos: **La Escena Contemporánea** (1925) y **Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana** (1928). Con posterioridad a su muerte se han impreso **Defensa del Marxismo** (1934) —en edición incompleta— y, por nosotros, **El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy** (1950) y **La Novela y la Vida** (1955). Debemos advertir que el material de estos tres últimos libros estaba en gran parte organizado por su autor. En cambio, los demás títulos que componen esta serie han resultado de la compilación del resto de su abundante producción, que se hallaba desperdigada en los artículos acogidos por las revistas de la época, principalmente **Mundial** y **Variedades**, el diario limeño **El Tiempo**, la insuperada **Amauta** que dirigiera y otras más del Perú y del extranjero. Recogiendo íntegramente todos sus escritos sin criterio selectivo excluyente, agrupándolos por temas y dándoles por nombre el de los títulos que José Carlos Mariátegui empleara para designar sus secciones en las publicaciones citadas, hemos logrado los restantes volúmenes que integran esta colección, cuales son: **El Artista y la Época**, **Signos y Obras**, **Historia de la crisis mundial** (Conferencias), **Peruanicemos al Perú**, **Temas de Nuestra América**, **Ideología y Política**, **Temas de Educación**, **Cartas de Italia**, y los tres tomos de **Figuras y Aspectos de la Vida Mundial**.

Merecen una mayor explicación **Cartas de Italia** y la **Historia de la crisis mundial**. La primera es una recopilación tomada íntegramente del diario **El Tiempo**, al que José Carlos Mariátegui enviaba sus crónicas de viaje, entre los años 1920 y 1922, que contribuye a dar una mayor comprensión de su pensamiento, no obstante estar fuera del fecundo período anteriormente aludido. Escritas durante su permanencia en Europa, hecho que fue decisivo en su vida por que definió al hombre de ideas y al combatiente por la causa de la humanidad, estas crónicas son el testimonio de su definición: "He hecho en Europa mi mejor aprendizaje", escribió en el prólogo de sus **Siete Ensayos** y estas notas pertenecen a esa etapa de aprendizaje y transición. Luego, las conferencias dictadas desde el 9 de junio de 1923 hasta el 26 de enero de 1924, en forma de un curso que tituló **Historia de la crisis mundial**, las hemos reunido, en parte en sus versiones completas, y a falta de ellas, en las simples notas que le sirvieron de guía, acompañadas estas últimas, de las versiones de los diarios de la época.

Finalmente, incluimos en esta serie de obras, las dos biografías de José Carlos Mariátegui que hasta hoy se han escrito, complementadas con recopilaciones de diversos ensayos y artículos de notables escritores americanos. Así mismo va también una antología de poemas inspirados en su vida y obra. Y para completar un cuadro total de la obra de José Carlos Mariátegui, se incluye una síntesis del contenido de su histórica revista **Amauta** que es parte inseparable de su obra y de su vida; de su vida breve, que sin trasponer los treinta y cinco años, dejó un camino, una razón y una fe.

LOS EDITORES

PRESENTACION

En este volumen han sido reunidos los artículos que José Carlos escribió sobre temas americanos publicados en las únicas revistas que en el Perú dedicaban suficiente espacio a cosas menos banales que las crónicas mundanas. "Mundial" y "Variedades" no eran simples magazines. De sus páginas pueden extraerse estudios de permanente valor. La presente recopilación es una muestra.

Ahora, al releerlos quienes los habíamos leído a su tiempo, nos sorprende la vigencia de muchos de sus juicios y la agudeza de su visión. A pesar de los treinta años transcurridos, Mariátegui es un escritor actual. Sus nuevos lectores hallarán en él la misma inquietud que los domina y, al mismo tiempo, la luz guiadora en el confuso período que vivimos.

José Carlos comprendió como pocos la realidad cultural de nuestra América, después de haber captado panorámicamente —desde su mirador europeo— la sustancia unitaria de los pueblos divididos y dispersos al sur del Río Bravo. Miró el continente, no desde dentro, sino desde más allá del Atlántico, como lo confiesa.

La revelación ha de marcar un rumbo definido a su pensamiento. Será desde entonces que Mariátegui toma posesión de "su América", que es la misma de Martí, de Sarmiento y de Montalvo. Pudo así sentirse un indoamericano sin fronteras, con interés igual para todos los países de este hemisferio. Gracias a esa identificación con todo lo americano, pudo Mariátegui, como experto columnista, penetrar hondamente no sólo en la vida del Perú sino en la de México, Venezuela, Colombia o Chile. Con singular acierto juzgó la política, la literatura o el arte, la economía o el derecho de cada una de las provincias culturales de nuestro mundo colombino.

Comprendió como pocos el significado de las revoluciones, la ideología de los caudillos y la personalidad de los conductores en las diversas esferas de la cultura.

Siguió paso a paso el proceso revolucionario mexicano y descubre con sagacidad todo lo que envuelve de contradictorio. Señala los logros y los fracasos a través del viacrucis de un pueblo que hacía su revolución, sin sujetarse a una doctrina o a un programa previamente aceptados. Eran los Villa y los Zapata los que encabezaban al campesinado en armas, para ser sustituidos más tarde por los Obregón y los Calles, no sin antes haber pasado bajo la férula de un Victoriano Huerta. A lo largo del proceso, cuántas defecciones traidoras. Sin embargo, la revolución no se detuvo y sigue siendo, según las palabras de Mariátegui, "una extraordinaria y aleccionadora experiencia". Fue un poco amargo su gesto cuando en su último artículo (19 de marzo de 1930) escribe: "Han dado ya marcha otras. Y sus teóricos nos sirven, en tanto, con facundia latinoamericana, una tesis del Estado regulador, del Estado intermedio, que se parece como una gota de agua a otra gota a la tesis del Estado fascista"... Felizmente, no ocurrió así. La muerte no permitió a José Carlos examinar la prosecución de la extraordinaria experiencia que sigue siendo aleccionadora para la América Austral.

Estas páginas, nutridas de pensamiento, formando un libro, no quedarán olvidadas gracias al fervor filial.

Luis E. VALCÁRCEL

LA UNIDAD DE LA AMÉRICA INDO-ESPAÑOLA*

Los pueblos de la América española se mueven, en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon, así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego, idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España. El proceso de formación de los pueblos indo-españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme.

La generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana. Opuso a España un frente único continental. Sus caudillos obedecieron no un ideal nacionalista, sino un ideal americanista. Esta actitud correspondía a una necesidad histórica. Además, no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades. La revolución no era un movimiento de las poblaciones indígenas. Era un movimiento de las poblaciones criollas, en las cuales los reflejos de la Revolución Francesa habían generado un humor revolucionario.

Mas las generaciones siguientes no continuaron por la misma vía. Emancipadas de España, las antiguas colonias quedaron bajo la presión de las necesidades de un trabajo de formación nacional. El ideal americanista, superior a la realidad contingente, fue abandonado. La revolución de la independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. El idealismo de esa gesta y de esos hombres había podido elevarse a una altura inasequible a gestas y hombres menos románticos. Pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la unidad de la América Indo-Española. Acontecía, al mismo tiempo, que unos pueblos se desarrollaban con más seguridad y velocidad que otros. Los más próximos a Europa fueron fecundados por sus inmigraciones. Se beneficiaron de un mayor contacto con la civilización occidental. Los países hispano-americanos empezaron así a diferenciarse.

Presentemente, mientras unas naciones han liquidado sus problemas elementales, otras no han progresado mucho en su solución. Mientras unas naciones han llenado a una regular organización democrática, en otras subsisten hasta ahora densas residuos de feudalidad. El proceso del desarrollo de todas estas naciones sigue la misma dirección; pero en unas se cumple más rápidamente que en otras.

Pero lo que separa y aísla a los países hispano-americanos, no es esta diversidad de horario político. Es la imposibilidad de que entre naciones incompletamente formadas, entre naciones apenas bosquejadas en su mayoría, se concerte y articule un sistema o un conglomerado

internacional. En la historia, la comuna precede a la nación. La nación precede a toda sociedad de naciones.

Aparece como una causa específica de dispersión la insignificancia de vínculos económicos hispano-americanos. Entre estos países no existe casi comercio, no existe casi intercambio. Todos ellos son, más o menos, productores de materias primas y de géneros alimenticios que envían a Europa y Estados Unidos, de donde reciben, en cambio, máquinas, manufacturas, etc. Todos tienen una economía parecida, un tráfico análogo. Son países agrícolas. Comercian, por tanto, con países industriales. Entre los pueblos hispano-americanos no hay cooperación; algunas veces, por el contrario, hay competencia. No se necesitan, no se complementan, no se buscan unos a otros. Funcionan económicamente como colonias de la industria y la finanza europea y norteamericana.

Por muy escaso crédito que se conceda a la concepción materialista de la historia, no se puede desconocer que las relaciones económicas son el principal agente de la comunicación y la articulación de los pueblos. Puede ser que el hecho económico no sea anterior ni superior al hecho político. Pero, al menos, ambos son consustanciales y solidarios. La historia moderna lo enseña a cada paso. (A la unidad germana se llegó a través del zollverein.** El sistema aduanero, que canceló los confines entre los Estados alemanes, fue el motor de esa unidad que la derrota, la post-guerra y las maniobras del poincarismo no han conseguido fracturar. Austria-Hungría, no obstante la heterogeneidad de su contenido étnico, constituía, también, en sus últimos años, un organismo económico. Las naciones que el tratado de paz ha dividido de Austria-Hungría resultan un poco artificiales, malgrado la evidente autonomía de sus raíces étnicas e históricas. Dentro del imperio austro-húngaro la convivencia había concluido por soldarlas económicamente. El tratado de paz les ha dado autonomía política pero no ha podido darles autonomía económica. Esas naciones han tenido que buscar, mediante pactos aduaneros, una restauración parcial de su funcionamiento unitario. Finalmente, la política de cooperación y asistencia internacionales, que se intenta actuar en Europa, nace de la constatación de la interdependencia económica de las naciones europeas. No propulsa esa política un abstracto ideal pacifista sino un concreto interés económico. Los problemas de la paz han demostrado la unidad económica de Europa. La unidad moral, la unidad cultural de Europa no son Menos evidentes; pero sí menos válidas para inducir a Europa a pacificarse).

Es cierto que estas jóvenes formaciones nacionales se encuentran desparramadas en un continente inmenso. Pero, la economía es, en nuestro tiempo, más poderosa que el espacio, Sus hilos, sus nervios, suprimen o anulan las distancias. La exigüidad de las comunicaciones y los transportes es, en América indo-española, una consecuencia de la exigüidad de las relaciones económicas. No se tiende un ferrocarril para satisfacer una necesidad del espíritu y de la cultura.

La América española se presenta prácticamente fraccionada, escindida, balcanizada.*** Sin embargo, su unidad no es una utopía, no es una abstracción. Los hombres que hacen la historia hispano-americana no son diversos. Entre el criollo del Perú y el criollo argentino no existe diferencia sensible. El argentino es más optimista, más afirmativo que el peruano, pero uno y otro son irreligiosos y sensuales. Hay, entre uno y otro, diferencias de matiz más que de color.

De una comarca de la América española a otra comarca varían las cosas, varia el paisaje; pero casi no varía el hombre. Y el sujeto de la historia es, ante todo, el hombre. La economía, la política, la religión, son formas de la realidad humana. Su historia es, en su esencia, la historia del hombre.

La identidad del hombre hispano-americano encuentra una expresión en la vida intelectual. Las mismas ideas, los mismos sentimientos circular por toda la América indo-española. Toda fuerte personalidad intelectual influye en la cultura continental. Sarmiento, Martí, Montalvo no pertenecen exclusivamente a sus respectivas patrias; pertenecen a Hispano-América. Lo mismo que de estos pensadores se puede decir de Darío, Lugones, Silva, Nervo, Chocano y otros poetas. Rubén Darío está presente en toda la literatura hispano-americana: Actualmente, el pensamiento de Vasconcelos y de Ingenieros tiene una repercusión continental. Vasconcelos e Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América. Son dos directores de su mentalidad.

Es absurdo y presuntuoso hablar de una cultura propia y genuinamente americana en germinación, en elaboración. Lo único evidente es que una literatura vigorosa refleja ya la mentalidad y el humor hispano-americanos. Esta literatura —poesía, novela, crítica, sociología, historia, filosofía— no vincula todavía a los pueblos; pero vincula, aunque no sea sino parcial y débilmente, a las categorías intelectuales.

Nuestro tiempo, finalmente, ha creado una comunicación más viva y más extensa: la que ha establecido entre las juventudes hispano-americanas la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia. Ahora como entonces, la emoción revolucionaria da unidad a la América indo-española. Los intereses burgueses son concurrentes o rivales; los intereses de las masas no. Con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América. Los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán, en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres.

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 6 de Diciembre de 1924. Reproducido en **El Universitario**, Buenos Aires, Diciembre de 1925.

** Acuerdo aduanero.

*** Se refiere a la artificial separación de los países que conforman los Balcanes.

UN CONGRESO DE ESCRITORES HISPANO-AMERICANOS*

Edwin Elmore, escritor de inquieta inteligencia y de espíritu fervoroso, propugna la reunión de un congreso libre de intelectuales hispano-americanos. El anhelo de Elmore no se detiene, naturalmente, en la mera aspiración de un congreso. Elmore formula la idea de una organización del pensamiento hispano-americano. El congreso no sería sino un instrumento de esta idea. La iniciativa de Elmore merece ser seriamente examinada y discutida en la prensa. Luis Araquistain ha abierto este debate, en *El Sol de Madrid*, en un artículo en el cual declara su adhesión a la iniciativa. Los comentarios de Araquistain tienden, además, a precisarla y esclarecerla. Elmore habla de un congreso de intelectuales. Araquistain restringe «este equívoco y a veces presuntuoso vocablo a su acepción corriente de hombres de letras».

La adhesión de Araquistain es entusiasta y franca. «El solo encuentro —escribe Araquistain— de un grupo de hombres procedentes de una veintena de naciones, dedicados por profesión a algunas de las formas más delicadas de una cultura, a la creación artística o al pensamiento original, y ligados, sobre todo personalismo, por un sentimiento de homogeneidad espiritual, multiforme en sus variedades nacionales e individuales, sería ya un espléndido principio de organización. No hay inteligencia mutua ni obra común si los hombres no se conocen antes como hombres».

En el Perú, la proposición de Elmore difundida desde hace algunos meses entre los hombres de letras de varios países hispano-americanos, no ha sido todavía debidamente divulgada y estudiada. No he leído, a este respecto, sino unas notas de Antonio G. Garland —intelectual reacio por temperamento y por educación a toda criolla "conjuración del silencio"— aplaudiendo y exaltando el congreso propuesto.

Me parece oportuno y conveniente participar en este debate hispano-americano, aunque no sea sino para que la contribución peruana a su éxito, por la pereza o el desdén con que nuestros intelectuales se comportan generalmente ante estos temas, no resulte demasiado exigua. La cuestión fundamental del debate —la organización del pensamiento hispano-americano— reclama atención y estudio, lo mismo que la cuestión accesoria —la reunión de un congreso dirigido a este fin— A su examen deben concurrir todos los que puedan hacer alguna reflexión útil. No se trata, evidentemente, de un vulgar caso de compilación o de cosecha de adhesiones. Una recolección de pareceres, más o menos unánimes y uniformes, sería, sin duda, una cosa muy pobre y muy monótona. Sería, sobre todo, un resultado demasiado incompleto para la noble fatiga de Edwin Elmore. Que opinen todos los escritores, los que comparten y los que no comparten las esperanzas de Elmore y de los fautores de su iniciativa. Yo, por ejemplo, soy de los que no las comparten. No creo, por ahora, en la fecundidad de un congreso de hombres de letras hispanoamericanos, Pero simpatizo con la discusión de este proyecto. Juzgo, por otra parte, que polemizar con una tesis es, tal vez, la mejor manera de estimularla y hasta de servirla. Lo peor que le podría acontecer a la de Elmore sería que todo el mundo la aceptase y la suscribiese sin ninguna discrepancia. La unanimidad es siempre infecunda.

Me declaro escéptico respecto a los probables resultados del Congreso en proyecto. Mi escepticismo no tiene, por supuesto, las mismas razones que las del poeta Leopoldo Lugones. (Ha dicho Elmore, quien ha interrogado a muchos intelectuales hispano-americanos, que Lugones se ha mostrado «si no por completo, casi del todo escéptico en cuanto a la idea». Más tarde, Lugones, en una fiesta literaria del Centenario de Ayacucho, nos ha definido explícita y claramente su actitud espiritual —actitud inequívocamente nacionalista, reaccionaria, filofascista— sobre la cual podía habernos antes inducido en error la colaboración del poeta argentino en la Sociedad de las Naciones).

Pienso, en primer lugar, que el sino de estos congresos es el de concluir desnaturalizados y desvirtuados por las especulaciones del íberoamericanismo profesional. Casi inevitablemente, estos congresos degeneran en vacuas academias, esterilizadas por el íbero-americanismo formal y retórico de gente figurativa e histrionésca. Ciertamente que Elmore propone un "congreso libre" y que Araquistain agrega, precisando el término, "libre, es decir, fuera de todo patrocinio oficial". Pero el propio Araquistain sostiene, en seguida, que «no estaría demás invitar a las organizaciones de hombres de letras ya existentes: Sociedades de Autores Dramáticos, Asociaciones de Escritores P.E.N. Clubs de Lengua Castellana y Portuguesa, Asociaciones de la Prensa, etc.». La heterogeneidad de la composición del congreso aparece, pues, prevista y admitida desde ahora por los mismos escritores de homogeneidad espiritual. Los cortesanos intelectuales del poder y del dinero invadirían la Asamblea adulterándola y mistificándola. Porque, ¿cómo calificar, cómo filtrar a los escritores? ¿Cómo decidir sobre su capacidad y título para participar en el Congreso?

Estas no son simples objeciones de procedimiento o de forma. Enfocan la cuestión misma de la posibilidad de actuar, práctica y eficazmente, la iniciativa de Edwin Elmore. Yo creo que ésta es la primera cuestión que hay que plantearse. Que conviene averiguar, previamente, antes de avanzar en la discusión de la idea, si existe o no la posibilidad de realizarla. No digo de realizarla en toda su pureza y en toda su integridad, pero sí, al menos, en sus rasgos esenciales. La deformación práctica de la idea del Congreso de Escritores Hispano-Americanos traería aparejada ineluctablemente la de sus fines y la de su función. De una asamblea intelectual, donde prevaleciese numérica y espiritualmente la copiosa fauna de grafómanos y retores tropicales y megalómanos, que tan propicio clima encuentra en nuestra América, podría salir todo, menos un esbozo vital de organización del pensamiento hispano-americano. Medítelo Edwin Elmore, a quien estoy seguro que el fin preocupe mucho más que el instrumento.

Viene luego otra cuestión: la de la oportunidad. Vivimos en un período de plena beligerancia ideológica. Los hombres que representan una fuerza de renovación no pueden concertarse ni confundirse, ni aun eventual o fortuitamente, con los que representan una fuerza de conservación o de regresión. Los separa un abismo histórico. Hablan un lenguaje diverso y no tienen una intuición común de la historia. El vínculo intelectual es demasiado frágil y hasta un tanto abstracto. El vínculo espiritual es, en todo caso, mucho más potente y válido.

¿Quiere decir esto que yo no crea en la urgencia de trabajar por la unidad de Hispano-América? Todo lo contrario. En un artículo reciente, me he declarado propugnador de esa unidad. Nuestro tiempo —he escrito— ha creado en la América española una comunicación viva y extensa: la

que ha establecido entre las juventudes la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia.

Pienso que hay que juntar a los afines, no a los dispares. Que hay que aproximar a los que la historia quiere que estén próximos. Que hay que solidarizar a los que la historia quiere que sean solidarios. Esta me parece la única coordinación posible. La sola inteligencia con un preciso y efectivo sentido histórico.

Hablar vaga y genéricamente de la organización del pensamiento hispano-americano es, hasta cierto punto, fomentar un equívoco. Un equívoco análogo al de ese íbero-americanismo de uso externo que todos sabemos tan artificial y tan ficticio; pero que muy pocos nos negamos explícitamente a sostener con nuestro consenso. Creando ficciones y mitos, que no tienen siquiera el mérito de ser una grande, apasionada y sincera utopía, no se consigue, absolutamente, unir a estos pueblos. Más probable es que se consiga separarlos, puesto que se nubla con confusas ilusiones su verdadera perspectiva histórica.

Conviene considerar estos temas con un criterio más objetivo, más realista. Por haber sido tratados casi siempre superficial o románticamente, apenas están desflorados. Dejo para otro día la cuestión de la posibilidad y de la necesidad de organizar el pensamiento hispano-americano. Creo indispensable, ante todo, formular una interrogación elemental. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispano-americano? He aquí un punto que debe esclarecer este debate.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 19 de Enero de 1925

¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO?*

I

Hace cuatro meses, en un artículo sobre la idea de un congreso de intelectuales íbero-americanos, formulé esta interrogación. La idea del congreso ha hecho, en cuatro meses, mucho camino. Aparece ahora como una idea que, vaga pero simultáneamente, latía en varios núcleos intelectuales de la América indo-íbera. Como una idea que germinaba al mismo tiempo en diversos centros nerviosos del continente. Esquemática y embrionaria todavía, empieza hoy a adquirir desarrollo y corporeidad.

En la Argentina, un grupo enérgico y volitivo se propone asumir la función de animarla y realizarla. La labor de este grupo tiende a eslabonarse con la de los demás grupos íbero-americanos afines. Circulan entre estos grupos algunos cuestionarios que plantean o insinúan los temas que debe discutir el congreso. El grupo argentino ha bosquejado el programa de una "Unión Latino-Americana". Existen, en suma, los elementos preparatorios de un debate, en el discurso del cual se elaborarán y se precisarán los fines y las bases de este movimiento de coordinación o de organización del pensamiento hispano-americano como, un poco abstractamente aún, suelen definirlo sus iniciadores.

II

Me parece, por ende, que es tiempo de considerar y esclarecer la cuestión planteada en mi mencionado artículo. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispano-americano? Creo que, a este respecto, las afirmaciones de los fautores de su organización van demasiado lejos. Ciertos conceptos de un mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Ibero-América han inducido, a algunos temperamentos excesivos y tropicales, a una estimación exorbitante del valor y de la potencia del pensamiento hispano-americano. El mensaje de Palacios, entusiasta y optimista en sus aserciones y en sus frases, como convenía a su carácter de arenga o de proclama, ha engendrado una serie de exageraciones. Es indispensable, por ende, una rectificación de esos conceptos demasiado categóricos.

«Nuestra América —escribe Palacios— hasta hoy ha vivido de Europa teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución». No es posible sorprenderse de que estas frases hayan estimulado una interpretación equivocada de la tesis de la decadencia de Occidente. Palacios parece anunciar una radical independización de nuestra América de la cultura europea. El tiempo del verbo se presta al equívoco. El juicio del lector simplista deduce de la frase de Palacios que "hasta ahora la cultura europea ha nutrido y orientado" a América; pero que desde hoy no la nutre ni orienta más. Resuelve, al menos, que desde hoy Europa ha perdido el derecho y la capacidad de influir espiritual e intelectualmente en nuestra joven América. Y este juicio se acentúa y se exagera, inevitablemente, cuando, algunas

líneas después, Palacios agrega que "no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas" y quiere que nos emancipemos del pasado y del ejemplo europeos.

Nuestra América, según Palacios, se siente en la inminencia de dar a luz una cultura nueva. Extremando esta opinión o este augurio, la revista Valoraciones habla de que «liquidemos cuentas con los tópicos al uso, expresiones agónicas del alma decrepita de Europa».

¿Debemos ver en este optimismo un signo y un dato del espíritu. afirmativo y de la voluntad creadora de la nueva generación hispano-americana? Yo creo reconocer, ante todo, un rasgo de la vieja e incurable exaltación verbal de nuestra América. La fe de América en su porvenir no necesita alimentarse de una artificiosa y retórica exageración de su presente. Está bien que América se crea predestinada a ser el hogar de la futura civilización. Está bien que diga: "Por mi raza hablará el espíritu".** Está bien que se considere elegida para enseñar al mundo una verdad nueva. Pero no que se suponga en vísperas de reemplazar a Europa ni que declare ya fenecida y tramontada la hegemonía intelectual de la gente europea.

La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en definitivo colapso. Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y paralítica. Malgrado la guerra y la post-guerra conserva su poder de creación. Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas. Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista. La nueva forma social, el nuevo orden político, se están plasmando en el seno de Europa. La teoría de la decadencia de Occidente, producto del laboratorio occidental, no prevé la muerte de Europa sino de la cultura que ahí tiene sede. Esta cultura europea, que Spengler juzga en decadencia, sin pronosticarle por esto un deceso inmediato, sucedió a la cultura greco-romana, europea también. Nadie descarta, nadie excluye la posibilidad de que Europa renueve y se transforme una vez más. En el panorama histórico que nuestra mirada domina, Europa se presenta como el continente de las máximas palingenias.*** Los mayores artistas, los mayores pensadores contemporáneos, ¿no son todavía europeos? Europa se nutre de la savia universal. El pensamiento europeo se sumerge en los más lejanos misterios, en las más viejas civilizaciones. Pero esto mismo demuestra su posibilidad de convalecer y renacer.

III

Tornemos a nuestra cuestión. ¿Existe un pensamiento característicamente hispano-americano?

Me parece evidente la existencia de un pensamiento francés, de un pensamiento alemán, etc., en la cultura de Occidente. No me parece igualmente evidente, en el mismo sentido, la existencia de un pensamiento hispano-americano. Todos los pensadores de nuestra América se han educado en una escuela europea. No se siente en su obra el espíritu de la raza. La producción intelectual del continente carece de rasgos propios. No tiene contornos originales. El pensamiento hispano-americano no es generalmente sino una rapsodia compuesta con motivos y elementos del pensamiento europeo. Para comprobarlo basta revistar la obra de los más altos representantes de la inteligencia indo-íbera.

El espíritu hispano-americano está en elaboración. El continente, la raza, están en formación también. Los aluviones occidentales en los cuales se desarrollan los embriones de la cultura hispano o latino-americana, —en la Argentina, en el Uruguay, se puede hablar de latinidad— no han conseguido consustanciarse ni solidarizarse con el suelo sobre el cual la colonización de América los ha depositado.

En gran parte de Nuestra América constituyen un estrato superficial e independiente al cual no aflora el alma indígena, deprimida y huraña, a causa de la brutalidad de una conquista que en algunos pueblos hispano-americanos no ha cambiado hasta ahora de métodos. Palacios dice: «Somos pueblos nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes ante nosotros. El cruzamiento de razas nos ha dado un alma nueva. Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de razas». En la Argentina es posible pensar así; en el Perú y otros pueblos de Hispano-América, no. Aquí la síntesis no existe todavía. Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de Europa, y que, como ya he tenido oportunidad de remarcar, es el sentimiento más extranjero y postizo que en el Perú existe.

IV

El debate que comienza debe, precisamente, esclarecer todas estas cuestiones. No debe preferir la cómoda ficción de declararlas resueltas. La idea de un congreso de intelectuales ibero-americanos será válida y eficaz, ante todo, en la medida en que logre plantearlas. El valor de la idea está casi íntegramente en el debate que suscita.

El programa de la sección Argentina de la bosquejada Unión Latino-Americana, el cuestionario de la revista Repertorio Americano de Costa Rica y el cuestionario del grupo que aquí trabaja por el congreso, invitan a los intelectuales de nuestra América a meditar y opinar sobre muchos problemas fundamentales de este continente en formación. El programa de la sección Argentina tiene el tono de una declaración de principios. Resulta prematuro indudablemente. Por el momento, no se trata sino de trazar un plan de trabajo. "en plan de discusión. Pero en los trabajos de la sección Argentina alienta un espíritu moderno y una voluntad renovadora. Este espíritu, esta voluntad, le confieren el derecho de dirigir el movimiento. Porque el congreso, si no representa y organiza la nueva generación hispano-americana, no representará ni organizará absolutamente nada.

NOTAS:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 19 de Mayo de 1925. Reproducido en **El Argentino**: La Plata, 14 de Junio de 1925.

** Lema creado por José Vasconcelos para la. Universidad Nacional de México.

*** Resurrecciones, regeneraciones.

EL IBERO-AMERICANISMO Y PAN-AMERICANISMO*

El ibero-americanismo reaparece en forma espontánea en los debates de España y de la América española. Es un ideal o un tema que, de vez en vez ocupa el dialogo de los intelectuales del idioma. (Me parece que no se puede llamarlos, en verdad, los intelectuales de la raza).

Pero ahora, la discusión tiene más extensión y más intensidad. En la prensa de Madrid, los tópicos del íbero-americanismo adquieren, actualmente, un interés conspicuo. El movimiento de aproximación o de coordinación de las fuerzas intelectuales íbero-americanas, gestionado y propugnado por algunos núcleos de escritores de nuestra América, otorga en estos días, a esos tópicos, un valor concreto y relieve nuevo.

Esta vez la discusión repudia en muchos casos. ignora al menos en otros, el íbero-americanismo de protocolo. (Ibero-americanismo oficial de don Alfonso, se encarna en la borbónica y decorativa estupidez de un infante, en la cortesana mediocridad de un Francos Rodríguez). El íbero-americanismo se desnuda en el diálogo de los intelectuales libres, de todo ornamento diplomático. Nos revela así su realidad como ideal de la mayoría de los representantes de la inteligencia y de la cultura de España y de la América indo-íbera.

El pan-americanismo, en tanto, no goza del favor de los intelectuales. No cuenta, en esta abstracta e inorgánica categoría, con adhesiones estimables y sensibles. Cuenta sólo con algunas simpatías larvadas. Su existencia es exclusivamente diplomática. La más lerda perspicacia descubre fácilmente en el pan-americanismo una túnica del imperialismo norteamericano. El pan-americanismo no se manifiesta como un ideal del Continente; se manifiesta, más bien, inequívocamente, como un ideal natural del Imperio yanqui. (Antes de una gran Democracia, como les gusta calificarlos a sus apologistas de estas latitudes, los Estados Unidos constituyen un gran Imperio). Pero, el pan-americanismo ejerce —a pesar de todo esto o, mejor, precisamente por todo esto— una influencia vigorosa en la América indo-íbera. La política norteamericana no se preocupa demasiado de hacer pasar como un ideal del Continente el ideal del Imperio. No le hace tampoco mucha falta el consenso de los intelectuales. El pan-americanismo borda su propaganda sobre una sólida malla de intereses. El capital yanqui invade la América indo-íbera. Las vías de tráfico comercial pan-americano son las vías de esta expansión. La moneda, la técnica, las máquinas y las mercaderías norteamericanas predominan más cada día en la economía de las naciones del Centro y Sur. Puede muy bien, pues, el Imperio del Norte sonreírse de una teórica independencia de la inteligencia y del espíritu de la América indo-española. Los intereses económicos y políticos le asegurarán, poco a poco, la adhesión, o al menos la sumisión, de la mayor parte de los intelectuales. Entre tanto, le bastan para las paradas del pan-americanismo los profesores y los funcionarios que consigue movilizarle la Unión Pan-Americana de Mr. Rowe.

II

Nada resulta más inútil, por tanto, que entretenerse en platónicas confrontaciones entre el ideal íbero-americano y el ideal pan-americano. De poco le sirve al íbero-americanismo el número y la calidad de las adhesiones intelectuales. De menos todavía le sirve la elocuencia de sus literatos.

Mientras el ibero-americanismo se apoya en los sentimientos y las tradiciones, el pan-americanismo se apoya en los intereses y los negocios. La burguesía íbero-americana tiene mucho más que aprender en la escuela del nuevo Imperio yanqui que en la escuela de la vieja nación española. El modelo yanqui, el estilo yanqui, se propagan en la América indo-ibérica, en tanto que la herencia española se consume y se pierde.

El hacendado, el banquero, el rentista de la América española miran mucho más atentamente a Nueva York que a Madrid. El curso del dólar les interesa mil veces más que el pensamiento de Unamuno y que La Revista de Occidente de Ortega y Gasset. A esta gente que gobierna la economía y, por ende, la política de la América del Centro y del Sur, el ideal íbero-americanista le importa poquísimo. En el mejor de los casos se siente dispuesta a desposarlo juntamente con el ideal pan-americanista. Los agentes viajeros del panamericanismo le parecen, por otra parte, más eficaces, aunque menos pintorescos, que los agentes viajeros —infantes académicos— del ibero-americanismo oficial, que es el único que un burgués prudente puede tomar en serio.

III

La nueva generación hispano-americana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos. Debe declararse adversaria del Imperio de Dawes y de Morgan; no del pueblo ni del hombre norteamericanos. La historia de la cultura norteamericana nos ofrece muchos nobles casos de independencia de la inteligencia del espíritu: Roosevelt es el depositario del espíritu del Imperio; pero Thoreau es el depositario del espíritu de la Humanidad. Henry Thoreau, que en esta época, recibe el homenaje de los revolucionarios de Europa, tiene también derecho a la devoción de los revolucionarios de Nuestra América. ¿Es culpa de los Estados Unidos si los íbero-americanos conocemos más el pensamiento de Theodore Roosevelt que el de Henry Thoreau? Los Estados Unidos son ciertamente la patria de Pierpont Morgan y de Henry Ford; pero son también la patria de Ralph-Waldo Emerson, de Williams James y de Walt Withman. La nación que ha producido los más grandes capitanes del industrialismo, ha producido así mismo los más fuertes maestros del idealismo continental. Y hoy la misma inquietud que agita a la vanguardia de la América Española mueve a la vanguardia de la América del Norte. Los problemas de la nueva generación hispano-americana son, con variación de lugar y de matiz, los mismos problemas de la nueva generación norteamericana. Waldo Frank, uno de los hombres nuevos del Norte, en sus estudios sobre Nuestra América, dice cosas válidas para la gente de su América y de la nuestra.

Los hombres nuevos de la América indo-ibérica pueden y deben entenderse con los hombres nuevos de la América de Waldo Frank. El trabajo de la nueva generación íbero-americana puede y debe articularse y solidarizarse con el trabajo de la nueva generación yanqui. Ambas generaciones coinciden. Los diferencia el idioma y la raza; pero los comunica y los mancomuna la misma emoción histórica. La América de Waldo Frank es también, como nuestra América, adversaria del Imperio de Pierpont Morgan y del Petróleo.

En cambio, la misma emoción histórica que nos acerca a esta América revolucionaria nos separa de la España reaccionaria de los Borbones y de Primo de Rivera. ¿Qué puede enseñarnos la España de Vázquez de Mella y de Maura, la España de Pradera y de Francos Rodríguez? Nada; ni siquiera el método de un gran Estado industrialista y capitalista. La civilización de la Potencia

no tiene su sede en Madrid ni en Barcelona; la tiene en Nueva York, en Londres, en Berlín. La España de los Reyes Católicos no nos interesa absolutamente. Señor Pradera, señor Francos Rodríguez, quedaos íntegramente con ella.

IV

Al íbero-americanismo le hace falta un poco más de idealismo y un poco más de realismo. Le hace falta consustanciarse con los nuevos ideales de la América indo-ibérica. Le hace falta insertarse en la nueva realidad histórica de estos pueblos. El pan-americanismo se apoya en los intereses del orden burgués; el íbero-americanismo debe apoyarse en las muchedumbres que trabajan por crear un orden nuevo. El íbero-americanismo oficial será siempre un ideal académico, burocrático, impotente, sin raíces en la vida. Como ideal de los núcleos renovadores, se convertirá, en cambio, en un ideal beligerante, activo, multitudinario.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima 8 de Mayo de 1925

LA AMERICA LATINA Y LA DISPUTA BOLIVIANO-PARAGUAYA*

La facilidad suramericana, tropical, con que dos países del Continente han llegado a la movilización y a la escaramuza, nos advierte que las garantías de la paz en esta parte del mundo son mucho menores de lo que, por optimismo excesivo, nos habíamos acostumbrado a admitir. Sud-América como Centro-América, si nos atenemos a este aviso repentino, pueden convertirse en cualquier instante en un escenario balcánico. Un choque de patrullas, un cambio de invectivas, basta —si hay de por medio uno de esos pleitos de confines, que en nuestra América reemplazan a las cuestiones de minorías nacionales— para que dos pueblos lleguen a la tragedia.

La paz, como acabamos de ver, no tiene fiadores. Ni los Estados Unidos, ni la Sociedad de las Naciones, en caso de inminencia ¡perrera, van más allá del ofrecimiento amistoso de sus buenos servicios. El pacto Kellogg, el espíritu de Locarno** no tienen —para América menos aún que para Europa— sino un valor platónico, diplomático. La paz carece no sólo de garantías materiales —el desarme— sino de garantías jurídicas. Si los combates paraguayos y bolivianos no hubiesen coincidido con la celebración de la Conferencia Pan-Americana de Conciliación y Arbitraje, en Washington, habría faltado el organismo capaz de mediar con autoridad entre los dos países, El Gobierno de Washington y la Sociedad de las Naciones se neutralizan cortésmente; el monroísmo descubre su sentido negativo, su función yanqui, no americana. Estados Unidos encuentra en una revolución como la de Nicaragua motivo suficiente para intervenir con sus barcos, sus aviones y su marinería; pero, ante un conflicto armado entre dos países hispano-americanos siente la necesidad de no rebasar el límite de la mes estricta y prudente neutralidad.

Los problemas de política interna concurren a hacer extremadamente peligrosa cualquiera fricción. En el caso de Bolivia, la situación del gobierno de Siles parece haber jugado un rol decisivo en el inflamamiento y exageración de la cuestión creada por el ataque paraguayo. (Ataque que habría estado precedido de la incursión de tropas bolivianas en territorio situado bajo la autoridad del Paraguay. No discuto los comunicados oficiales. Los términos de la controversia no interesan a mi comentario). El gobierno de Siles es un gobierno de facción, que tiene como adversarios no sólo a los que lo fueron del gobierno de Saavedra, sino también a una gran parte de los saavedristas. Su estabilidad depende del ejército. Su política internacional tiene que entonarse, por ende, a un humor militarista. El llamamiento a las armas, el grito de la patria en peligro han sido, muchas veces, en la historia, excelentes recursos de política oligárquica. En Bolivia, Siles ha asido la oportunidad para constituir un ministerio de concentración que ensancha las bases partidaristas de su política. Escalier y Abdón Saavedra se han puesto a sus órdenes. Don Abdón, ruidosamente expulsado a poco de la ascensión de Siles al poder, ha regresado a Bolivia. Puede suceder que, con todo esto, los riesgos para el porvenir se compliquen y acrecienten. Que el frente interno, la concordia de los partidos, signifique para el gobierno de Siles la amenaza de un caballo de Troya. Pero las oligarquías hispano-americanas han vivido siempre así, alternando la violencia con la astucia, girando contra el porvenir.

Sin estos elementos de excitación artificial, agravados por temperamentos más o menos patéticos, mas o menos propensos al vértigo bélico, sería inconcebible el que una escaramuza de fronteras, un choque de patrullas —es decir un episodio corriente de la vida internacional de este Continente donde las fronteras no están aún bien solidificadas y definidas— pudiese ser considerado seriamente como un motivo de movilización y de guerra.

Los riesgos de conflicto armado se explican, sin duda, mucho más en Europa superpoblada, dividida en múltiples nacionalidades —nacionalidades reales y distintas— forzada mientras, subsista el orden vigentes un difícil equilibrio. En este Continente latino-americano que, con excepción del Brasil, habla un único idioma, y que no tiene luchas ni competencias tradicionales, lis rivalidades que enemistan a los pueblos, y que pueden precipitarlos en la guerra sol, al lado de las diferencias europeas, menudas querellas provincianas.

Lo más inquietante, por esto, en los últimos acontecimientos, es que no hayan suscitado en la opinión pública de los pueblos latino-americanos, una enérgica, instantánea, compacta y unánime afirmación pacifista. La defensa de la Paz ha sido dejada á la prensa, a los gobiernos. Y la acción oficial, sin el requerimiento público, no agota nunca sus recursos. Tal vez la sorpresa ha dominado y paralizado a las gentes. Quizás los pueblos no han salido todavía del estupor. Ojalá sea ésta la explicación de la calma pública. El deber de la Inteligencia, sobre todo, es en Latino-América, más que en ningún otro sector del mundo, el de mantenerse alerta contra toda aventura bélica. Una guerra entre dos países latino-americanos sería una traición al destino y a la misión del Continente, Sólo los intelectuales que se entretienen en plagiar los nacionalismos europeos pueden mostrarse indiferentes a este deber. Y no es por pacifismo sentimental, ni por abstracto humanitarismo, que nos toca vigilar contra todo peligro bélico. Es por el interés elemental de vivir prevenidos contra la amenaza de la balcanización de nuestra América, en provecho de los imperialismos que se disputan sordamente sus mercados y sus riquezas.

*

* *

Mi artículo del número anterior de **Varietades**,*** —por consideraciones que en cuanto importan atención a mis escritos no tengo sino que agradecer— no ha podido pasar sin protesta de mi distinguido amigo don Alberto Ostría Gutiérrez, Ministro de Bolivia. Mis opiniones, sobre la cuestión boliviano-paraguaya, en general, no se avienen sin duda con los términos diplomáticos de los comunicados oficiales de Bolivia ni del Paraguay: me sitúo, ante éste, como ante cualquier otro acontecimiento internacional, en un terreno de interpretación, no de crónica. Indago, quizá con alguna audacia, por razones de temperamento y de doctrina, lo sustancial, diversa y opuestamente a la diplomacia que tiene que contentarse con lo formal. Me es imposible, por tanto, discutir con el Sr. Ostría Gutiérrez, insistiendo en mis apreciaciones. El Sr. Ostría Gutiérrez, concede, en riguroso acuerdo con sus deberes de diplomático, todo su valor oficial, a convenciones que mi juicio, libre de toda traba, rebasa totalmente. Así, para el señor Ostría Gutiérrez, el gobierno del señor Siles no es un gobierno de facción porque reposa en dos partidos; pero para mí, estos dos partidos, uno de los cuales se ha formado precisamente al calor de este gobierno y tiene, por tanto, una discutible identidad, no son sino una facción de la burguesía boliviana. Sabemos demasiado el valor que se puede conceder a los partidos en nuestra política suramericana, tan dominada por los personalismos. Los partidos, en estos escenarios, se

componen y descomponen con asombrosa facilidad en torno de las personalidades. Poco representaba la fuerza gubernamental de los nacionalistas y republicanos —divididos los últimos en dos ramas., ante la oposición de Saavedra, Montes, Escalier, etc., que ahora se estrechan la mano, aunque no sea sino precariamente, en un frente único, del que se beneficia, también por el momento, el gobierno del señor Siles. El señor Ostría Gutiérrez, en su íntima consciencia de intelectual, convendrá en que los dos estamos en nuestro papel, con una circunstancia en mi favor: la de que mi crítica no está embarazada por obligaciones ni responsabilidades de funcionario. Siento una gran amistad por el pueblo boliviano, por sus buenos intelectuales, con algunos de los cuales cultivo las mejores relaciones; pero no tengo ninguna simpatía por el gobierno del señor Siles, como no la tendría por el gobierno de un Escalier, un Montes, etc.

Esta explicación de mis puntos de vista, me exime de toda réplica.

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 22 de Diciembre de 1928

** Conferencia de paz que siguió a la guerra de 1914.

*** Este artículo lo publicó José Carlos Mariátegui en *Variedades*, el 29 de Diciembre de 1928, con motivo de una carta que le enviara el señor Alberto Ostría Gutiérrez Ministro de Bolivia, cuyo texto es el siguiente:

Lima, 24 de Diciembre de 1928. Señor don José Carlos Mariátegui.

Ciudad.

Mi distinguido amigo:

Sin pretender discutir los términos del comentario que, acerca del reciente conflicto boliviano-paraguayo, publica Ud., en el último número de la revista *Variedades* y que me merece el más alto respeto por venir de Ud., me permito en honor a la verdad, expresarle lo siguiente:

1°—Que la situación del gobierno del doctor Siles no ha jugado ningún rol en dicho conflicto, motivado solamente por el sorpresivo ataque al Fortín "Vanguardia", que ha sublevado muy justificadamente el sentimiento patriótico de todos los bolivianos.

2°—Que el gobierno del doctor Siles no es un gobierno de facción, pues con él colaboran dos partidos de opinión, el Nacionalista y el Republicano, además de varios eminentes hombres públicos de los otros partidos políticos.

3°—Que si bien en Bolivia como en todas partes del mundo el ejército contribuye a la estabilidad del gobierno, cumpliendo así uno de sus fines, que es el mantenimiento del orden público, el señor Sales, no "se ha asido —como Ud. por error afirma— a la oportunidad para constituir un gabinete de concentración" (cosa que pudo haber hecho a su voluntad y en cualquier momento) sino que, dando evidente prueba del más elevado patriotismo, ha realizado lo que el renunciamento a los intereses de la política interna aconsejaba realizar en una hora de prueba: la unificación nacional, para afrontar, con el concurso de todos, el peligro de la guerra. En esta virtud, la formación del gabinete de concentración no ha obedecido, pues, al deseo de atraer a los partidos de oposición, sino al deber de defender el país contra la agresión extranjera.

Rogándole hacer públicas estas aclaraciones y agradeciéndole anticipadamente, me repito su atento y seguro servidor.

Alberto Ostría Gutiérrez,
Ministro de Bolivia.

MEXICO Y LA REVOLUCION*

La dictadura de Porfirio Díaz produjo en México una situación de superficial bienestar económico, pero de hondo malestar social. Porfirio Díaz fue en el poder un instrumento, un apoderado y un prisionero de la plutocracia mexicana. Durante la revolución de la Reforma y la revolución contra Maximiliano, el pueblo mexicano combatió a los privilegios feudales de la plutocracia. Abatido Maximiliano, los terratenientes se adueñaron en Porfirio Díaz de uno de los generales de esa revolución liberal y nacionalista. Lo hicieron el jefe de una dictadura militar burocrática destinada a sofocar y reprimir las reivindicaciones revolucionarias. La política de Díaz fue una política esencialmente plutocrática. Astutas y falaces leyes despojaron al indio mexicano de sus tierras en beneficio de los capitalistas nacionales y extranjeros. Los ejidos,** tierras tradicionales de las comunidades indígenas, fueron absorbidos por los latifundios. La clase campesina resultó totalmente proletarizada, Los plutócratas, los latifundistas y su clientela de abogados e intelectuales constituían una facción estructuralmente análoga al civilismo peruano, que dominaba con el apoyo del capital extranjero al país feudalizado. Su gendarme ideal era Porfirio Díaz. Esta oligarquía llamada de los "científicos" feudalizó a México. La sostenía marcialmente una numerosa guardia pretoriana. La amparaban los capitalistas extranjeros tratados entonces con especial favor. Los alentaba el letargo y la anestesia de las masas, transitoriamente desprovistas de un animador, de un caudillo. Pero un pueblo, que tan porfiadamente se había batido por su derecho a la posesión de la tierra, no podía resignarse a este régimen feudal y renunciar a sus reivindicaciones. Además, el crecimiento de las fábricas creaba un proletariado industrial, al cual la inmigración extranjera aportaba el polen de las nuevas ideas sociales. Aparecían pequeños núcleos socialistas y sindicalistas. Flores Magón, desde Los Ángeles, inyectaba en México algunas dosis de ideología socialista. Y, sobre todo fermentaba en los campos un agrio humor revolucionario. Un caudillo, una escaramuza cualquiera podían encender y conflagrar al país:

Cuando se aproximaba el fin del séptimo período de Porfirio Díaz apareció el caudillo: Francisco Madero. Madero, que hasta, aquel tiempo fue un agricultor sin significación política, publicó un libro anti-reeleccionista. Este libro, que fue una requisitoria contra el gobierno de Díaz, tuvo un inmenso eco popular. Porfirio Díaz, con esa confianza- vanidosa en su poder que ciega a los déspotas en decadencia, no se preocupó al principio de la agitación suscitada por Madero y su libro. Juzgaba a la personalidad de Madero una personalidad secundaria e impotente. Madero, aclamado y seguido como un apóstol, suscitó en tanto, en México, una caudalosa corriente anti-reeleccionista. Y, la dictadura, alarmada y desazonada, al fin, sintió la necesidad de combatirla violentamente. Madero fue encarcelado. La ofensiva reaccionaria dispersó al partido anti-reeleccionista; los "científicos" restablecieron su autoridad y su dominio; Porfirio Díaz consiguió su octava reelección; y la celebración del Centenario de México fue unas: faustuosa apoteosis de su dictadura. Tales éxitos llenaron de optimismo y de confianza a Díaz y su bando. El término de este gobierno, estaba, sin embargo, próximo. Puesto en libertad condicional, Madero fugó a los Estados Unidos, donde se entregó a la organización del movimiento revolucionario. Orozco reunió, poco después, el primer ejército insurreccional. Y la rebelión se propagó velozmente. Los "científicos" intentaron atacarla con armas políticas. Se declararon dispuestos a satisfacer la aspiración revolucionaria. Dieron una ley que cerraba el paso a otra reelección. Pero esta maniobra no contuvo el movimiento en marcha. La bandera anti-reeleccionista era una bandera

contingente. Alrededor de ella se concentraban todos los descontentos, todos los explotados, todos los idealistas: La revolución no tenía aún un programa; pero este programa empezaba a bosquejarse. Su primera reivindicación concreta era la reivindicación de la tierra usurpada por los latifundistas.

La plutocracia mexicana, con ese agudo instinto de conservación de todas las plutocracias, se apresuro a negociar con los revolucionarios. Y evitó que la revolución abatiese violentamente a la dictadura. En 1912, Porfirio Díaz dejó el gobierno a de la Barra, quien presidió las elecciones. Madero llegó al poder a través de un compromiso con los "científicos". Aceptó, consiguientemente, su colaboración. Conservó el antiguo parlamento. Estas transacciones, éstos pactos, lo enflaquecieron y lo socavaron. Los "científicos" sabotearon el programa revolucionario y aislaban a Madero de los estratos sociales de los cuales había reclutado su proselitismo y se preparaban, al mismo tiempo, a la reconquista del poder. Acechaban el instante de desalojar a Madero invalidado, y minado, de la Presidencia de la República. Madero perdía rápidamente su base popular. Vino la insurrección de Félix Díaz. Y tras ella vino la traición de Victoriano Huerta, quien, sobre los cadáveres de Madero y Pino Suárez asaltó el gobierno: La reacción "científica" apareció victoriosa. Pero el pronunciamiento de un jefe militar no podía detener la marcha de la Revolución Mexicana. Todas las raíces de esta revolución estaba vivas. El general Venustiano Carranza recogió la bandera de Madero. Y, después de un período de lucha, expulsó del poder a Victoriano Huerta. Las reivindicaciones de la Revolución se acentuaron y definieron mejor. Y México revisó, y reformó su Carta Fundamental, de acuerdo con esas reivindicaciones, El artículo 27 de la Reforma Constitucional de Querétaro declara que las tierras corresponden originariamente a la nación y dispone el fraccionamiento de los latifundios. El artículo 123 incorpora en la Constitución mexicana varias aspiraciones obreras: la jornada máxima, el salario mínimo, los seguros de invalidez y de retiro, la indemnización por los accidentes de trabajo, la participación de las utilidades.

Mas Carranza, elegido Presidente, carecía de condiciones para realizar el programa de la Revolución. Su calidad de terrateniente y sus compromisos con la clase latifundista lo estorbaban para cumplir la reforma agraria. El reparto de tierras, prometido por la Revolución y ordenado por la reforma constitucional, no se produjo. El régimen de Carranza se anquilosó y se burocratizó gradualmente. Carranza, pretendió, en fin, designar su sucesor. El país, agitado incesantemente por las facciones revolucionarias, insurgió contra este propósito. Carranza, virtualmente destituido, murió en manos de una banda irregular. Y bajo la presidencia provisional de De la Huerta, se efectuaron las elecciones que condujeron a la presidencia al General Obregón.

El gobierno de Obregón ha dado un paso resuelto hacia la satisfacción de uno de los más hondos anhelos de la Revolución: ha dado tierras a los campesinos pobres. A su sombra ha florecido en el Estado de Yucatán un régimen colectivista. Su política prudente y organizadora ha normalizado la vida de México. Y ha inducido a los Estados Unidos al reconocimiento mexicano.

Pero la actividad más revolucionaria y trascendente del gobierno de Obregón ha sido su obra educacional. José Vasconcelos, uno de los hombres de mayor relieve histórico de la América contemporánea,*** ha dirigido una reforma extensa y radical de la instrucción pública. Ha usado

los más originales métodos para disminuir el analfabetismo; ha franqueado las universidades a las clases pobres; ha difundido como un evangelio de la época, en todas las escuelas y en todas las bibliotecas, los libros de Tolstoy y de Romain Rolland; ha incorporado en la Ley de Instrucción la obligación del Estado de sostener y educar a los hijos de los incapacitados y a los huérfanos; ha sembrado de escuelas, de libros y de ideas la inmensa y fecunda tierra mexicana.

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 5 de Enero de 1924.

** Cooperativas campesinas de tipo comunitario.

*** Cabe señalar que Vasconcelos ha cambiado el sentido de su significación histórica, al adoptar en los últimos años un credo político conservador y retrógrado.

LA REACCION EN MÉXICO*

Objetivamente considerado el conflicto religioso en México resulta, en verdad, un conflicto político. Contra él gobierno del General Calles, obligado a defender los principios de la Revolución, insertados desde 1917 en la Constitución mexicana, más que el sentimiento católico se revela, en este instante, el sentimiento conservador. Estamos asistiendo simplemente a una ofensiva de la Reacción.

La clase conservadora terrateniente, desalojada del gobierno por un movimiento revolucionario cuyo programa se inspiraba en categóricas reivindicaciones sociales, no se conforma con su ostracismo del poder. Menos todavía se resigna a la continuación de una política que —aunque sea con atenuaciones y compromisos— actúa una serie de principios que atacan sus intereses y privilegios. Por tanto, las tentativas reaccionarias se suceden. La reacción, naturalmente, disimula sus verdaderos objetivos. Trata de aprovechar las circunstancias y situaciones desfavorables al partido gubernamental. La insurrección encabezada por el General De la Huerta fue, hace tres años, su última ofensiva armada. Batida en otros frentes, presenta ahora batalla a la Revolución en el frente religioso.

No es el gobierno de Calles el que ha provocado la lucha. Por el contrario, acaso para atemperar las prevenciones suscitadas por su reputación de radical incandescente, Calles se ha mostrado en el gobierno más preocupado de la estabilización y afianzamiento del régimen que de su programa y origen revolucionarios. En vez de acelerar el proceso de la Revolución Mexicana, como se esperaba de parte de muchos, el gobierno de Calles lo ha contenido y sofrenado. La extrema izquierda, que no ahorra censuras a Calles, denuncia al laborismo que su gobierno representa como, un laborismo, archidomesticado.

Por consiguiente, la agitación católica y reaccionaria no aparece creada por una política excesivamente radical del gobierno de Calles. Aparece, más bien, alentada por una política transaccional que ha persuadida a los conservadores del declinamiento del sentimiento revolucionario y ha separado del gobierno a una parte del proletariado y a varios intelectuales izquierdistas.

El proceso del conflicto revela plenamente su fondo político. México atravesaba un período de calma cuando los altos funcionarios eclesiásticos anunciaron de improviso, y en forma resonante, su repudio y su desconocimiento a la Constitución de 1917. Esta era una declaración de beligerancia. El gobierno de Calles comprendió que preludiaba una activa campaña clerical contra las conquistas y los principios de la Revolución. Tuvo que decidir, en consecuencia, la aplicación integral de los artículos constitucionales relativos a la enseñanza, y el culto. El clero, manteniendo su actitud de rebeldía, no ocultó su voluntad de oponer una extrema resistencia al Estado. Y el gobierno quiso entonces, sentirse armado suficientemente para imponer la ley. Nació así ese decreto que amplía y reforma el Código Penal Mexicano estableciendo graves sanciones contra la transgresión y la desobediencia de las disposiciones constitucionales.

Este es el decreto contra el cual insurge el clero mexicano, Suspendiendo los servicios religiosos en las iglesias e invitando a los fieles a una política de no cooperación, disminución de sus gastos al mímimo posible a fin de reducir en lo posible, su cuota al Estado. El rigor de algunas

disposiciones, verbigratia, la que prohíbe el uso del habito religioso fuera de los templos, es, sin duda, excesivo. Pero no se debe olvidar que se trata de una ley de emergencia reclamada al gobierno por la necesidad política, más que por el compromiso programática o ideológico de aplicar, en el terreno de la enseñanza y del culto, los principios de la Revolución.

La Iglesia invoca esta vez en México un postulado liberal: la libertad religiosa. En los países donde el catolicismo conserva sus fueros de confesión del Estado, rechaza y execra este mismo postulado. La contradicción no es nueva. Desde hace varios siglos la Iglesia ha aprendido a ser oportunista. No sé ha apoyado tanto en sus dogmas, como en sus transacciones. Y, por otra parte, el ilustre polemista católico, Louis Veinlloot, definió hace tiempo la posición de la Iglesia frente al liberalismo en su célebre respuesta a un liberal que se sorprendía de oírle clamar por la libertad: «Fin nombre de tus principios, te la exijo; en nombre de los míos, te la niego».

Pero en la historia de México, desde los tiempos de Juárez hasta los de Calle, le ha tocado al clero, combatir y resistir las reivindicaciones populares: La Iglesia ha contrastado siempre en México en nombre de la tradición, a la libertad. Por ende, su actitud de hoy, no se presta a equívocos. La mayoría del pueblo Mexicano sabe demasiado bien que agitación clerical es esencialmente, agitación reaccionaria.

El Estado mexicano, pretende ser por el momento, un estado neutro laico. No es del caso discutir su doctrina. Este estudio no cabe en un comentario rápido sobre la génesis de los actuales acontecimientos mexicano: Yo, por mi parte, he insistido demasiado respecto a la decadencia del Estado liberal y al fracaso de su agnosticismo para que se me crea entusiasta de una política meramente laicista. La enseñanza laica, como otra vez he escrito, es en sí misma una gastada fórmula liberal.

Pero el laicismo en México —aunque subsistan en muchos hombres del régimen residuos de una mentalidad radicaloide y anticlerical— no tiene ya el mismo sentido que en los viejos Estados burgueses. Las formas políticas y sociales vigentes en México no representan una estación del liberalismo sino del socialismo. Cuando el proceso de la Revolución se haya cumplido plenamente, el Estado mexicano no se llamará neutral y laico sino socialista.

Y entonces no será posible considerarlo anti-religioso. Pues el socialismo es también, una religión, una mística. Y esta gran palabra religión, que seguirá gravitando en la historia humana con la misma fuerza de siempre, no debe ser confundida con la palabra Iglesia.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 7 de Agosto de 1926

LA GUERRA CIVIL EN MÉXICO*

La palabra revolución ha perdido en América, en un siglo de motines y pronunciamientos, la acepción que reivindica para ella la historia contemporánea. Así, por pura rutina verbal, se llama ahora movimiento revolucionario al movimiento reaccionario que capitanea en México el General Arnulfo Gómez, candidato a la presidencia de esa República.

No se dispone aún de suficientes datos para conocer y apreciar exactamente el verdadero proceso de este episodio de guerra civil. La versión más autorizada de los sucesos es, sin duda, la contenida en los comunicados del Gobierno Mexicano. Es cierto que los comunicados de guerra, destinados a conseguir efectos políticos y militares, constituyen un testimonio de parte en un instante de vehemente beligerancia. Tienen en mira determinados objetivos estratégicos. Sin embargo, mucho menos crédito deben merecer al espectador neutral, las agencias telegráficas yanquis, las cuales disimulan muy poco su antipatía por el régimen que preside Calles. Ni el cable ni la cinematografía yanquis desperdician ninguna ocasión y de exhibir a México con el cuchillo entre los dientes.

Pero esta relativa carencia de datos cabales y de fuentes verídicas no concierne sino a la parte exterior o procesal de los hechos. En cuanto al sentido y la esencia de éstos, quien conozca la historia de la Revolución Mexicana, y no haya soltado el hilo conductor, no se extraviará fácilmente en el capcioso dédalo de las noticias cablegráficas.

No caben equívocos ni confusiones respecto del carácter de la insurrección contra Calles. Los generales Serrano y Gómez pertenecían al campo revolucionario. Prestaron al régimen surgido de la Revolución beneméritos servicios. Pero, desde que la oligarquía los empujó a una lucha a muerte contra Calles y Obregón, se dejaron arrastrar insensiblemente al campo reaccionario. El caso de ambos no era sino la repetición, a cuatro años de distancia, del caso de Adolfo de la Huerta.

Hace cuatro años, la candidatura de Adolfo de la Huerta, ministro de Obregón, apareció en oposición a la candidatura de Calles, pretendiendo representar, también y mejor, la corriente revolucionaria. Mas, esta afinidad, no era cierta sino en teoría. En la práctica, la causa de De la Huerta, se diferenció inmediatamente de la causa de Calles. Mientras éste reclutaba el grueso de su adeptos entre los obreros y campesinos y aceptaba sus puntos de vista hasta granjearse una extensa reputación de bolchevique, en torno de aquél se encontraban los elementos de derecha del régimen revolucionario, a los cuales, no tardaron en agregarse fuerzas típicamente conservadoras. Y cuando De la Huerta se puso a la cabeza de una insurrección adoptó un programa claramente reaccionario. En el ostracismo, la trayectoria de este político, apresuró su orientación reaccionario como era inevitable que sucediese. Ahora, De la Huerta, no aspira a otra cosa que a ganar la confianza de la clase propietaria para unificarla contra el programa gubernamental.

Aparentemente las candidaturas de Serrano y Gómez, nacían del anhelo de mantener incólume uno de los principios de la Revolución Mexicana, el de la no reelección. "Sufragio efectivo, no reelección", es el lema del régimen emanado del movimiento popular que comenzó abatiendo el

despotismo de Porfirio Díaz. Pero en verdad, ésta no es la reivindicación capital de la Revolución Mexicana, fue su palabra de orden inicial. Nada más. Derrocado Porfirio Díaz, la Revolución ensanchó su significación y dilató su horizonte. La Constitución de 1917 incorporó, definitivamente, en su programa dos puntos fundamentales: la nacionalización de la propiedad, de la tierra y el reconocimiento de los derechos del trabajo. A partir de entonces, la Revolución adquirió el contenido social y la misión histórica que señalan su rumbo en la etapa abierta por el Gobierno de Obregón. Por esto, sus jefes tienen que atender, hoy más a sus principios sociales que a su lema político.

Habría sido, sin duda, mejor que los elementos revolucionarios hubiesen encontrado otro hombre para reemplazar a Calles. La elección del ex-presidente no sería propiamente una reelección como pretenden sus adversarios, aunque se le acerca ó parece mucho. De toda suerte, puede generar la sospecha de que dos generales se están turnando en la Presidencia del Estado Mexicano.

Pero no me propongo esclarecer esto. El hecho de que las principales fuerzas populares del bloque que sostiene el gobierno de Calles, evidentemente capacitadas para escoger el mejor camino, se hayan pronunciado por la candidatura del General Obregón, permite suponer que no se trata de una designación arbitraria. (La política no está, regida por fórmulas abstractas sino por realidades concretas). Y si el General Obregón resulta por ahora el único sucesor posible de Calles, a juicio de su partido, no hay por qué convertir en una montaña infranqueable el principio de la no reelección. De lo que se trata, ante las últimas noticias de México, es de establecer el carácter reaccionario de la rebelión de Serrano y Gómez.

La violencia de la represión debe ser juzgada dentro del cuadro integral de la lucha política mexicana. En cada país, en esta luchan dos fuerzas chocan decisivamente. Al Gobierno mexicano no se le puede, en justicia, negar el derecho a usar contra sus enemigos las armas que éstos están resueltos a emplear contra él. No sería de estos rigores que tendrán que responder Calles y Obregón ante la historia, sino del acierto con

que hayan servido e interpretado a las masas revolucionarias que los sostienen y del grado en que hayan sido fieles a su destino histórico.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 15 de Octubre de 1927.

OBREGON Y LA REVOLUCION MEXICANA*

El General Obregón, asesinado diecisiete días después de su elección como Presidente de México, condujo a la Revolución Mexicana en uno de sus períodos de más definida y ordenada actividad realizadora. Tenía porte, temple y dones de jefe. Estas condiciones le consintieron presidir un gobierno que, con un amplio consenso de la opinión, liquidó la etapa de turbulencias y contradicciones, a través de las cuales el proceso revolucionario: mexicano concretó su sentido y coordinó sus energías. El gobierno de Obregón representó un movimiento de concentración de las mejores fuerzas revolucionarias de México. Obregón inició un período de realización firme y sagaz de los principios revolucionarios, apoyado en el partido agrarista, en los sindicatos obreros y en los intelectuales renovadores. Bajo su gobierno, entraron en vigor las nuevas normas constitucionales contenidas en la Carta de 1917. La reforma agraria —en la cual reconoció avisadamente Obregón el objetivo capital del movimiento popular— empezó a traducirse en actos. La clase trabajadora consolidó sus posiciones y acrecentó su poder social y político. La acción educacional dirigida y animada por uno de los más eminentes hombres de América, José Vasconcelos, dio al esfuerzo de los intelectuales y artistas una aplicación fecunda y creadora.

La política gubernamental de Obregón logró estos resultados por el acierto con que asoció a sus fines, la mayor suma de elementos de reconstrucción. Su éxito no se debió, sin duda, a la virtud taumatúrgica del caudillo. Obregón robusteció el Estado surgido de la Revolución, precisando y asegurando su solidaridad con las más extensas y activas capas sociales. El Estado, con su gobierno, se proclamó y sintió órgano del pueblo, de modo que su suerte y su gestión dejaban de depender, del prestigio personal de un caudillo, para vincularse estrechamente con los intereses y sentimientos de las masas. La estabilidad de su gobierno descansó en una amplia base popular. Obregón no gobernaba a nombre de un partido, sino de una concentración revolucionaria, cuyas diversas reivindicaciones constituían un programa. Pero esta aptitud para unificar y disciplinar las fuerzas revolucionarias, acusaba precisamente sus cualidades de líder, de conductor.

La fuerza personal de Obregón procedía de su historia de General de la Revolución. Esta fuerza era debida, en gran parte, a su actuación militar. Pero el mérito de esta actuación, se apreciaba por el aporte que había significado a la causa del pueblo. La foja de servicios del General Obregón tenía valor para el pueblo por ser la de un General de la Revolución que, al enorgullecerse de sus 800 kilómetros de campaña, evocaba el penoso proceso de una epopeya multitudinaria.

Obregón era hasta hoy el hombre que merecía más confianza a las masas. En pueblos como los de América, que no han progresado políticamente lo bastante para que sus intereses se traduzcan netamente en partidos y programas, este factor personal juega todavía un rol decisivo. La revolución mexicana, además, atacada de fuera por sus enemigos históricos, insidiada de dentro por sus propias excrescencias, cree necesitar aún a su cabeza un jefe militar, con autoridad bastante para mantener a raya a los reaccionarios, en sus tentativas armadas. Tiene la experiencia de muchas deserciones, detrás de las cuales ha jugado la intriga de los reaccionarios, astutamente infiltrada en los móviles personales y egoístas de hombres poco seguros, situados accidentalmente en el campo revolucionario por el oleaje del azar. El caso de Adolfo de la Huerta, dando la mano a los reaccionarios, después de haber participado en el movimiento contra

Carranza y haber ocupado provisoriamente el poder, ha sido seguido a poca distancia por el de los generales Serrano y Gómez.

Por esto, al aproximarse el término del mandato de Calles, la mayoría de los elementos revolucionarios designó al General Obregón para su sucesión en la presidencia. Esto podía dar a muchos la impresión de que se establecía un turno antipático en el poder. De la resistencia a esta posibilidad, se aprovecharon las candidaturas Serrano y Gómez, trágicamente liquidadas hace algunos meses. Pero la fórmula Obregón, para quien examinase objetivamente los factores actuales de la política mexicana, aparecía dictada, por razones concretas, en defensa de la Revolución.

Obregón no era, ciertamente, un ideólogo, pero en su fuerte brazo de soldado de la Revolución podía apoyarse aún el trabajo de definición y experimentación de una ideología. La reacción lo temía y lo odiaba, no sin intentar halagarlo a veces con la interesada insinuación de suponerlo más moderado que Calles. Moderado y prudente era sin duda Obregón, mas no precisamente, en el sentido que la reacción sospechaba. Su moderación y su prudencia, hasta el punto en que fueron usadas, habían servido a la afirmación de las reivindicaciones revolucionarias, a la estabilización del poder popular.

Su muerte agranda su figura en la historia de la Revolución Mexicana. Quizá su segundo gobierno no habría podido ser tan feliz como el primero. El poder engríe a veces a los hombres y embota su instinto y su sensibilidad políticas.

En los hombres de una revolución, que carecen de una fuerte disciplina ideológica, es frecuente este efecto. La figura de Obregón se ha salvado de este peligro. Asesinado por un fanático, en cuyas cinco balas se ha descargado el odio de todos los reaccionarios de México, Obregón concluye su vida, heroica y revolucionariamente. Obregón queda definitivamente incorporado en la epopeya de su pueblo, con los mismos timbres que Madero, Zapata y Carrillo. Su acción y su vida pertenecieron a una época de violencia. No le ha sido dado, por eso, terminar sus días serenamente. Ha muerto como murieron muchos de sus tenientes, casi todos sus soldados. Pertenecía a la vieja guardia de una generación educada en el rigor de la guerra civil, que había aprendido a morir, más bien que a vivir y que había hecho instintivamente suya sin saberlo una idea que se adueña con facilidad de los espíritus en esta edad revolucionaria: "vive peligrosamente".

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 21 de Julio de 1928.

LA LUCHA ELECCIONARIA EN MEXICO*

La situación eleccionaria mexicana se presenta esta vez más compleja que hace un año cuando, próxima la terminación del mandato del General Calles, se concentraron las fuerzas políticas que sostenían al gobierno alrededor de la candidatura del General Obregón, contra las candidaturas anti-reeleccionistas de los generales Serrano y Gómez. Entonces, la formación de un frente único obregonista aseguraba la victorias del bloque popular, defensor de los principios de la Revolución, que había gobernado desde la desaparición de Carranza. Más bien, el bando anti-reeleccionista concurriría dividido a la votación. La CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), representada en el gobierno de Calles por su famoso líder Luis Morones, Ministro de Industria, Comercio y Trabajo, apoyaba a Obregón, quien a su fuerza personal de caudillo sumaba la completa adhesión del haz de fuerzas populares, representativas del sentido, clasista y doctrinal de la Revolución: La amenaza insurreccional de Gómez y Serrano, dramáticamente liquidada con el fusilamiento de ambos candidatos, sirvió para afirmar y reforzar la unidad revolucionaria. Las divisiones y querellas internas de este bloque eran ya inquietantes; pero la autoridad de Obregón conseguía dominarlas temporalmente, siendo sin duda este factor el que había aconsejado la designación de un candidato contra el cual iba a invocarse los principios y orígenes anti-reeleccionistas de la Revolución Mexicana.

Asesinado Obregón, la ruptura sobrevino violentamente: Los elementos adversos a los laboristas aprovecharon la oportunidad para atacar a Morones, atribuyéndole la responsabilidad del crimen. En momentos en que la excitación pública hacía sumamente peligrosa esta acusación, estos elementos se lanzaron al asalto de las posiciones políticas de la CROM, empleando, con extremo encarnizamiento, el arma que el azar ponía a su alcance. El propio Presidente Calles, que había tenido siempre a su lado a la CROM, dio la impresión de ceder a la ofensiva contra los laboristas. Morones tuvo que dejar. el Ministerio de Industria, Comercio y Trabajo, y hasta se anunció su viaje al extranjero, deportado o fugitivo.

De julio a hoy el cisma no ha cesado de ahondarse. Morones no se ha intimidado. Después de un período de prudente reserva, ha reaparecido en su puesto de combate, al frente de la CROM, en cuya IX convención nacional, últimamente reunida, ha replicado agresivamente al ataque de sus adversarios. Parece ya imposible que se reconstituya el frente único que, con Obregón a la cabeza, ganó las elecciones de 1928. Los enemigos de la CROM tienen en sus manos el poder y lo emplean en cuanto pueden contra esta organización obrera. «Ser elemento de la CROM es ser candidato a presidio en las tres cuartas partes de la República», ha dicho Morones en un exaltado discurso en la convención laborista, dirigiéndose a Calles, a quien ha reconocido como el único amigo de la CROM en el período difícil atravesado por los laboristas desde julio.

La presencia y el discurso de Calles en la convención de la CROM han venido a añadir un elemento de complicación en la lucha política. En momentos en que se hace fuego graneado contra Morones y los laboristas, Calles ha declarado en su asamblea que nada ni nadie puede romper sus lazos sentimentales y doctrinarios con la organización obrera. Aunque el discurso de Calles no haya sido muy explícito, tiene, sobre todo por la oportunidad en que ha sido

pronunciado, el valor de un acto de solidaridad con los laboristas, muy importante si se tiene en cuenta el rol político que, por su actuación y antecedentes, tocará seguir al ex-Presidente.

La designación de candidatos a la presidencia por las convenciones nacionales no ha sido hecha todavía. Pero ya empiezan las convenciones regionales o de partido a preparar esa designación proclamando sus respectivos candidatos. La eliminación final, en la medida en que sea posible, lo harán las convenciones nacionales. Pero, mientras esta vez es posible que los anti-reeleccionistas se agrupen en torno de un candidato único, que tal vez sea Vasconcelos, la división del bloque obregonista de 1928 se muestra ya irremediable. La CROM irá probablemente sola a la lucha, con Morones a la cabeza. El partido constituido por los obregonistas, y en general por los elementos contrarios a los laboristas, y que se declaran legítimos continuadores y representantes de la Revolución, arrojando sobre la CROM la tacha de reaccionaria, presentará un candidato propio, acaso comprometido personalmente por esta polémica.

Entre los candidatos de esta tendencia, con mayor proselitismo, uno de los más indicados hasta ahora es el general Aarón Sáenz, Gobernador del Estado de Nueva León. Aarón Sáenz comenzó su carrera política en 1913, enrolado en el ejército revolucionario en armase contra Victoriano Huerta. Desde entonces, actuó siempre al lado de Obregón, cuya campaña eleccionaria dirigió en 1928. Ministro de Calles, dejó su puesto en el gobierno federal para presidir la administración de un Estado, cargo que conserva hasta hoy. Su confesión protestante puede ser considerada por muchos como un factor útil a las relaciones de México con Estados Unidos. Porque en los últimos tiempos, la política mexicana ante los Estados Unidos ha acusado un retroceso que parece destinado a acentuarse, si la presión de los intereses capitalistas desarrollados dentro del régimen de Obregón y Calles en la que hay que buscar el secreto de la actual escisión, continúa imponiendo la línea de conducta más concorde con sus necesidades.

Vasconcelos se ha declarado pronto para ir a la lucha como candidato. Aunque auspiciado por el partido anti-reeleccionista, y probablemente apoyado por elementos conservadores que ven en su candidatura la promesa de un régimen de tolerancia religiosa, puede ganarse a una buena parte de los elementos disidentes o descontentos que la ruptura del frente obregonista de 1928 deja fuera de los dos bandos rivales. Por el hecho de depender de la concentración de fuerzas heterogéneas, que en la anterior campaña eleccionaria se manifestaran refractarias a la unidad, su candidatura, en caso de ser confirmada, no podrá representar un programa concreto, definido. Sus votantes tendrían en cuenta sólo las cualidades intelectuales y morales de Vasconcelos y se conformarían con la posibilidad de que en el poder puedan ser aprovechadas con buen éxito. Vasconcelos pone su esperanza en la juventud. Piensa que mientras esta juventud adquiere madurez y capacidad para gobernar México, el gobierno debe ser confiado a un hombre de la vieja guardia a quien el poder no haya corrompido y que preste garantías de proseguir la línea de Madero. Sus fórmulas políticas, como se ve, no son muy explícitas. Vasconcelos, en ellas, sigue siendo más metafísico que político y que revolucionario.

La prosecución de una política revolucionaria, que ya venía debilitándose por efecto de las contradicciones internas del bloque gobernante, aparece seriamente amenazada. La fuerza de la Revolución residió siempre en la alianza de agraristas y laboristas, esto es de las masas obreras y campesinas. Las tendencias conservadoras, las fuerzas burguesas, han ganado una victoria al

insidiar su solidaridad y fomentar su choque. De ahí quedas organizaciones revolucionarias de izquierda trabajan ahora por una asamblea nacional obrera y campesina, encaminada a crear un frente único proletario. Pero estos aspectos de la situación mexicana, serán materia de otro artículo. Por el momento no me he propuesto sino señalar las condiciones generales en que se inicia la lucha eleccionaria.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 5 de Enero de 1929.

PORTES GIL CONTRA LA CROM*

Ninguna duda es ya posible acerca de la tendencia reaccionaria de la política del Presidente Provisorio de México. La ofensiva contra la C.R.O.M. (Confederación Regional Obrera Mexicana), aunque disimule con un lenguaje demagógico sus verdaderos móviles, no se propone otra cosa que abatir o disminuir el poder político de las masas obreras. Objetivo inequívocamente contrarrevolucionario que ninguna retórica puede ocultar ni disfrazar.

La responsabilidad e iniciativa de esta política no pertenecen a Portes. Gil, quien obedece, en su gestión, a factores superiores a su criterio personal. He aquí otro hecho no menos cierto. Portes Gil no ha cambiado, por una súbita inspiración, la actitud del gobierno ante la CROM. Su nombramiento como Presidente Provisorio ha estado decidido por las fuerzas contrarias a la CROM, desarrolladas en el bloque gobernante en los últimos años. El proceso de incubación de este gobierno empezó cuando los más animosos enemigos de la CROM lanzaron contra su líder Morones la acusación de ser el maquiavélico instigador del asesinato del General Obregón. Desde ese instante, el frente popular que gobernaba México, a nombre de los principios de la Revolución, quedó definitivamente roto. La ascensión al poder de los llamados Obregonistas tenía que conducir a la revolución a la crisis a que hoy asistimos.

Durante los gobiernos de Obregón y Calles, la estabilización del régimen revolucionario había sido obtenida en virtud de un pacto tácito entre la pequeña burguesía insurgente y la organización obrera y campesina para colaborar en un terreno estrictamente reformista. Podía seguirse usando contra los ataques reaccionarios, una fraseología radical, destinada a mantener vivo el entusiasmo de las masas. Pero todo radicalismo debía, en realidad, ser sacrificado a una política normalizadora, reconstructiva. Las conquistas de la Revolución no podían ser consolidadas sino a este precio. La CROM surgida y crecida bajo el caudillaje revolucionario —su acta bautismal es la de la Convención Obrera de Saltillo en 1918— carecía de capacidad y de ambición para dominar material e intelectualmente en el gobierno, tanto en la época de la primera elección de Obregón como en la época de la elección de Calles. En 1926, sus adherentes que, en el Congreso de Saltillo no habían sumado sino 7,000, ascendían sólo a 5,000. Todo el proceso de desarrollo de la CROM, se ha cumplido bajo los gobiernos de Obregón y Calles, a los cuales sostenía, a la vez que recibía las garantías indispensables para su trabajo de organización de las masas obreras y campesinas dentro de sus cuadros. En el momento de su máxima movilización, la CROM calculaba sus efectivos en dos millones de afiliados. Su función política —a pesar de su representación en el gobierno— no estaba en relación con su fuerza social. Pero no le habría sido posible constituir y acrecentar ésta, en tan poco tiempo; sin el concurso de una situación excepcional, como la de México y su gobierno después de largos años de victoriosa agitación revolucionaria.

Bajo este régimen, no sólo se habían desarrollado las fuerzas obreras, canalizadas en dirección reformista, sino también las fuerzas del capital y la burguesía. Las energías más inexpertas de la reacción se habían consumido en el intento de atacar la Revolución desde fuera. Las más sagaces operaban dentro de la Revolución, en espera de que sonase la hora de una acción termidoriana.**

El Estado Mexicano no era, ni en la teoría ni en la práctica, un Estado socialista. La Revolución había respetado los principios y las formas del capitalismo. Lo que este Estado tenía de socialista consistía en su base política obrera. Por moderada que fuese su política, la CROM como organización de clase, tenía que acentuar día a día su programa de socialización de la riqueza. Pero, al mismo tiempo que la clase obrera, se solidificaba dentro del régimen creado por la Revolución, la clase capitalista. Y ésta tenía en su favor una mayor madurez política. Los elementos pequeño-burgueses, los caudillos militares de la Revolución, colocados entre las dos influencias, tenían que ceder regularmente a la influencia capitalista.

Así se ha ido preparando el conflicto que ha hecho explosión: un poco precipitado, con el asesinato del Presidente electo General Obregón, el único caudillo que habría podido prolongar, después de Calles, el compromiso entre las dos fuerzas rivales.

La CROM entra en combate en condiciones y momentos desfavorables. Su estado mayor reformista —Morones y sus tenientes— no puede pasar de una práctica pacífica, legal, evolucionista, a la lucha contra el poder. Morones ha pronunciado, en la última convención de la CROM, discursos ardorosos y polémicos; pero en ellos no ha llegado a la afirmación del derecho y la voluntad de la clase obrera de tomar en sus manos el gobierno, apenas su situación y fuerzas se lo consientan. Se ve bien claramente que Morones no renuncia a su oportunismo, y que confía más en la posibilidad de explotar las divisiones y rivalidades entre los caudillos que en la posibilidad de llevar a las masas obreras a una política netamente revolucionaria. El recurso de llevar a Calles a la convención ha sido una maniobra de este género de estrategia.

Tiene, por esto, mucha trascendencia y significación el esfuerzo que despliegan varias organizaciones obreras revolucionarias, independientes de la CROM, por establecer un frente único proletario, que comprenda todos los sectores activos, a través de una asamblea nacional campesina. El grito de orden del Partido Comunista y de las agrupaciones obreras y campesinas que lo siguen es éste: "¡Viva la CROM! ¡Abajo su Comité Central!". Todas las fuerzas obreras son llamadas en auxilio de la CROM, en su lucha contra la ofensiva reaccionaria. Se condena toda inclinación intransigente a dar vida a una nueva central. Se comprende que la CROM constituye un punto de partida, que el proletariado no debe perder.

La Revolución afronta su más grave prueba. Y México es hoy, más que nunca, el campo de una experiencia revolucionaria. La política de clases entra en ese país en su etapa más interesante.

NOTAS:

* Publicado en **Varietades**: Lima. 19 de Enero de 1929.

** Revanchista: Robespierre fue derrocado por sus enemigos el 9 de Termidor.

ORIGENES Y PERSPECTIVAS DE LA INSURRECCION MEXICANA*

El período eleccionario es en México, por excelencia, un período insurreccional. Él equilibrio entre los elementos sociales y políticos del frente revolucionario, que, bajo la administración de caudillos como Obregón y Calles, consiguió estabilidad, falla, apenas la proximidad de la renovación presidencial anuncia el predominio de algunos de esos elementos, y, el fracaso de las expectativas de los otros, en un instante en que se encuentran vigilantes y excitadas las ambiciones de todos. La crónica establece, de modo evidente, esta periodicidad de la crisis insurreccional.

En 1923, consagrada la candidatura del General Plutarco Elías Calles por el Presidente saliente General Obregón, Adolfo de la Huerta, que había ejercido provisoriamente el poder, después del derrocamiento de Carranza, acaecido también en período eleccionario, se lanzó a la revuelta. De la Huerta había formado parte, bajo el gobierno de Obregón, del frente revolucionario; pero, descartado como candidato, no trepidó en aceptar un papel netamente reaccionario, con el objeto de movilizar a su favor las fuerzas conservadoras. En 1927, dos generales del mismo bloque gubernamental, Gómez y Serrano, se pusieron a la cabeza del movimiento anti-reeleccionista; y, próximas las elecciones, en las que la candidatura del ex-Presidente Obregón contaba con el apoyo activo de Calles y el Gobierno, recurrieron, a su turno, a la insurrección. Probablemente Obregón habría logrado mantener la difícil unidad, bastante minada ya, del frente revolucionario, durante su mandato presidencial. Asesinado por la bala de un fanático, quedó abierta otra vez, con la sucesión presidencial, la etapa de las revueltas armadas.

El frente revolucionario —alianza variopinta—, conglomerado heterogéneo, dentro del cual el crecimiento de un capitalismo brioso, agudizando el contraste de los diversos intereses sociales y políticos, rompía un equilibrio y una unidad contingentes, creados por la lucha contra la feudalidad y el porfirismo entró en una crisis que preparaba un cisma más extenso que los anteriores. Sobrevenida la ruptura con Morones y la CROM, la acción de los factores de escisión del Partido Revolucionario, más propiamente designado por el término de partido obregonista, en el sentido de su correspondencia con una era caudillista y militar de la Revolución Mexicana, siguió conspirando contra la estabilidad gubernamental. El Partido Nacional Revolucionario nació con un defecto congénito. Después de la agitación anti-laborista, se reveló el carácter meramente simbólico y temporal de la bandera obregonista. El candidato Gilberto Valenzuela, asumió una actitud agresiva contra Calles y su clientela. Y la lucha entre los dos candidatos del obregonismo, Ortiz Rubio y Aarón Sáenz, por ganar la mayoría en la convención del partido, desbordó los límites de dos postulaciones provisionarias, sometidas incondicionalmente a la resolución mayoritaria. Los partidarios de Aarón Sáenz se quejaban de que se emplease a favor de Ortiz Rubio, para conseguir su designación por la asamblea, manejos desleales. Calles, que al principio había parecido inclinado a Sáenz, puso su influencia al lado de Ortiz Rubio, con decepción y resentimiento de muchos. Una parte del Partido Reeleccionista, en fin, aclamando a Vasconcelos, había ido a buscar a su candidato, ya no en los rangos asaz desacreditados de los generales proclives a la seducción en el proceso revolucionario, sino en la fama de sus galones

cívicos, acentuada por su actividad como Ministro de Educación Pública del gobierno de Obregón.

Dentro de este conflicto de intereses y de ambiciones inconciliables no es asombroso que los elementos que se sienten vencidos en el terreno eleccionario, apelen a la revuelta. La defección de Escobar, Aguirre, Topete y otros generales, demuestra que abunda en el partido que, por haber representado a la Revolución, se llama revolucionario, la ralea oportunista y ambiciosa. de Gómez y Serrano, Cualesquiera que sean los disfraces de que se revista, es indudable que esta insurrección tiene el mismo carácter contrarrevolucionario de las insurrecciones de Adolfo de la Huerta en 1923 y de Gómez y Serrano en 1927. Por esto, el gobierno de Portes Gil, a pesar de que él mismo se encaminaba con sus ataques a la CROM a una posición revisionista y termidoriana, ha visto reconstituirse a su lado, contra los insurrectos, el sacudido y disgregado frente único revolucionario.

Al encargar a Calles el Ministerio de Guerra, Portes Gil ha realizado una maniobra esencialmente política. Calles cuenta con las simpatías de la CROM, con cuyos jefes Portes Gil anda enemistado. El General Amaro; anterior Ministro de Guerra, en cambio, es uno, de los generales abiertamente acusados por los obreros revolucionarios como profiteurs** de la Revolución, mancomunados por su interés de nuevos terratenientes con la clase proletaria. Calles es más un caudillo que un militar. Se usa contra la insurrección su influencia política, sus dotes de manad más que sus cualidades técnicas.

Estos hechos hacen casi imposible que la insurrección prospere. Aun en el caso de que Escobar, Topete y demás jefes rebeldes obtuviesen momentáneas ventajas militares, sobre los federales, el gobierno de Portes Gil y Calles estaría siempre en aptitud de reanudar la ofensiva con grandes fuerzas, muy superiores moral y materialmente a las que puede movilizar la revuelta. Escobar, Topete y sus secuaces carecen de atmósfera popular. Sus oportunistas ofrecimientos de libertad de cultos, y otras maniobras de fondo netamente contrarrevolucionario, no pueden granjearles el ambiente sin el cual ningún golpe de Estado puede llegar a imponerse en un país como México. No se trata de una revolución, sino de un motín contrarrevolucionario, cuyo único programa posible es el que, en caso de victoria, le prestan los grupos conservadores desalojados del poder a la caída de Porfirio Díaz. El triunfo de un general reaccionario no sería hoy menos precario que el de Victoriano Huerta. La Revolución, aunque desgarrada por sus contrastes internos, es ahora más fuerte que entonces.

La extrema izquierda, de un lado, y el Partido anti-reeleccionista de Vasconcelos, de otro, han publicado, según anuncia el cable, sendos manifiestos condenando la revuelta: No se ha recibido ninguna noticia sobre la actitud de los laboristas, pero es indudable que tiene que ser rotundamente adversa a una intentona en la que están mezcladas personas que se señalaron por su encarnizamiento en la ofensiva contra la CROM y Morones que siguió al asesinato de Obregón. Los revoltosos, por consiguiente, no representan sino la contrarrevolución en sus peores aspectos.

Y esto los descalifica totalmente.

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 27 de Marzo de 1929.

** Aprovechadores, oportunistas.

LA REACCION EN MEXICO*

Portes Gil sigue haciendo contramarchar a la Revolución Mexicana. Obtuvo la victoria sobre la insurrección militar de Escobar, Aguirre, etc., mediante una gran movilización de las masas revolucionarias —obreras y campesinas—. Pero, en seguida, mientras de una parte se ha apresurado a hacer la paz con el clero, de otra parte ha iniciado la ofensiva contra la extrema izquierda. Algunos de los mismos agraristas, que se pusieron a la cabeza de las masas campesinas para defender la Revolución contra los generales que la traicionaron, alzando repentinamente la bandera de la Reacción, han caído abatidos, no por las balas de los cristeros,** sino por las balas de las tropas federales.

El pacto con la Iglesia, que siguió al pacto con el capitalismo yanqui, expresa nítidamente el carácter del gobierno interino del licenciado Portes Gil, a quien ni estas transacciones, ni la persecución de la vanguardia obrera y campesina, impiden por supuesto emplear, en sus arengas al país, un lenguaje pródigo todavía en términos revolucionarios.

Pascual Ortiz Rubio, candidato del partido gubernamental, se prepara sin duda a continuar en el poder la política del licenciado Portes Gil. La fractura del antiguo frente revolucionario, sostenedor de Obregón en la última lucha electoral, ha consentido a Vasconcelos, candidato anti-reeleccionista, una extensa e imponente demostración de fuerza en varios Estados. La lucha política, por tanto, se anuncia tenaz y profunda. El próximo gobierno tendrá que hacer frente a dos fuertes corrientes de oposición: la de derecha y la de izquierda. A la primera procurará quebrantarla con nuevas concesiones a los intereses que representa. A la segunda, resistirá simultáneamente con las armas de la represión y la demagogia. Pero, en este difícil equilibrio, le será imposible seguir haciendo figura de gobierno “revolucionario”.

NOTAS:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 6 de Setiembre de 1929

** Milicias campesinas organizadas por el clero

LA LUCHA ELECCIONARIA EN MÉXICO*

No hay que sorprenderse de la violencia actual de la lucha eleccionaria en México. Esta lucha empezó con la tentativa desgraciada de los generales Gómez y Serrano, hace dos años, frente a la candidatura de Obregón. El asesinato de Obregón, victorioso en las ánforas, después de la radical eliminación de sus competidores, reabrió con sangriento furor esta batalla que debía haber concluido entonces con el escrutinio. La insurrección de Escobar, Aguirre y otros, el fusilamiento de Guadalupe Rodríguez y Salvador Gómez, la persecución de comunistas y agraristas, etc, no han sido mas que etapas. de una batalla, en la que el gobierno interino de Portes Gil, surgido de la fractura del frente revolucionario, no ha sido ni habría podido ser árbitro. Los sucesos de Torreón, Jalapa, Orzaba, Córdoba y Ciudad de México corresponden a esta atmósfera de extremo y acérrimo conflicto,

Presentada por el Partido Anti-reeleccionista la candidatura, de José Vasconcelos; representaba originariamente el sentimiento conservador, la disidencia intelectual. El partido obregonista detentaba aun, indeciso entre las candidaturas de Aarón Sáenz y el ingeniero Ortiz Rubio, el título de Partido Revolucionario. Había aparecido ya la candidatura del bloque obrero y campesino, en oposición, cerrada a todos los postulantes de la burguesía; pero este mismo Movimiento, que reivindicaba la autonomía del proletariado en la lucha política, indicaba que la Revolución Mexicana seguía adelante y que la extensión de su frente resistía la separación clarificadora de fuerzas que, hasta entonces, habían combatido juntas. Rehecho el frente único obregonista, ante la insurrección militar de Escobar y sus colegas, Portes Gil y el Partido Nacional Revolucionario, que ya había elegido como su candidato al ingeniero Ortiz Rubio, hicieron largo uso de un lenguaje de agitación popular contra-revolucionario que les restituía su antiguo rol.

Pero desde que, debelada la insurrección militar, el gobierno interino de Portes Gil ha virado rápidamente a la derecha, se ha producido un desplazamiento de fuerzas. Puestos casi fuera de la ley los comunistas, el bloque obrero y campesino no ha podido continuar activamente su campaña. Las masas han reconocido en Portes Gil, y por consiguiente, en su candidato, a los representantes de intereses políticos cada vez más distintos y extraños a la Revolución Mexicana. Vasconcelos, en el poder, no haría más concesiones que Portes Gil al capitalismo y al clero. Hombre civil, ofrece mayores garantías que su contendor del Partido Nacional Revolucionario de actuar dentro de la legalidad, con sentido de político liberal. Puesto que la Revolución Mexicana se encuentra en su estadio de revolución democrático-burguesa, Vasconcelos puede significar, contra la tendencia fascista que se acentúa en el Partido Nacional Revolucionario, un período de estabilización liberal. Vasconcelos, por otra parte, se ha apropiado del sentimiento anti-imperialista, reavivado en el pueblo mexicano por la abdicación creciente del gobierno ante el capitalismo yanqui. Gradualmente la candidatura de Vasconcelos, que apareció como un movimiento de impulso derechista, se ha convertido en una bandera de liberalismo y anti-imperialismo.

El programa de Vasconcelos carece de todo significado revolucionario. El ideal político nacional del autor de La Raza Cósmica parece ser de un administrador moderado. Ideal de pacificador que aspira a la estabilización y al orden. Los intereses capitalistas y conservadores sedimentados y

sólidos están prontos a suscribir, en todos los países, este programa. Económica, social, políticamente, es un programa capitalista. Pero desde que la pequeña burguesía y la nueva burguesía tienden al fascismo y reprimen violentamente el movimiento proletario, las masas revolucionarias no tienen por qué preferir su permanencia en el poder. Tienen, más bien, que — sin hacerse ninguna ilusión respecto de un cambio del cual ellas mismas no sean autoras— contribuir a la liquidación de un régimen que ha abandonado sus principios y faltado a sus compromisos.

Portes Gil y Ortiz Rubio no acaudillan, por otra parte, una fuerza muy compacta. Dentro del partido obregonista se manifiestan incesantemente grietas profundas. No hace mucho, se descubrió, según parece, señales de conspiración dentro del mismo frente gubernamental. Morones y los laboristas no perdonan a los obregonistas el encarnizamiento de su ataque, en las postrimerías del gobierno de Calles, su licenciamiento del poder, el aniquilamiento de la CROM. Ursulo Galván, expulsado del partido comunista, busca sin duda una bandera al servicio de la cual poner la influencia que aún conserve entre los agraristas.

El panorama político de México se presenta, pues, singularmente agitado e incierto. La guerra civil puede volver a encender en cualquier momento sus hogueras en la fragosa y ardiente tierra mexicana.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 27 de Setiembre de 1929.

AL MARGEN DEL NUEVO CURSO DE LA POLÍTICA MEXICANA*

La observación atenta de los acontecimientos de México está destinada a esclarecer, a teóricos y prácticos del socialismo latinoamericano, las cuestiones que tan frecuentemente embrollan y desfiguran la interpretación diletantesca de los superamericanistas tropicales. Tanto en tiempos de flujo revolucionario, como de reflujo reaccionario, y tal vez más precisa y nítidamente en éstos que en aquellos, la experiencia histórica iniciada en México por la insurrección de Madero y el derribamiento de Porfirio Díaz, suministra al observador un conjunto precioso y único de pruebas de la ineluctable gravitación capitalista y burguesa de todo movimiento político dirigido por la pequeña burguesía, con el confusionismo ideológico que le es propio.

México hizo concebir a apologistas apresurados y excesivos la esperanza tácita de que su revolución proporcionaría a la América Latina el patrón y el método de una revolución socialista, regida por factores esencialmente latinoamericanos, con el máximo ahorro de teorización europeizante. Los hechos se han encargado de dar al traste con esta esperanza tropical y mesiánica. Y ningún crítico circunspecto se arriesgaría hoy a suscribir la hipótesis de que los caudillos y planes de la Revolución Mexicana conduzcan al pueblo azteca al socialismo.

Luis Araquistain, en un libro escrito con evidente simpatía por la obra del régimen político que conoció y estudió en México hace dos años, a nada se siente tan obligado por el más elemental deber de objetividad que a desvanecer la leyenda de la "revolución socialista". Este es, más específica y sistemáticamente, el objeto de una serie de artículos del joven escritor peruano Esteban Pavletich, que desde 1926 está en directo contacto con los hombres y las cosas de México. Los propios escritores, adictos o aliados al régimen, admiten que no es, por el momento, un Estado socialista lo que la política de este régimen tiende a crear. Froylán C. Manjarrez, en un estudio aparecido en la revista *Crisol*, pretende que, para la etapa de gradual transición del capitalismo al socialismo, la vida «nos ofrece ahora esta solución: entre el Estado capitalista y el Estado socialista hay un Estado intermedio: el Estado como regulador de la economía nacional, cuya misión corresponde al concepto cristiano de la propiedad, triunfante hoy, el cual asigna a ésta funciones sociales...». Lejos de todo finalismo y de todo determinismo, los fascistas se atribuyen en Italia la función de crear, precisamente, este tipo de Estado nacional y unitario. El Estado de clase es condenado en nombre del Estado superior a los intereses de las clases, conciliador y árbitro, según los casos, de esos intereses. Eminentemente pequeño-burgueses, no es raro, que esta idea, afirmada ante todo por el fascismo, en el proceso de una acción inequívoca e inconfundiblemente contrarrevolucionaria, aparezca ahora incorporada en el ideario de un régimen político, surgido de una marejada revolucionaria. Los pequeño-burgueses de todo el mundo se parecen, aunque unos se remontan sucesivamente a Maquiavello, el Medioevo y el Imperio Romano y otros sueñen cristianamente en un concepto de la propiedad que asigna a ésta funciones sociales. El Estado regulador de Froylán C. Manjarrez no es otro que el Estado fascista. Poco importa que Manjarrez prefiera reconocerlo en el Estado alemán, tal como se presenta en la Constitución de Weimar.

Ni la Carta de Weimar ni la presencia del Partido Socialista en el gobierno han quitado al Estado alemán el carácter de Estado de clase, de Estado demo-burgués. Los socialistas alemanes, que retrocedieron en 1918 ante la revolución —actitud que precisamente tiene su expresión formal en la Constitución de Weimar— no se proponen más que la transformación lenta, prudente, de este Estado, que saben dominado por los intereses del capitalismo. La colaboración ministerial es impuesta, según explican líderes reformistas como el belga Vandervelde, por la necesidad de defender en el gobierno, contra la prepotencia del capitalismo, los intereses de la clase trabajadora, y por la cuantía y responsabilidad de la representación parlamentaria socialista. Incidentes como el de la exclusión del gobierno del socialdemócrata Hilferding, Ministro de Finanzas, a consecuencia de su conflicto con Schacht, dictador del Reichbank y fiduciario de la gran burguesía financiera, bastan, por otra parte, para recordar a los socialistas alemanes el poder real de los intereses capitalistas en el gobierno y las condiciones prácticas de la colaboración social-demócrata.

Lo que categoriza y clasifica al Estado alemán es el grado en que realiza la democracia burguesa. La evolución política de Alemania no se mide por los vagos propósitos de nacionalización de la economía de la Carta de Weimar, sino por la efectividad conseguida por las instituciones demo-burguesas: sufragio universal, parlamentarismo, derecho de todos los partidos a la existencia legal y a la propaganda de su doctrina, etc.

El retroceso de México, en el período siguiente a la muerte de Obregón, la marcha a la derecha del régimen de Portes Gil y Ortiz Rubio, se aprecian, igualmente, por la, suspensión de los derechos democráticos reconocidos antes a los elementos de extrema izquierda. Persiguiendo a los militantes de la Confederación Sindical Unitaria Mexicana, al Partido Comunista, al Socorro Obrero, a la Liga Anti-Imperialista, por su crítica de las abdicaciones ante el imperialismo y por su propaganda del programa proletario, el gobierno mexicano reniega la verdadera misión de la Revolución Mexicana: la sustitución del régimen porfirista despótico y semi-feudal por un régimen democrático burgués.

El Estado regulador, el Estado intermedio, definido como órgano de la transición del capitalismo al socialismo, aparece concretamente como una regresión. No sólo no es capaz de garantizar a la organización política y económica del proletariado las garantías de la legalidad demoburguesa, sino que asume la función de atacarla y destruirla, apenas se siente molestado por sus más elementales manifestaciones. Se proclama depositario absoluto e infalible de los ideales de la Revolución. Es un Estado de mentalidad patriarcal que, sin profesar el, socialismo, se opone a que el proletariado —esto es la clase a la que históricamente incumbe la función de actuario— afirme y ejercite su derecho a luchar por él, autónomamente de toda influencia burguesa o pequeño-burguesa.

Ninguna de estas constataciones discute a la Revolución Mexicana su fondo social, ni disminuye su significación histórica. El movimiento político que en México ha abatido el porfirismo, se ha nutrido, en todo lo que ha importado avance y victoria sobre la feudalidad y sus oligarquías, del sentimiento de las masas, se ha apoyado en sus fuerzas y ha estado impulsado por un indiscutible espíritu revolucionario. Es, bajo todos estos aspectos, una extraordinaria y aleccionadora experiencia. Pero el carácter y los objetivos de esta revolución, por los hombres que la acaudillaron, por los factores económicos a que obedeció y por la naturaleza de su proceso, son

los de una revolución democrático-burguesa. El socialismo no puede ser actuado sino por un partido de clase; no puede ser sino el resultado de una teoría y una práctica socialistas. Los intelectuales adherentes al régimen, agrupados en la revista Crisol, toman a su cargo la tarea de "definir y esclarecer la ideología de la Revolución". Se reconoce, por consiguiente, que no estaba definida ni esclarecida. Los últimos actos de represión, dirigidos en primer término contra los refugiados políticos extranjeros, cubanos, venezolanos, etc., indican que este esclarecimiento va a llegar con retardo. Los políticos de la Revolución Mexicana, bastante distanciados entre ellos por otra parte, se muestran cada día menos dispuestos a proseguirla como revolución democrático-burguesa. Han dado ya máquina atrás. Y sus teóricos nos sirven, en tanto, con facundia latinoamericana, una tesis del Estado regulador, del Estado intermedio, que se parece como una gota de agua a otra gota a la tesis del Estado fascista.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 19 de Marzo de 1930.

"SEIS ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESIÓN", POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA*

Diversos signos anuncian la liquidación inminente de la demagogia superamericanista, de la declamación ultraísta, en que han coincidido en nuestra América el mesianismo de algunos reformadores políticos y sociales improvisados en las jornadas de la insurrección universitaria y el futurismo de otros tantos poetas, provincianamente persuadidos de la originalidad y criolledad de sus mediocrísimas rapsodias de los "ismos" europeos. Esta liquidación nos exonerará del tributo a uno que otro tácito "maestro de la juventud", de gestos y palabras estrictamente entonados a la más confusa exaltación post-bélica; pero nos conducirá, en cambio, a una estimación exacta, a una ponderación útil de los hombres que verdaderamente ejercen en Latino América una función crítica y docente. Pedro Henríquez Ureña, el autor de estos **Seis ensayos en busca de nuestra expresión** que quiero señalar hoy a la atención de mis lectores, es sin duda uno de los escritores que con más sentido de responsabilidad y mayores dotes de talento y cultura cumplen esa función.

En Henríquez Ureña se combinan la disciplina y la mesura del crítico estudioso y erudito con la inquietud y la comprensión del animador que, exento de toda ambición directiva, alienta la esperanza y las tentativas de las generaciones jóvenes. Henríquez Ureña sabe todo lo que valen el aprendizaje escrupuloso, la investigación atenta, los instrumentos y métodos de trabajo de una cultura acendrada; pero aprecia, igualmente, el valor creativo y dinámico del impulso juvenil, de la protesta antiacadémica y de la afirmación beligerante. Su simpatía y su adhesión acompañan a las vanguardias en la voluntad de superación y en el esfuerzo constructivo. De ninguna crítica me parece tan necesitada la actividad literaria de estos países como de la que Pedro Henríquez Ureña representa con tanto estilo individual.

En su nuevo libro, que agrega un título más a la selectísima biblioteca argentina dirigida por Samuel Glusberg, Henríquez Ureña reúne trabajos dispersos —artículos, conferencias, prólogos— que no obedecen en parte a la intención central de la obra.

Los ensayos **Hacia el nuevo teatro y Veinte años de la literatura en los Estados Unidos**, excelentes como panorama de uno y otro tópico, podían formar, parte de otro libro. No diré que son ajenos al espíritu mismo de estas meditaciones "en busca de nuestra expresión", pero sí que pertenecen con más propiedad a otro grupo de ensayos del autor. Han sido incluidos en estos "seis ensayos" por la dificultad editorial acusadora de nuestra pobreza —de organizar en volúmenes autónomos la investigación de un ensayista como Henríquez Ureña.

Los dos primeros ensayos: **El descontento y la promesa: en busca de nuestra expresión y Caminos de nuestra historia literaria**, contienen lo más esencial del libro. En esos dos nutridos y sólidos escritos, Henríquez Ureña logra un planteamiento de los problemas, de nuestra literatura y de su orientación, mucho más eficaz y hondo que el que embrollada o vagamente esbozan, sin tan precisos resultados, enteros volúmenes de historiografía y crítica literaria. Las conclusiones de Henríquez Ureña son, como todas, susceptibles en muchos puntos de desarrollo y rectificación; pero revelan algo que no es frecuente en nuestra crítica: un criterio superior y

seguro. Henríquez Ureña tiene las cualidades del humanista moderno, del crítico auténtico. Sus juicios no son nunca los del impresionista ni los del escolástico. La consistencia de su criterio literario, no es asequible sino al estudioso que al don innato del buen gusto une ese rumbo seguro, esa noción integral que confieren una educación y un espíritu filosóficos. Henríquez Ureña confirma y suscribe el principio de que la crítica literaria no es una cuestión de técnica o gusto, y de que será siempre ejercida, subsidiaria y superficialmente, por quien carezca de una concepción filosófica e histórica. El hedonismo tanto como el eruditismo y el preceptivismo, están definitivamente relegados a una condición inferior en la crítica. No es posible el crítico sin tecnicismo y sin sensibilidad específicamente literarios, pero se clasificará invariablemente en una categoría secundaria al crítico que con la ciencia y el gusto no posea un sentido de la historia y del universo, una *weltanschauung*.**

Henríquez Ureña reacciona contra el superamericanismo de los que nos aconsejan cierta clausura o por lo menos, cierta resistencia, a lo europeo, con mística confianza en el juego exclusivo y excluyente de nuestras energías criollas y autóctonas. «Todo aislamiento es ilusorio —remarca el autor de **6 ensayos en busca de nuestra expresión**—. La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fue motejado de europeizante por los proscritos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso en su patria, habían de emprender, a su turno, tareas de europeización, para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro». Pero Henríquez Ureña reconoce, al mismo tiempo, la función de "la energía nativa". Más aún, la reivindica, como factor primario de toda creación americana. Formamos parte del mundo latino y, por ende, del occidental; pero los lazos que supone esta filiación «no son estorbos definitivos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional afecta sólo alas formas de la cultura mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa». Y esta energía quizá en ningún americano actúa tanto como en los que pugnan por europeizar u occidentalizar América. «No creo —declara Henríquez Ureña— en la realidad de la querrela de Fierro contra Quiroga. Sarmiento, como civilizador, urgido de acción, ateneado por la prisa, escogió para el futuro de su patria el atajo europeo o norteamericano en vez del sendero criollo, informe todavía, largo, lento, interminable tal vez o desembocando en callejón sin salida; pero nadie sintió mejor que él los soberbios ímpetus, la acre originalidad de la barbarie que aspiraba a destruir. En tales oposiciones y en tales decisiones está el Sarmiento aquilino: la mano inflexible escoge; el espíritu amplio se abre a todos los vientos. ¿Quién comprendió mejor que él a España, la España cuyas malas herencias quiso arrojar al fuego, la que visitó "con el santo propósito de levantarle el proceso verbal", pero que a ratos le hacía agitarse en ráfagas de simpatía?».

¿A qué atribuir la imperfección, la incipiencia, la pobreza de nuestra literatura? Henríquez Ureña no busca la explicación en la raza, ni en el clima, ni en los modelos, ni en el demonio del romanticismo o del europeísmo. El arte y la literatura no florecen en sociedades larvadas o inorgánicas, oprimidas por los más elementales y angustiosos problemas de crecimiento y estabilización. No son categorías cerradas, autónomas, independientes de la evolución social y política de un pueblo. Henríquez Ureña se coloca a este respecto en un terreno materialista e histórico. Distingue dos Américas, la buena y la mala. La primera es la que ha conseguido organizar aproximadamente su existencia, según las reglas de la civilidad occidental; la segunda

es la que se debate aún en la contradicción, entre las formas y exigencias de esta cultura y los densos rezagos tribales o feudales de la América primitiva o colonial. Y la literatura no escapa a una u otra influencia. «Las naciones serias van dando forma y estabilidad a su cultura y en ellas las letras se vuelven actividad normal mientras tanto, en "las otras naciones", donde las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de vaivenes políticos y del desorden económico, la literatura ha comenzado a flaquear. Ejemplos: Chile, en el siglo XIX, no fue uno de los países hacia donde se volvían con mayor placer los ojos de los amantes de las letras; hoy sí lo es. Venezuela tuvo durante cien años, arrancando nada menos que de Bello, literatura valiosa, especialmente en la forma: abundaba el tipo del poeta y del escritor dueño del idioma, dotado de facundia. La serie de tiranías ignorantes que vienen afligiendo a Venezuela desde fines del siglo XIX —al contrario de aquellos curiosos "despotismos ilustrados" de antes, cómo el de Guzmán Blanco— han deshecho la tradición intelectual: ningún escritor de Venezuela menor de cincuenta años disfruta de reputación en América».

Henríquez Ureña discurre con admirable lucidez sobre la naturaleza de los problemas literarios y artísticos. «Nuestros enemigos —escribe— al buscar la expresión de nuestro mundo, son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura, o la vida en perpetuo disturbio y mudanza, llena de preocupaciones ajenas a la pureza de la obra: nuestros poetas, nuestros escritores, fueron las más veces, en parte son todavía, hombres obligados a la acción, la faena política y hasta la guerra, y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores de pueblos». Pero más certera y magistral es su diagnosis en estas palabras finales del libro: «En el pasado nuestros enemigos han sido la pereza y la ignorancia; en el futuro, sé que sólo el esfuerzo y la disciplina darán la obra de expresión pura. Los hombres del ayer, en parte los del presente, tenemos excusa: el medio no nos ofrecía sino cultura atrasada y en pedazos; el tiempo nos lo han robado empeños urgentes, unas veces altos, otras humildes. Y, sin embargo, hasta fines del siglo XIX nuestra mejor literatura es obra de hombres ocupados en "otra cosa": libertadores, presidentes de república, educadores de pueblos, combatientes de toda especie. La calamidad han sido los ociosos: éstos poetas románticos, cuyo único oficio conocido era el de hacer versos, pero que eran incapaces de poner seriedad en la obra. Y lo que antes se veía en los románticos, ¿no se ve ahora en sus descendientes bajo designaciones distintas?». Es difícil comentar el libro de Henríquez Ureña sin ceder, a cada paso, a la tentación de citar textualmente sus palabras. He transcrito, hasta ahora, párrafos que dan una idea precisa del mérito y del contenido de su última obra. Si estas transcripciones contribuyen a despertar el interés del público sobre tan excelente libro, habré alcanzado lo que me propongo en este rápido comentario.

NOTAS:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 28 de Junio de 1929.

** Concepción del mundo.

"INDOLOGIA" POR JOSE VASCONCELOS*

Nadie se ha imaginado el destino de América con tan grande ambición ni tan vehemente esperanza, como José Vasconcelos en el prefacio de la Raza Cósmica, cuya tesis esencial encuentra explicación y desarrollo admirables en Indología, el último libro del pensador mexicano. El objeto del Nuevo Mundo, según esta tesis que aspira más bien a ser una profecía, es la creación de una cultura universal. En el suelo de América se confundirán todas las razas, para producir la raza cósmica. Concluye con la cultura occidental, que se caracteriza ya por su fuerza expansiva y su ideal ecuménico, la edad de las culturas particulares. La misión de América es el alumbramiento de la primera civilización cosmopolita. Universalidad, dice Vasconcelos, debe ser nuestro lema.

Indología, desborda así los límites de una "interpretación de la cultura íbero-americana", que es como nos viene presentada, para tocar los de una utopía en la más pura acepción del vocablo. Y por esto no es el libro de un sociólogo ni de un historiador ni de un político, siendo sin embargo, a un tiempo, historia, sociología, política, por ser el libro de un filósofo. La filosofía recobra aquí su clásica función de ciencia universal, que domina y contiene todas las ciencias y que se siente destinada, no sólo a explicar e iluminar la vida, sino a crearla, proponiéndole las metas de una incesante superación. El filósofo retorna a una tradición en que encontramos a Platón y su República, para aplicar todas las conquistas del conocimiento a la concepción de un arquetipo o plan superior de sociedad y de civilización.

Esta concepción, por la libertad y la audacia con que se mueve en el tiempo, se coloca fuera del alcance de la crítica, forzada a contentarse con el análisis de sus materiales históricos y científicos. El secreto de la arquitectura imaginada con estos materiales, no se entrega sino parcialmente o fragmentariamente. Es un secreto del espíritu creador.

Vasconcelos construye su tesis sin cuidarse de sistematizarla con lógica rigurosa y pedante. Su procedimiento no conduce a la formalización rígida. Y su obra, tiene por esto, como él lo anhela, más de musical que de arquitectónica. El pensamiento de Vasconcelos, afronta los riesgos de los más: intrépidos vuelos; pero se complace siempre en. retornar a la naturaleza y a la vida, de las cuales extrae su energía. El concepto se mezcla en sus obras con el relato, la impresión, la poesía. Su prosa, tiene un contagioso calor lírico. Cada idea nos descubre, en seguida, en Vasconcelos, su raíz, su proceso —estoy casi por decir que su biografía—. Por esto, el gran mexicano, no nos ofrece nunca tesis frías, ideas congeladas, sino un pensamiento móvil, viviente cálido, expresado con su fluencia y su movimiento. Y, por esto, también, su obra tiene en parte un carácter marcadamente autobiográfico —como sucede en el prólogo de Indología y las crónicas de viaje de La Raza Cósmica— que proviene de una profunda adhesión, más que el concepto mismo, a las percepciones que lo nutren, a la naturaleza que le presta matiz y emoción, al hecho que le comunica dinamismo y le atribuye objeto.

¿Cómo llega Vasconcelos a su teoría de la misión de América: cultura universal y raza cósmica? Para entender bien esta concepción hay que conocer sus leyes, su andamiaje teórico. Vasconcelos, los expone así: «La primera hipótesis que tomo para organizar el concepto de nuestros ideales colectivos, y que me sirve como de hélice propulsora en el vuelo del

pensamiento hacia el futuro, es mi teoría de los tres estados de la civilización. Veo el problema del mundo, no ya subdividido en misiones parciales que a cada raza y a cada período histórico ha correspondido desarrollar, sino englobado en tres grandes ciclos, hacia los cuales ha venido convergiendo la historia y cuya consecución todavía no alcanzamos a mirar. Esos tres grandes ciclos son: el materialista, el intelectualista y el estético. No insistiré en el desarrollo de esta tesis, que ya varias veces he procurado esbozar y definir. Insisto solamente en asentarla y añadir que la historia de cada una de las grandes civilizaciones podría demostrarnos la aparición sucesiva de cada una de estas épocas que se caracterizan por el predominio, ya de uno, ya de otro de los factores que sirven de base a la diferenciación. El período militar, que corresponde al régimen de tribu; el período del intercambio, las convenciones y los arreglos inteligentes, que corresponde al desarrollo de las instituciones y de la civilización, y, finalmente, el período estético que corresponde a la concepción emotiva, religiosa y artística de la vida. Tercer período, que ha sido para todas las grandes culturas como una meta. no obstante que todas, hasta hoy, han decaído antes de alcanzarla. Han decaído porque la corrupción interna, al traicionar las normas superiores, las ha puesto otra vez a merced del apetito y la incredulidad en el ideal».

Nuestra civilización no ha cumplido aún, según Vasconcelos, su ciclo intelectual, dividido por el autor de *Indología* en tres períodos: el del abogado, el del economista y el del ingeniero. El primero corresponde al de la elaboración del derecho y la sujeción a sus leyes de las relaciones de los individuos como de los pueblos. El segundo debe conducir al sometimiento del capital a los fines colectivos; al triunfo de los técnicos de la economía sobre los capitanes de la industria privada; vale decir a la realización del socialismo. El tercero será el período de la técnica, de la ingeniería, del dominio de todas las fuerzas y resistencias de la naturaleza, por la ciencia aplicada. (Vasconcelos haría justicia a Lenin, si reconociera al genial revolucionario la gloria de haber soñado, como nadie antes que él, en esta etapa, cuando planeaba con iluminado empeño la electrificación de Rusia).

Pero estos períodos progresan sin duda paralelamente. Más optimista que Vasconcelos, yo pienso que de los dos últimos —el del economista y el del ingeniero— el mundo contemporáneo nos presenta ya logradas anticipaciones. Aunque Vasconcelos, con una falta de justicia y de lucidez que consternan en una mente como la suya se inclinó a negarlo, la obra de la Revolución Rusa representa un gigantesco esfuerzo de racionalización de la economía. Y el avance heroicamente ganado por Rusia hacia el socialismo —en medio de un mundo hostil, dentro del cual ni aún los filósofos más atrevidos en su previsión del porvenir son capaces de mirarla sin prejuicios— nos indica que no tocará a Estados Unidos, sino a la Unión Soviética, la realización del sometimiento del dinero y la producción a los principios de la economía y la justicia sociales.

La ausencia que los espíritus de la nueva generación tenemos que constatar, con un poco de tristeza y desencanto, en la obra de Vasconcelos, es la ausencia de un sentido más agudo y despierto de lo presente. La época reclama un idealismo más práctico, una actitud más beligerante. Vasconcelos nos acompaña fácil y generosamente a condenar el presente, pero no a entenderlo ni utilizarlo. Nuestro destino es la lucha más que la contemplación. Esta puede ser una limitación de nuestra época, pero no. tenemos tiempo para discutirla, sino apenas para aceptarla. Vasconcelos coloca su utopía demasiado lejos de nosotros. A fuerza de sondear en el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente. Conocemos y admiramos su fórmula: "Pesimismo de la realidad; optimismo del ideal". Pero observando la posición a que lleva al que

la profesora demasiado absolutamente, preferimos sustituirla por esta otra: "Pesimismo de la realidad; optimismo de la acción". No nos basta condenar la realidad, queremos transformarla. Tal vez esto nos obligue a reducir nuestro ideal; pero nos enseñará, en todo caso, el único modo de realizarlo. El marxismo nos satisface por eso: porque no es un programa rígido sino un método dialéctico.

Estas observaciones no niegan ni atenúan el valor de la obra de Vasconcelos como aporte a una revisión revolucionaria de la historia. Vasconcelos tiene como historiador y sociólogo juicios magistrales. Es imposible, por ejemplo, no suscribir, el siguiente: "Si no hubiese tantas otras causas de orden moral y de orden físico que explican perfectamente el espectáculo aparentemente desesperado del enorme progreso de los sajones en el Norte y el lento paso desorientado de los latinos en el Sur, sólo la comparación de los dos sistemas de los regímenes de propiedad, bastaría para explicar las razones del contraste: En el Norte no hubo reyes que estuviesen disponiendo de la tierra ajena como de cosa propia. Sin mayor "gracia" de parte de sus monarcas y más bien en cierto estado de rebelión moral contra el monarca inglés, los colonizadores del Norte fueron desarrollando un sistema de propiedad privada, en el cual cada quien pagaba el precio de su tierra y no ocupaba sino la extensión que podía cultivar. Así fue que en lugar de encomiendas hubo cultivos y en vez de una aristocracia guerrera y agrícola, con timbres de turbio abolengo real, abolengo cortesano de abyección y homicidio, se desarrolló en el Norte una aristocracia de la aptitud, que es lo que se llama democracia, una democracia que en sus comienzos, no reconoció más preceptos que los del lema francés: "libertad, igualdad, fraternidad".

Pienso, empero, que el juicio de Vasconcelos sobre la diferencia esencial entre la sociedad fundada en el Norte por los sajones y la fundada en el Centro y Sur por los íberos, no está exento de cierto romanticismo. Lo que fundamentalmente distingue a ambas sociedades no es una raza ni una tradición diversas. Es más bien el hecho de que con los sajones vino la Reforma, esto es la revolución espiritual de la cual debía nacer todo el fenómeno capitalista e industrialista, mientras que con los españoles vino el Medio Evo, esto es la subsistencia de un espíritu incompatible con un nuevo principio de propiedad, libertad y progreso. El Medio Evo había ya dado todos sus frutos espirituales y materiales. La conquista fue la última cruzada. Con los conquistadores se acabó la grandeza española. Después no alumbró sino en él misticismo de algunas grandes almas religiosas. Coincido con Vasconcelos en la estimación de la obra civilizadora de las misiones del coloniaje. La reconocí ya hace algún tiempo propósito de la función de algunas congregaciones en la agricultura y la educación práctica de los indígenas, en un ensayo sobre la evolución de la economía peruana. Pero deduzco todos los factores de estancamiento latinoamericano de la medioevalidad española. España es una nación rezagada en el progreso capitalista. Hasta ahora, España no ha podido aún emanciparse del Medio Evo. Mientras en Europa Central y Oriental han sido abatidos, como consecuencia de la guerra, los últimos bastiones de la feudalidad, en España se mantienen todavía en pie, defendidos por la monarquía. Quienes ahondar hoy en la historia de España, descubren que a este país le ha faltado una cumplida revolución liberal y burguesa. En España el tercer estado no ha logrado nunca una victoria definitiva. El capitalismo aparece cada vez más netamente como un fenómeno consustancial y solidario con el liberalismo y con el protestantismo. Este no es propiamente un principio ni una teoría sino más bien una observación experimental o empírica. Se constata que los pueblos en los cuales el capitalismo — industrialismo y maquinismo — ha alcanzado todo su desarrollo, son los pueblos anglo-sajones,

liberales y protestantes. Sólo en estos países la civilización capitalista se ha desarrollado plenamente.

España es, entre las naciones latinas, la que menos ha sabido adaptarse al capitalismo y al liberalismo. La famosa decadencia española, a la cual exegetas románticos atribuyen los más diversos y extraños orígenes, consiste simplemente en esta incapacidad. El clamor por la europeización de España, ha sido un clamor por su asimilación demo-burguesa y capitalista. Lógicamente, las colonias formadas por España en América, tenían que resentirse de la misma debilidad. Se explica perfectamente el que las colonias de Inglaterra, nación destinada a la hegemonía en la edad capitalista, recibiesen los fermentos y las energías espirituales y materiales de un apogeo, mientras las colonias de España, nación encadenada a la tradición de edad aristócrata, recibían los gérmenes y las taras de una decadencia.

Está en lo justo Vasconcelos cuando denuncia la tesis de la superioridad absoluta de la raza blanca como un prejuicio imperialista de los anglo-sajones. La América Latina necesita superar este prejuicio que comporta también el de la inferioridad de todo mestizaje. Vasconcelos pone en el mestizaje, su esperanza de una raza cósmica. Pero exagera cuando atribuye al espíritu de la colonización española el cruzamiento de la sangre íbera con la sangre india. Los colonizadores sajones llegaron a Norte América con sus familias. No encontraron, además, un pueblo con tradición y cultura. El conquistador español, tuvo que tomar como mujer a la india. Y halló en América dos culturas avanzadas y respetables: al Norte, la azteca; al Sur, la quechua.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 22 de Octubre de 1922.

"LOS DE ABAJO" DE MARIANO AZUELA*

México tiene la clavé del porvenir de la América india. Por esta posesión, el pueblo azteca ha pagado, sin cicatería ni parsimonia, el tributo de su sangre. Tuvo don de profecía Vasconcelos, cuando escogió el lema de la Universidad mexicana: "Por mi raza hablará el espíritu". En México se exaltan y se agrandan prodigiosamente las posibilidades creadoras de nuestra América. El pueblo que primero ha hecho una revolución es el primero que está haciendo un arte, una literatura, una escuela. Pueden sonreír los que suponen que la literatura es una categoría independiente de la política, del espacio y el tiempo. El poder de creación es uno solo. Una época revolucionaria es creadora por excelencia. Es una época de alta tensión en la cual todas las energías y todas las potencias de un pueblo —políticas, económicas, artísticas, religiosas— logran su máximo grado de exaltación.

La pintura, la escultura, la poesía de México son las más vitales del continente. Las de otros pueblos hispano-americanos presentan, en algunos casos, individualidades y movimientos sugestivos y ejemplares; pero las de México tienen la fuerza vital del fenómeno orgánico y colectivo. Las distingue su savia popular, su impronta mexicana.

La Revolución Mexicana ha tenido, en literatura, su período de poesía. Período de cantos a la Revolución. (El "estridentismo" es su batalla literaria característica y Maples Arce su poeta representativo). **Los de abajo**, la novela de Mariano Azuela, parece ser signo de que la revolución entra, también, en literatura, en su período de prosa. La novela, el relato, fijarán más duradera y profundamente que el verso el carácter y la emoción de la epopeya revolucionaria.

Los de abajo no es todavía la novela de la Revolución. A esta novela no será posible llegar sino a través de tentativas preparatorias. Azuela nos revela en su libro tan sólo un lado, un contorno de la Revolución. No desfila, delante de nosotros, el ejército de la Revolución, sino una de sus columnas volantes. La Versión de Azuela; robusta, honrada, violenta, se detiene en la guerrilla, en la escaramuza, en el episodio.

Los personajes de **Los de abajo** están reclutados entre los franco tiradores o montoneros de la Revolución, no entre sus soldados regulares.

El protagonista Demetrio Macías, que capitanea una banda de montañeses, por ser el más valiente, el más hombre de todos, anda a salto de mata, en armas contra la ley, porque está fuera de la ley como todos sus compañeros. Si sus andanzas lo convierten en general villista es, más que por su instinto de guerrillero, por la astucia del aventurero Luis Cervantes, **profiteur**** de la guerra civil.

Macías, cuenta así su historia y la de su banda: «Yo soy de Limón, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mis casas, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar, es decir que nada me faltaba, Pues, señor, nosotros los rancheros, tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates y todas las encomiendas. Después entra uno con sus amigos a la tienda de Primitivo López a hacer las once. Se toma la copita; a veces, es uno condescendiente y se deja cargar la

mano y se le sube el trago, y le da su mucho gusto. Todo está bueno, porque no se ofende a nadie. Pero que comiencen a meterse con usted; que el policía pasa y pasa, arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurra quitarle a usted su gusto... ¡Claro, hombre! Usted no tiene la sangre de orchata, usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le da coraje, usted se levanta y les dice su justo precio. Si entendieron, santo y bueno, a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es machito de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos... Y, sí, señor, sale la daga, sale la pistola... ¡Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el difuntito!»

«Bueno, ¿qué pasó con don Mónico? ¡Faceto!, muchísimo menos que con los otros; ¡ni siquiera vio correr el gallo!... Una escupida en las barbas por entrometido y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la Federación. Usted ha de saber del chisme ese de México, donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz, ¡qué sé yo! Bueno, pues el mismo don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer escolta para que me agarraran. Que diz que yo era maderista y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado. Después vino mi compadre Anastasio, que hizo tina muerte y, luego, Pantracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después se nos han ido juntando más, y ya vé; hacemos la lucha como podemos».

La guerrilla de Demetrio Macías sucumbe en una emboscada, en la misma sierra donde tiempo atrás deshizo a una columna de federales. La acción de la novela constituye un capítulo del episodio villista. Su naturaleza de episodio es patente hasta por el desenlace. El episodio necesita terminar; la historia es siempre una continuación y un comienzo. La revolución está hecha de muchos episodios como el de **Los de abajo**: pero está hecha también y sobre todo, de un gran caudal de anhelos y de impulsos populares y, después de mucho estrellarse y desbordarse, se abrió el hondo cauce por el cual corre ahora. La guerrilla es un arroyo que baja de la sierra, para perderse a veces; la revolución, un gran río que confuso en sus orígenes, se ensancha y precisa en su amplio curso.

Pero **Los de abajo**, los montoneros de Mariano Azuela, pertenecen siempre a la revolución. La revolución no puede renegarlos. El montonero, ese hombre listo y bravo que merodeaba por la sierra fuera de la ley, sirvió para medir la miseria y la esclavitud del peón, del campesino, oprimido por la ley. La revolución que, desde antes de serlo, sembró de esperanzas y de anhelos el país, tenía el don de imponer su verbo y de prestar su fe a sus combatientes. El propio profileur Luis Cervantes, el bachiller arribista que escapa a Estados Unidos con el botín de los saqueos, después de entregar a Macías a la mujer que lo quiere y lo sigue, obedece inconscientemente a una fuerza superior a él. A pesar de su desvergüenza y de su fuga, es un servidor de la revolución. El aprovecha a la revolución pero la revolución lo aprovecha también a él. ¿No es él quien descubre a Macías que su aventura puede insertarse en su gran movimiento y consagrarse a una gran causa? («Mentira que usted ande aquí por don Mónico el cacique; usted anda aquí por don Motra, el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos

estamos luchando nosotros...»). La revolución necesitaba estos tinterillos, estos bachilleres, aunque luego la desertasen y traicionasen. Si era posible un Luis Cervantes, era posible también un Atilio Montañés, el oscuro maestro elemental que dictó el programa agrarista a Emiliano Zapata, expresando la más vigorosa reivindicación de las masas mexicanas.

Nada de esto disminuye, por cierto, el mérito de la obra de Mariano Azuela, gran precursor de la novela americana.

Los de abajo, no le debe artísticamente nada a ninguna literatura. Azuela la ha creado íntegramente con materiales mexicanos. Para algo la revolución de su patria es tan rica en materia y en espíritu.

Pero si se quiere buscarle una equivalencia a esta sobria y fuerte novela, en otra literatura revolucionaria, se podría tal vez encontrarla en cierto grado, en los Cuentos de la Caballería Roja de Babel y, en otro sentido, en Los Tejones de Leonov. Equivalencia he escrito y no parecido ni afinidad.

NOTAS:

* Publicado en: **Variedades** el 21 de Enero de 1928. Y reproducido en **Amauta** N° 12: Lima, Febrero de 1928.

** Aprovechador.

"LA REVOLUCION MEXICANA" POR LUIS ARAQUISTAIN*

El tiempo de "ricorso" en que se encuentra desde hace algunos meses la Revolución Mexicana — vencida la reacción militar, con el activo concurso de los obreros y campesinos, el Presidente provisorio, licenciado Portes Gil, ha creído políticamente oportunas y hábiles no pocas concesiones a los intereses reaccionarios, a expensas de las masas revolucionarias— aleja un poco del lector actual el libro de Araquistain, que alcanza al momento en que, asesinado Obregón, el presidente Calles afirmó su decisión irrevocable de dejar la presidencia al término de su período legal y pronunció una formal condena del, caudillaje. La revolución mexicana según sus palabras, era lo suficientemente fuerte y adulta para proseguir sin la brújula de un jefe providencial. La constatación de esta madurez sugería a Araquistain las siguientes reflexiones:

«La muerte de Obregón no hará retroceder la historia. En el estado presente de la evolución social de México, ningún hombre, por grande que sea, es indispensable. Ya no conducen los individuos sino las masas organizadas por la revolución de 1919. El héroe ahora es la nueva sociedad que se está forjando y que producirá cuantos líderes le sean precisos. El magnicidio resulta inútil. Un fanático o un sicario no puede detener la marcha ascendente de un pueblo que busca su libertad con tanto ahínco y a costa de tanta sangre».

De ese instante a hoy, el panorama político de México se ha modificado sensiblemente. Araquistain dejó a la Revolución en su "línea de Obregón". Algunas posiciones habían sido abandonadas y algunas, esperanzas habían sido licenciadas, bajo la conminatoria de los hechos; pero las conquistas de los artículos 27 y 123 de la Constitución, eran irrenunciables. La línea de Obregón no se ha mostrado más inexpugnable que la línea de Hindenburg. Con la muerte de Obregón, se produjo la fractura del frente único revolucionario. Morones y los laboristas, fueron condenados al ostracismo del poder. Empezó una lucha entre el obregonismo y la Crom. El Partido Comunista que había sostenido la candidatura de Obregón, reivindicó su derecho a una política autónoma, aprestándose para las campañas de la candidatura de Rodríguez Triana y del block obrero y campesino. La insurrección reaccionaria de los generales Escobar, Aguirre, etc., exigió la temporal soldadura del frente revolucionario. Todas las fuerzas obreras y campesinas fueron llamadas al combate contra la ofensiva reaccionaria. La tentativa de estos jefes militares que tan seriamente amenazó al poder, como la de Gómez y Serrano, no había sido posible exclusivamente por la ambición pretoriana de sus caudillos, sino por el estímulo de fuerzas anti-revolucionarias, actuantes en el campo mismo de la Revolución. Debelada la revuelta, el gobierno provisorio de Portes Gil, no extrañó al influjo de estas fuerzas, inauguró una política íntimamente inspirada en la tendencia a reducir las a la obediencia y a la disciplina por medio de una serie de concesiones a los intereses que traducían. Esta política en breve plazo, ha conducido al abandono de la antigua línea revolucionaria. El gobierno de México ha pactado primero con el imperialismo, en seguida con el clero. No ha retrocedido ante el desarme violento de las mismas masas de campesinos que lo habían ayudado a destruir las tropas de los cabecillas reaccionarios. Ha fusilado a organizadores y líderes de estas masas como José Guadalupe Rodríguez. Persigue a los comunistas y a los agraristas, como cualquier fascismo balcánico. Una de las condiciones tácitas de paz con las derechas es la represión de la extrema izquierda. Podría decirse que el

gobierno de Portes Gil ha batido la insurrección reaccionaria, para apropiarse en seguida de su programa. El código de trabajo, significa una radical rectificación de la política obrera animada por el espíritu del artículo 27 de la Constitución. Rectificación operada con astucia jurídica, pero inspirada netamente en el interés capitalista. La capitulación ante los petroleros, desvanece las ilusiones del "Estado anti-imperialista".

Eudocio Ravines —joven escritor peruano, que ha logrado en Europa, en un severo aprendizaje que ojalá tuviera imitadores en nuestros estudiantes de fuera, una admirable madurez— avizoraba hace pocos meses, desde su mirador de París, el "thermidor mexicano".

Pero este "ricorso", si nos distancia bastante del período a que corresponden las sagaces indagaciones de Luis Araquistain, no disminuyen el valor de su libro, la primera visión panorámica de una Revolución rencorosamente difamada por la propaganda imperialista y conservadora. Araquistain previene en más de un pasaje, al lector de juicios sumarios, contra toda ilusión excesiva.

«Contra lo que se ha dicho tantas veces —apunta— la Revolución Mexicana no es socialista. No intenta crear, como en Rusia, una propiedad agraria común, sino una propiedad individual, como en Francia». La Revolución Mexicana se clasifica históricamente como una revolución democrático-burguesa que, atacando el latifundio, por su inmovilidad feudal, en virtud de las leyes del crecimiento capitalista y de la necesidad política de apoyarse en las reivindicaciones de las masas, mantiene intacto el principio de la propiedad privada». «En última instancia —dice Araquistain— la Revolución Mexicana se ha limitado a suprimir ese concepto básico de la propiedad absoluta y a sustituirlo con otro concepto más moderno: que toda forma de propiedad es sólo legítima como servicio, como función social, y que si un propietario no sabe cumplir con esa función, la sociedad, por el instrumento del Estado, tiene el derecho y aun el deber de desposeerle y traspasar la propiedad a un propietario más competente o más probo». Pero en el reparto de tierras el nuevo régimen mexicano ha avanzado muy despacio. Araquistain consigna en su libro las cifras de la adjudicación de tierras a los ejidos. «Las tierras repartidas en diez años, de 1916 a 1926, fueron 3'158,875 hectáreas en una superficie total de 196'230,000 hectáreas, o sea el 1.8 por 100. No es para alarmar a nadie. Los jefes de familia beneficiados por esos repartos, fueron poco más de 300,000 en una población agrícola aproximada de cuatro millones de habitantes. Los repartos provisionales en este tiempo fueron de 2'525,849 hectáreas. Como se ve, la Revolución dista aun mucho de estar completa». Esto es, en el hecho, lo mismo que sostienen los revolucionarios del block obrero-campesino, en su campaña por llevar adelante la Revolución, aunque Araquistain no suscribiría ciertamente ninguno de los principios teóricos de su programa. La política agraria de los gobiernos surgidos del movimiento que formuló sus principios en la Constitución del 17, ha sido, en la práctica, moderada y transaccional.

Pero sus mismos modestos resultados, que, como observa Araquistain, «no han impedido que los expropiados hayan puesto y sigan poniendo el grito en el cielo», no habrían sido posibles sin la acción armada de las masas campesinas. Madero, después de haber derrocado a Porfirio Díaz, no supo comprender las reivindicaciones de Zapata. Carranza, elevado al poder por las fuerzas populares revolucionarias, sublevadas contra el traidor Victoriano Huerta, no tendió a otra cosa que a la restauración del porfirismo. Araquistain lo anota con penetración y objetividad.

«La Revolución Mexicana es una réplica a los que, en el campo de la burguesía, calumnian o mistifican ése movimiento popular americano, más social que político, coma admite Araquistain, aunque detenido en su estadio político, donde pugnan por fijarlo los intereses capitalistas». Y este carácter de defensa, de plaidoyer** hace que Araquistain exagere, a veces, su esfuerzo por reconciliar la Revolución Mexicana con la opinión conservadora. Emplea, en el curso de su alegato, afirmaciones extremas, de gusto paradójal, como ésta, "Las grandes revoluciones, rara vez pretenden otra cosa que reanudar una gran tradición olvidada o abolida inicuaamente". "La Revolución Mexicana es una obra patriótica y en el fondo conservadora, como todas las revoluciones auténticas". Sin duda, una revolución continúa la tradición de un pueblo, en el sentido de que es una energía creadora de cosas e ideas que incorpora definitivamente en esa tradición enriqueciéndola y acrecentándola. Pero la revolución trae siempre un orden nuevo, que habría sido imposible ayer. La revolución se hace con materiales históricos; pero, como diseño y como función, corresponde a necesidades y propósitos nuevos.

Araquistain, que es uno de los escritores de la España moderna que con más perspicacia y comprensión —y también con más simpatía y generosidad— aborda los problemas de Hispano-América, consigue, con todo, una interpretación exenta de prejuicios a los que la mayoría de sus colegas sería, sin duda, propensa.

Su sentimiento de español, no le impide fallar adversamente a España en más de un punto. Sin dificultad, comprende Araquistain lo que distingue a la colonización anglo-sajona de la española. A la América española, la emigración vino "a vivir del indio, a mantenerle en estado servil para que el militar, el clérigo, el encomendero y el funcionario pudieran organizarse en un régimen de castas privilegiadas". Y no se hace ilusiones sobre la función del emigrante español en el mantenimiento del espíritu de hispanidad en América. Piensa que el "emigrante español es el obstáculo más grande a una aproximación espiritual entre España y las repúblicas hispano-americanas. Su escasa ilustración, sus ambiciones puramente utilitarias. su tosquedad de modales, su espíritu anacrónico, a fuerza de ser ultraconservador, que le impide comprender la evolución social y política de América; su desdén por los nativos del país, como si todavía siguieran siendo los indios con pumas del Descubrimiento y él un Hernán Cortés o un Pizarro redivivós, todo esto levanta una infranqueable barrera de Mutilus refracciones psicológicas entre españoles y, americanos". Ciertamente, el emigrante español no es siempre así; pero Araquistain no elabora su juicio a base de casos singulares.

Y su condición de intelectual, no le estorba para darse cuenta de las responsabilidades de la intelligenzia en el sabotaje o la resistencia a la Revolución en México. Los escritores mexicanos, en su mayoría, se han adherido a la Revolución porque no les ha quedado otro camino. La existencia de algunos grupos de escritores revolucionarios no desmiente, sino más bien aviva por reacción y contraste, el conservantismo de la guardia vieja intelectual y aun de su descendencia. «Los más van en la cabalgata —apunta Araquistain— pero en el corazón y la cabeza están lejos. Los de mejor buena fe creen que una revolución hecha por campesinos y obreros y dirigida por generales improvisados y por estadistas que antes fueron agricultores o maestros de escuela, no puede ser bastante seria. Como acontece a menudo, por pobreza de imaginación muchos intelectuales se quedan a la zaga de la historia de su tiempo y de su país».

Y en otro capítulo escribe: «La Universidad es indispensable, pero, cuando se piensa que todos los hombres que han hecho y están haciendo la Revolución Mexicana, con raras excepciones, son autodidactos y que, al contrario, los hombres incubados en la Universidad, los licenciados en diversas Humanidades, han sido y muchos siguen siendo los peores enemigos del nuevo régimen, no es para envanecerse de la llamada cultura humanista». Más sensibilidad histórica han mostrado, acaso, los artistas, los pintores. Tal vez el más justiciero homenaje del hermoso y honrado libro de Araquistain es —con el tributado a la memoria de Emiliano Zapata, el "Espartaco de México"— el rendido a Diego Rivera, pintor genial, el más grande expresador en sus frescos, ya universalmente famosos, del sentido social de la Revolución Mexicana.

NOTAS:

* Publicado en **Varietades**: Lima, 11 de Setiembre de 1929.

** Alegato judicial.

UN LIBRO DE DISCURSOS Y MENSAJES DE CALLES*

La Editorial Cervantes de Barcelona acaba de publicar en su Biblioteca de Actualidades Políticas, un libro que reúne ordenadamente los principales discursos y mensajes del Presidente de México, General Plutarco Elías Calles. Esta compilación que lleva el título de **México ante el Mundo** ha sido hecha por una interesante mujer mexicana, la escritora Esperanza Velásquez Bringas. Comprende los documentos de la vida política del General Calles desde la presentación formal de su candidatura a la presidencia hasta las últimas campañas de su gobierno. Y pretende condensar y definir la ideología del Presidente mexicano, cuya figura se destaca con sugestivo relieve en el escenario de América.

No es frecuente en documentos como los compilados en este libro, la expresión cabal y nítida del pensamiento de un político. Un candidato, un presidente, tienen que acordar las declaraciones a las circunstancias concretas dentro de las cuales se mueven. Sólo cuando hablan en nombre de una revolución pueden transgredir los límites del lenguaje oficial. Este es, en cierto grado, el caso del General Calles. Y digo en cierto grado, porque la batalla eleccionaria y gubernamental del General Calles corresponde a un período de estabilización y defensa del régimen revolucionario mexicano, esto es, de adaptación sagaz a las condiciones ambientales; más bien que de afirmación enérgica de las reivindicaciones populares. De suerte que a nadie puede sorprender el carácter un poco impreciso que, desde el punto de vista doctrinal, tienen a veces, por evidentes razones de oportunidad, los conceptos del estadista mexicano.

Sin embargo, ni la medida ni la discreción oficiales, disminuyen ni oscurecen el sentido revolucionario de su política. Calles, se siente, en todo instante, un mandatario de la Revolución. En ninguno de sus discursos atenúa su posición ni rehuye sus responsabilidades de revolucionario. Su gobierno quiere, ante todo, apoyarse en el proletariado.

«Cuando comprendí —ha dicho una vez Calles— que la Revolución, por azares de las luchas políticas, ponía en mis manos, no el estandarte de una campaña presidencial sin más finalidad que alcanzar el poder, sino la bandera sagrada de un programa de reformas sociales, no quise más aliados que las clases trabajadoras, que firmemente comprendo, son las únicas de acción y de firmeza en este país, y las únicas en quienes depositar nuestras esperanzas de que sabrán construir una nación fuerte y feliz». Y en el mismo discurso, agrega declarando su fe en la nueva generación mexicana: (La juventud, toda generosidad y nobleza, sin los pequeños egoísmos de la edad madura, sin los prejuicios de la vejez, es la que tiene que orientarse según los nuevos ideales para manejar, mañana, con su talento y con su esfuerzo, el gran movimiento de los trabajadores».

Calles no cree que su gobierno sea la meta de la Revolución. Lo reconoce sólo como una de sus estaciones o de sus fases. La realización de los ideales máximos del movimiento mexicano pertenece a la juventud, vale decir, al futuro. Contrariamente a lo que piensan siempre soberbiamente los caudillos de antiguo tipo, Calles no se siente un providencial, menos aún un taumaturgo. Sabe que en su gobierno no culmina el magno capítulo de la historia mexicana abierto por la revolución agrarista. No ambiciona más que cumplir, íntegra y honradamente, su misión histórica, sin preocuparse demasiado de su grado de grandeza.

Este realismo, esta lealtad, constituyen evidentemente la mayor prueba de la altitud de Calles. Quien en la historia no exagera declamatoriamente su rol, casi siempre está seguro de jugar un rol trascendente. A Calles sus batallas contra el imperialismo yanqui y contra la reacción conservadora, le bastan para considerar cumplida su misión esencial. En el poder, no se ha contentado con una pasiva actividad administrativa: ha continuado la revolución mexicana y ha devenido resueltamente sus conquistas y sus principios contra el ataque solapado o violento de los elementos reaccionarios.

El programa agrario de Calles tiende decididamente al establecimiento de la pequeña propiedad. La adjudicación de tierras a los pueblos o aldeas, como propiedad comunal, no le parece un medio de organización socialista de la agricultura, sino más bien, una vía hacia la constitución de un sistema individualista. «Los ejidos —dice Calles— como propiedad común de los pueblos, significan a mi modo de ver, el primer paso hacia la pequeña propiedad rural. Necesitamos una legislación completa que garantice la imposibilidad de acaparamiento de parcelas de ejidos, al mismo tiempo que asegure la permanencia de las mismas en poder del trabajador. Es de esperar que más tarde se dictarán leyes que autoricen la división de los ejidos en parcelas de propiedad individual. El trabajo en común de los ejidos no creo que pueda originar grandes estímulos ni producir, frecuentemente, mas que desavenencias entre los vecinos; esto es, como dejo dicho en mi concepto, una forma transitoria para preparar el advenimiento de la pequeña propiedad». Este criterio acusa en Calles una orientación liberal que no armoniza con el ideal de la nueva generación de asentar la economía del continente sobre bases socialistas. La política agraria de Calles no mira a la educación de las masas rurales para la explotación de la tierra por medio de cooperativas. Bajo este aspecto resulta evidente su limitación, que resulta un poco extraña si se tiene en cuenta la amplia confianza que Calles deposita en el porvenir y su consiguiente resistencia a atribuir a las medidas presentes un carácter absoluto y permanente. Pero, en este mismo campo, Calles reconoce el contenido clasista del agrarismo mexicano, cuando opone irreconciliablemente sus reivindicaciones a los privilegios de la gran propiedad. "Los reaccionarios y la aristocracia latifundista y conservadora del país, se llaman fuerzas vivas a sí mismas y pretenden tener un derecho hereditario o casi divino para seguir dirigiendo este pueblo por el que nada han hecho fuera de explotarlo despiadadamente y tenerlo siempre sumergido en la ignorancia para que se les entregue más indefenso. ¿Qué han hecho estos latifundistas del Bajío, por la agricultura nacional? ¿Dónde están las obras de irrigación, que constituyeron para asegurar sus cultivos? ¿Dónde los adelantos de la mecánica agrícola que importaron y de que ya gozan la mayoría de los países de la tierra, al grado que puedan venir a competirlo en baratura con sus propios productos agrícolas?" A través de las palabras de Calles se descubre los estrechos puntos de contacto o afinidad del problema agrario de México con el problema agrario del Perú.

El estadista mexicano se reclama invariablemente como un hombre culto e idealista, de gran sensibilidad histórica y amplia perspectiva humana. Su biografía desvanece al punto, cualquier recelo que pueda inspirar su grado de general. Calles no debe a este grado su figuración en la historia de su patria y del Continente. No se puede hablar de militarismo al enjuiciar su obra de gobierno. Lo que tiene Calles de militar está subordinado y determinado por lo que tiene de revolucionario. Este general de la Revolución Mexicana fue en su juventud maestro de escuela; su carrera pública se conforma a este noble origen. Así cuando fue gobernador del Estado de Sonora, su obra fue de educador. El presupuesto de ingresos del Estado era de tras millones

quinientos mil pesos y de éstos, dos millones seiscientos mil pesos se gastaban en la instrucción pública.

Su libro México ante el Mundo es, ante todo, el documento de un hombre de acción. No se debe buscar en él la obra de un ideólogo. En Calles lo que hay que seguir atentamente es la acción; no la doctrina. Calles representa una etapa de la Revolución Mexicana. Y éste es título bastante para que estudiemos, con interés profundo, los fundamentos concretos de su política constructiva y realizadora.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 9 de Julio de 1927.

"EL NUEVO DERECHO" DE ALFREDO PALACIOS*

El Dr. Alfredo Palacios, a quien la juventud hispano-americana aprecia como a uno de sus más eminentes maestros, ha publicado este año una segunda edición de *El Nuevo Derecho*. Aunque las nuevas notas del autor enfocan algunos aspectos recientes de esa materia, se reconoce siempre en la obra de Palacios un libro escrito en los primeros años de la paz, cuando el mundo, arrullado todavía por los ecos del mensaje wilsoniano, se mecía en una exaltada esperanza democrática. Palacios ha sido siempre más que un socialista, un demócrata, y no hay de qué sorprenderse si en 1920 compartía la confianza entonces muy extendida, de que la democracia conducía espontáneamente al socialismo. La democracia burguesa, amenazada por la revolución en varios frentes, gustaba entonces de decirse y creerse democracia social, a pesar de que una parte de la burguesía prefería ya el lenguaje y la práctica de la violencia. Se explica, por esto, que Palacios conceda a la Conferencia del Trabajo de Wáshington y a los principios de legislación internacional del trabajo incorporados en el tratado de paz, una atención mucho mayor que a la Revolución Rusa y a sus instituciones. Palacios se comportaba en 1920, frente a la Revolución, con mucha más sagacidad que la generalidad de los social-demócratas. Pero veía en las conferencias del trabajo, más que en la Revolución Soviética, el advenimiento del derecho socialista. Es difícil qué mantenga esta actitud hoy que Mr. Albert Thomas, Jefe de la Oficina Internacional del Trabajo —esto es, del órgano de las conferencias de Wáshington, Ginebra, etc.— acuerda sus alabanzas a la política obrera del Estado fascista, tan enérgicamente acusado de mixtificación y fraude reaccionario por el Dr. Palacios, en una de las notas que ha añadido al texto de **El Nuevo Derecho**.

Este libro, sin embargo, conserva un notable valor como historia de la formación del derecho obrero hasta la paz wilsoniana. Tiene el mérito de no ser una teoría ni una filosofía del "nuevo derecho", sino principalmente un sumario de su historia. El Dr. Sánchez Viamonte que prologa la segunda edición, observa con acierto: «No obstante su estructura y contenido de tratado, el libro del doctor Palacios es más bien un sesudo y formidable alegato en defensa del obrero, explicando el proceso histórico de su avance progresivo, logrado objetivamente en la legislación por el esfuerzo de las organizaciones proletarias y a través de la lucha social en el campo económico. No falta a este libro el tono sentimental un tanto dramático y a veces épico, desde que, en cierto modo, es una epopeya; la más grande y trascendental en todas, la más humana, en suma: la epopeya del trabajo. Por eso, supera el tratado puramente técnico del especialista, frío industrial de la ciencia, que aspira a resolver matemáticamente el problema de la vida».

Palacios estudia los orígenes del "nuevo derecho" en capítulos a los que el sentimiento apologético, el tono épico como dice Sánchez Viamonte, no resta objetividad ni exactitud magistrales. El sindicato, como órgano de la conciencia y la solidaridad obreras, es enjuiciado por Palacios con un claro sentido de su valor histórico. Palacios se da cuenta perfecta de que el proletariado ensancha y educa su conciencia de clase en el sindicato mejor que en el partido. Y, por consiguiente, busca en la acción sindical, antes que en la acción parlamentaria de los partidos socialistas, la mecánica de las conquistas de la clase obrera.

Habría, empero, que reprocharle, a propósito del sindicalismo, su injustificable prescindencia del pensamiento de Georges Sorel en la investigación de los elementos doctrinales y críticos del derecho proletario. El olvido de la obra de Sorel —a la cual está vinculado el más activo y fecundo movimiento de continuación teórica y práctica de la idea marxista— me parece particularmente remarcable por la mención desproporcionada que, en cambio, concede Palacios a los conceptos jurídicos de Jaurés. Jaurés —a cuya gran figura no regateo ninguno de los méritos que en justicia le pertenecen—, era esencialmente un político y un intelectual que se movía, ante todo, en el ámbito del partido y que no podía evitar en su propaganda socialista, atento a la clientela pequeño-burguesa de su agrupación, los hábitos mentales del oportunismo parlamentario. No es prudente, pues, seguirlo en su empeño de descubrir en el código burgués principios y nociones cuyo desarrollo baste para establecer el socialismo. Sorel, en tanto, extraño a toda preocupación parlamentaria y partidista, apoya directamente sus concepciones en la experiencia de la lucha de clases. Y una de las características de su obra —que por este solo hecho no puede dejar de tomar en cuenta ningún historiógrafo del "nuevo derecho"— es precisamente su esfuerzo por entender y definir las creaciones jurídicas del movimiento proletario. El genial autor de las Reflexiones sobre la violencia advertía —con la autoridad que a su juicio confiere su penetrante interpretación de la idea marxista— la "insuficiencia de la filosofía jurídica de Marx" aunque acompañase esta observación de la hipótesis de que "por la expresión enigmática de dictadura del proletariado, él entendía una manifestación nueva de ese *Yolksgeist*** al cual los filósofos del derecho histórico reportaban la formación de los principios jurídicos". En su libro Materiales de una teoría del proletariado, Sorel expone una idea —la de que el derecho al trabajo equivaldrá, en la conciencia proletaria a lo que es derecho de propiedad en la conciencia burguesa— mucho más importante y sustancial que todas las eruditas especulaciones del profesor Antonio Menger. Pocos aspectos, en fin, de la obra de Proudhon —más significativa también en la historia del proletariado que los discursos y ensayos de Jaurés— son tan apreciados por Sorel como su agudo sentido del rol del sentimiento jurídico popular en un cambio social.

La presencia en la legislación demo-burguesa de principios, como el de "utilidad pública", cuya aplicación sea en teoría suficiente para instaurar, sin violencia, el socialismo, tiene realmente una importancia mucho menor de la que se imaginaba optimistamente la elocuencia de Jaurés. En el seno del orden medioeval y aristocrático, estaban, asimismo, muchos de los elementos que más tarde debían producir, no sin una violenta ruptura de ese marco histórico, el orden capitalista. En sus luchas contra la feudalidad, los reyes se apoyaban frecuentemente en la burguesía, reforzando su creciente poder y estimulando su desenvolvimiento. El derecho romano, fundamento del código capitalista, renació igualmente bajo el régimen medioeval, en contraste con el propio derecho canónico, como lo constata Antonio Labriola. Y el municipio, célula de la democracia liberal, surgía también dentro de la misma organización social. Pero nada de esto significó una efectiva transformación del orden histórico, sino a partir del momento en que la clase burguesa tomó revolucionariamente en sus manos el poder. El código burgués requirió la victoria política de la clase en cuyos intereses se inspiraba.

Muy extenso comentario sugiere el nutrido volumen del Dr. Palacios. Pero este comentario me llevaría fácilmente al examen de toda la concepción reformista y demócrata del progreso social. Y ésta sería materia excesiva para un artículo. Prefiero abordarla, sucesivamente, en algunos artículos sobre debates y tópicos actuales de revisionismo socialista.

Pero no concluiré sin dejar constancia de que Palacios se distingue de la mayoría de los reformistas por la sagacidad de su espíritu crítico y el equilibrio de su juicio sobre el fenómeno revolucionario. Su reformismo no le impide explicarse la revolución. La Rusia de los Soviets —a pesar de su dificultad para apreciar integralmente la obra de Lenín— tiene en el pensamiento de Palacios la magnitud que le niegan generalmente regañones teóricos y solemnes profesores de la social-democracia. Y en su libro, se revela honradamente contra la mentira de que el derecho "nazca con tanta sencillez como una regla gramatical".

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 30 de Junio de 1928.

** Espíritu popular.

JOSE INGENIEROS*

Nuestra América ha perdido a uno de sus más altos maestros. José Ingenieros era en el Continente uno de los mayores representantes de la Inteligencia y el Espíritu. En Ingenieros, los jóvenes encontraban, al mismo tiempo, un ejemplo intelectual y un ejemplo moral. Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia, un hombre de su tiempo. No se contentó con ser un catedrático ilustre; quiso ser un maestro. Esto es lo que hace más respetable y admirable su figura.

La ciencia, las letras, están aún, en el mundo, demasiado domesticadas por el poder. El sabio, el profesor, muestran generalmente, sobre todo en su vejez, un alma burocrática. Los honores, los títulos, las medallas, los convierten en humildes funcionarios del orden establecido. Otros secretamente repudian y desdeñan sus instituciones; pero, en público, aceptan sin protesta ala servidumbre que se les impone. La ciencia tiene como siempre un valor revolucionario; pero los hombres de ciencia no. Como hombres, como individuos, se conforman con adquirir un valor académico. Parece que en su trabajo científico a votan su energía. No les queda ya aptitud para concebir o sentir la necesidad de otras renovaciones, extrañas a su estudio y a su disciplina. El deseo de comodidad, en todo caso, opera de un modo demasiado enérgico sobre su, conciencia. Y así se da el caso de que un sabio de la jerarquía de Ramón y Cajal deje explotar su nombre por los chambelanes de una monarquía decrepita. O de que Miguel Turró se incorpore en el séquito del general. libertino que juega desde hace dos años en España el papel de dictador.

José Ingenieros pertenecía a la más pura categoría de intelectuales libres. Era un intelectual consciente de la función revolucionaria del pensamiento. Era, sobre todo, un hombre sensible a la emoción de su época. Para Ingenieros la ciencia no era todo. La ciencia, en su convicción, tenía la misión y el deber de servir al progreso social.

Ingenieros no se entregaba a la política. Seguía siendo un hombre de estudio, un hombre de cátedra. Pero no tenía por la política entendida como conflicto de ideas y de intereses sociales, el desdén absurdo que sienten o simulan otros intelectuales, demasiado pávidos para asumir la responsabilidad de una fe y hasta de una opinión. En su Revista de Filosofía," que ocupa el primer puesto entre las revistas de su clase de Iberoamérica, concedió un sitio especial al estudio de los hechos y las ideas de la crisis política con- temporánea y, particularmente; a la explicación del fenómeno revolucionario.

La mayor prueba de la sensibilidad y la penetración históricas de Ingenieros me parece su actitud frente a la post-guerra. Ingenieros percibió que la guerra abría una crisis que no se podía resolver con viejas recetas. Comprendió que la reconstrucción social no podía ser obra de la burguesía sino del proletariado. En un instante en que egregios y robustos hombres de ciencia no acertaban sirio a balbucear su miedo y su incertidumbre, José Ingenieros acertó a ver y a hablar claro. Su libro Los Nuevos Tiempos es un documento que honra a la inteligencia íbero-americana.

En la revolución rusa, la mirada sagaz de Ingenieros vio, desde el primer momento, el principio de una transformación mundial. Pocas revistas de cultura han revelado un interés tan inteligente por el proceso de la revolución rusa como la revista de José Ingenieros y Aníbal Ponce. El

estudio de Ingenieros sobre la obra de Lunatcharsky en el comisariato de educación pública de los Soviets, queda como uno de los primeros y más elevados estudios de la ciencia occidental respecto al valor y al sentido de esa obra.

Esa actitud mental de Ingenieros correspondía al estado de ánimo de la nueva generación. Presenta, por tanto, a Ingenieros, como un maestro con capacidad y ardimiento para sentir con la juventud, que, como dice Ortega y Gasset, si rara vez tiene razón en lo que niega, siempre tienen razón en lo que afirma. Ingenieros transformó en raciocinio lo que en la juventud era un sentimiento. Su juicio aclaró la conciencia de los jóvenes, ofreciendo una sólida base a su voluntad y a su anhelo de renovación.

La formación intelectual y espiritual de Ingenieros correspondía a una época que los "nuevos tiempos" venían, precisamente, a contradecir y rectificar en sus más fundamentales conceptos. Ingenieros, en el fondo, permanecía demasiado fiel al racionalismo y al criticismo de esa época de plenitud del orden demo-liberal. Ese racionalismo, ese criticismo, conducen generalmente al escepticismo. Son adversos al pathos de la revolución.

Pero Ingenieros comprendió, sin duda, su ocaso. Se dio cuenta, seguramente, de que en él envejecía una cultura. Y, consecuentemente, no desalentó nunca el impulso ni la fe de los jóvenes —llamados a crear una cultura nueva— con reflexiones escépticas. Por el contrario, los estimuló y fortaleció siempre con palabra enérgica. Como verdadero maestro, como altísimo guía, lo presentan y lo definen estos conceptos: «Entusiasta y osada ha de ser la juventud: sin entusiasmo no se sirven hermosos ideales, sin osadía no se acometen honrosas empresas: Un joven sin entusiasmo es un cadáver que anda; está muerto en vida, para sí mismo y para la sociedad. Por eso un entusiasta, expuesto a equivocarse, es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca. El primero puede acertar; el segundo no podrá hacerlo jamás. La juventud termina cuando se apaga el entusiasmo... La inercia frente a la vida es cobardía. No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización... El pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar».

En torno de José Ingenieros y de su ideario se constituyó en la República Argentina el grupo Renovación que publica el "boletín de ideas, libros y revistas" de este nombre, dirigido por Gabriel S. Moreau, y que sirve de órgano actualmente a la Unión Latinoamericana. Y, en general, el pensamiento de Ingenieros ha tenido una potente y extensa irradiación en toda la nueva generación hispanoamericana. La Unión Latinoamericana, que preside Alfredo Palacios, aparece, en gran parte, como una concepción de Ingenieros.

No revistemos melancólicamente la bibliografía del escritor que ha muerto para tejerle una corona con los títulos de sus libros. Dejemos este procedimiento a las notas necrológicas de quienes del valor de Ingenieros no tienen otra prueba que sus volúmenes. Más que los libros importa la significación y el espíritu del maestro.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: lima, 7 de Noviembre de 1925, reproducido en **Repertorio Americano**, tomo XII 94, San José de Costa Rica. 25 de Enero de 1926.

OLIVERIO GIRONDO*

Este Oliverio sudamericano y humorista no se parece al hamletiano y melancólico Oliverio amigo de Juan Cristóbal. No es probable que, como él agonista de la noche de Romain Rolland, le toque morir en un primero de mayo luctuoso.

Girondo es un poeta de recia figura gaucha. La urbe occidental ha afinado sus cinco o más sentidos; pero no los ha aflojado o corrompido. Después de emborracharse con todos los opios de Occidente, Girondo no ha variado en su sustancia. Europa le ha inoculado los bacilos de su escepticismo y de su relativismo. Pero Girondo ha vuelto intacto e indemne a la pampa.

Esta gaya barbarie, que la civilización occidental no ha logrado domesticar, diferencia su arte del que, en ánforas disparatadas, símiles a las suyas, se envasa y se consume en las urbes de Occidente. En la poesía de Girondo el bordado es europeo, es urbano, es cosmopolita. Pero la trama es gaucha.

La literatura europea de vanguardia —aunque esto disguste a Guillermo de Torre— representa la flora ambigua de un mundo en decadencia. No la llamaremos literatura "fin de siglo" para no coincidir con Eugenio d'Ors. Mas sí le llamaremos literatura "fin de época". En las escuelas ultramodernas se descompone, se anarquiza y se disuelve el arte viejo en exasperadas búsquedas y trágico-cómicas acrobacias. No son todavía un orto; son, más bien, un tramonto. Los celajes crepusculares de esta hora preanuncian sin duda algunos matices de arte nuevo, pero no su espíritu. El humor de la literatura contemporánea es mórbido. Girondo lo sabe y lo siente. Yo suscribo sin vacilar su juicio sobre Proust: Las frases, las ideas de Proust, se desarrollan y se enroscan, como anguilas que nadan en piscinas de acuarios; a veces deformadas por un efecto de refracción, otras anudadas en acomplamientos viscosos, siempre envueltas en esa atmósfera que tan sólo se encuentra en los acuarios y en las obras de Proust».

El oficio de las escuelas de vanguardia —de estas escuelas que nacen como los hongos— es un oficio negativo y disolvente. Tienen la función de disociar y de destruir todas las ideas y todos los sentimientos del arte burgués. En vez de buscar a Dios, buscan el átomo. No nos conducen a la unidad; nos extravían por mil rutas diversas, desesperadamente individuales, en el dédalo finito y befardo. Sus ácidos corroen los mitos ancianos. Esto es lo que la función de las escuelas ultramodernas tiene de revolucionario. El frenesí con que se burlan de todas las solemnes alegorías retóricas. Ninguna cosa del mundo burgués les parece respetable. Detractan y disgregan con sutiles burlas la eternidad burguesa y el absoluto burgués. Limpian la superficie del Novecientos de todas las heces, clásicas o románticas, de los siglos muertos. Cuando se haya llevado Judas todos los ripios y todas las metáforas de la literatura burguesa, el arte y el mundo recuperarán su inocencia.

Han empezado ya a recuperarla en Rusia. El poeta de la revolución, Vladimiro Maiacovski, vástago del futurismo, habla a los hombres un lenguaje trágico. Guillermo de Torre se da cuenta en su apología de las literaturas europeas de vanguardia de que "voces de un acento puro, noble y dramático sobresalen entre el coro de voces algo irónico y humorístico que forman los demás poetas de Europa".

¿Pertenece la voz de Oliverio Gironde a este coro? No sé por qué me obstino en la convicción de que Gironde es de otro paño. Pienso que la burla no es sino una estación de su itinerario, un episodio de su romance. Por ahora, hace bien en no tomar en serio las cosas.

Sus Veinte poemas para ser leídos en el tranvía y sus Calcomanías pueden ser desdeñados por una crítica asmática y pedante. A pesar de esta crítica, Gironde es uno de los valores más interesantes de la poesía de Hispanoamérica. Entre una aria sentimental del viejo parnaso y una "greguería" acérrima y estridente, Oliverio Gironde nos ofrece al menos versiones verídicas de la realidad. He aquí una escena de la procesión de Sevilla: «Los caballos —la boca enjabonada cual si se fueran a afeitar— tienen las ancas lustrosas, que las mujeres aprovechan para arreglarse la mantilla y averiguar, sin darse vuelta, quien unta una mirada en sus caderas».

Para algunos esta poesía tiene el grave defecto de no ser poesía, Pero ésta no es sino una cuestión de paladar. La poesía, materia preciosa, no está presente en el cuarzo poético sitió en muy mínimas proporciones. Lo que ha mudado no es la poesía sino la cristalización. El elemento poético se mezcla, en la obra de los poetas contemporáneos, a ingredientes nuevos. Uno de esos ingredientes es, por ejemplo, el humorismo. Los que están habituados á degustar la poesía sólo en las clásicas salsas retóricas, no pueden digerirla en los poemas de Gironde. Y tienen que asombrarse de que la crítica moderna clasifique a Gironde como un hondo y genuino poeta. Remitamos a los hesitantes a los "nocturnos" de Gironde, donde encontrarán emociones poéticas como las siguientes: «Hora en que los muebles viejos aprovechan para sacarse las mentiras, y en que las cañerías tienen gritos estrangulados, como si se asfixiaran dentro de las paredes».

«A veces se piensa, al dar vuelta a la llave de la electricidad, en el espanto que sentirán las sombras, y quisiéramos avisarles para que tuvieran tiempo de acurrucarse en los rincones. Y a veces las cruces de los postes telefónicos, sobre las azoteas, tienen algo de siniestro y uno quisiera rozarse a las paredes, como un gato o como un ladrón».

Por mi parte, cambio de buen grado estas síntesis, estos, comprimidos —que en mis ratos de excursión por las nuevas pistas de la literatura, me complazco en chupar como bombones— por toda la barroca y tropical épica y toda la mediocre y delicuescente lírica que prosperan todavía en nuestra América.

NOTA:

* Publicado en **Varietades**: Lima, 15 de Agosto de 1925.

"CAMINO DE SANTIDAD" POR JULIO NAVARRO MONZO*

Navarro Monzó es, en la América Latina, un elocuente y erudito predicador de religiosidad. Su empeño de suscitar inquietudes espirituales y religiosas en esta América de Catolicismo jesuítico y burocrático, significa una reacción contra el positivismo mediocre, el escolasticismo rudimentario y el culto mecánico que impera en nuestros pueblos.

El catolicismo culminó en la España de los místicos y de Loyola. La fe que conquistó a esta América fue la más combativa, ardorosa, encendida. Pero, superpuesta a los mitos indígenas, acomodada a una sociedad sensual y mestiza, no conservó en las colonias hispanas, como no conservó en la misma España, su impulso místico. La Contrarreforma condenaba a los países que la adoptaban a renunciar al secreto íntimo de la nueva economía y de la nueva política de Occidente. España aceptó, reclamó, con vehemente y apasionada fidelidad al Medioevo, este destino. Sus colonias lo heredaban pasivamente sin pathos, sin heroísmo, sin tragedia. Y así, mientras el catolicismo español puede producir todavía un espíritu y un pensamiento religiosos, tan acendrados y patéticos, como los de Unamuno, el catolicismo latinoamericano alcanza su grado más alto en la ortodoxia relativa, en el pragmatismo sagaz de Gabriela Mistral, si no en el tolstoyanismo orientalista de Vasconcelos. La alta especulación religiosa y aun filosófica— no entra casi en el trabajo intelectual de los latinoamericanos; y en todo caso, constituyen un ejercicio laico más bien que religioso. como lo indican los nombres citados. El latinoamericano no siente, sino en una medida muy ínfima, el problema religioso y moral de la cultura. O se contenta gregaria y formalmente con las soluciones simples y rígidas del catecismo elemental. O se adapta aun escepticismo frívolo, vacuo, estéril, extraño a toda meditación filosófica, proclive a toda abdicación moral.

En esta atmósfera trivial y sorda, la propaganda de Navarro Monzó tiene el mérito y la utilidad de todo excitante espiritual. A gentes que se mueven según la mecánica de la civilización occidental pero ajenas a sus cómo y á sus por qué, ausentes de su sentido y de su drama, Navarro Monzó trata de interesarlas en la búsqueda y el entendimiento de los valores espirituales. La evolución religiosa de la humanidad, es el tema constante de sus libros, conferencias y artículos. La primacía de lo espiritual, es la conclusión de su enseñanza.

Camino de Santidad, contiene los elementos esenciales del pensamiento de Navarro Monzó, estrechamente emparentado con diversas notorias posiciones de la filosofía contemporánea en la explicación del fenómeno místico. El racionalismo ochocentista resolvía la religión en la filosofía. El pragmatismo y el vitalismo del novecientos, prefieren reconocer la autonomía de la religión. «Como Samuel Butler fue el primero en insinuar —escribe Navarro Monzó en Camino de Santidad— lo divino en la naturaleza no es sino un "esfuerzo de superación que parece tratar de realizar sus pensamientos, modelos eternos, en el devenir de las cosas; un torrente ascendente que, tanteando, ensayando, equivocándose y volviendo a empezar, se abre paso lentamente, creando formas cada vez más bellas, más perfectas, seres cada vez más inteligentes; una voluntad que hace irrupción en los cataclismos primeros hasta hallar en el hombre un instrumento bastante imperfecto aún pero cada vez más consciente y, por ende, más dócil a sus constantes designios

de bien». El fenómeno místico, la experiencia religiosa, son estudiados por Navarro Monzó lejos de cualquier dogmatismo confesional. Toda fe religiosa marca una etapa de la ascensión humana. El concepto de Dios no ha permanecido estático. El Dios de la cristiandad no es el de la Biblia. «Dios no es ya una entidad terrible, el Señor del Sinaí, Yahveh de los Ejércitos, que fulmina a los hombres con sus rayos y tiñe sus vestidos en sangre humana pisoteando los pueblos en las batallas, como un viñatero estruja bajo sus pies las uvas en el lagar. El profeta lo compara a una madre y, no satisfecho aún, en nombre de El, dice al pueblo judío: "tú me has esclavizado con tus pecados y me has cansado con tus iniquidades". No es el Dios trascendente que escribe su ley sobre tablas de piedra. Es algo inmanente, solidario con la humanidad, que busca grabar sus mandatos en los corazones en tablas de carne, como querían Jeremías y Ezequiel. Es una fuerza que busca realizar sus designios en el curso de la historia pero que nada puede sin la cooperación del hombre, que se siente coartado por la obstinación humana». Y más adelante, reitera Navarro Monzó esta definición de la divinidad, apoyándose en los escritos joaninos. «Su autor —dice— como todos los demás autores del Nuevo Testamento, vieron en Jesús una revelación positiva de lo Divino, y el Dios que se revela en el Cristo no es, naturalmente, la Divinidad desnuda de todo, atributo, trascendente e inefable de la cual nos habla Lao Tse, Plotino y Eckhart. No es el supremo misterio descubierto por la metafísica, sino la Inteligencia que se manifiesta ordenando todas las cosas, la Bondad que las rige el Padre, en una palabra, del cual habla tanto y tan insuperablemente el Sermón de la Montaña».

Filosóficamente, el pensamiento de Navarro Monzó no avanza un paso más allá de la filosofía racionalista, y antes bien se detiene con sagaz reserva ante sus últimas conclusiones, acaso porque una categórica y explícita negación de toda trascendencia; rompería la cuerda tensa que enlaza su propaganda con el protestantismo. No llega tampoco al individualismo absoluto de Unamuno en *La Agonía del Cristianismo*, que tan exaltadamente se revela contra el pretendido cristianismo social, cuando afirma que "la cristiandad exige una soledad perfecta" y, que "El ideal de la cristiandad es una cartuja que abandona padre y madre y hermanos por el Cristo y renuncia a fundar una familia, a ser marido y padre". Y, práctica e históricamente, Navarro Monzó, aunque proclama que la Nueva Reforma es un hecho, no se evade del ámbito ideológico del protestantismo. De su obra, puede decirse que es una preparación para la herejía, pero que no es aún la herejía; que es el anuncio de un evangelio, pero no es el evangelio todavía. Camino de Santidad es una invitación al misticismo; pero no como lo han sido todos los movimientos religiosos, a un tipo determinado de misticismo. «Hay un poco de misticismo —escribe Navarro Monzó— en el amor de la familia, en el sacrificio diario que un hombre hace por los suyos. Hay más misticismo todavía en el interés que se toma por los intereses generales: en la solidaridad de clase, en el desarrollo de la cultura; en la dignidad de su gremio, en el buen nombre de su profesión. Mayor es todavía el misticismo que implica el patriotismo cuando éste. no es apenas huera y retórica patriotería, cuando lleva a los supremos sacrificios de todas aquellas cosas que, en la rutina de la vida diaria, el hombre considera inestimables. Pero si palabras tales como Justicia, Verdad, Bien, llegan a ser consideradas como valores absolutos frente a los cuales palidecen todos los demás valores; si un hombre se halla dispuesto a sacrificar su posición y la de su familia, a colocarse frente a los prejuicios de su clase, a enfrentarse aún con su misma patria para defender uno de aquellos valores en contra de un pueblo entero apasionado y enloquecido, es indudable que se halla en las cumbres mismas del Misticismo».

Pero en la prédica de Navarro Monzó hay demasiada diplomacia para que sea verdaderamente mística. Es una propaganda entonada a la tendencia "modernist" —empleando el término con que se le bautiza en el campo católico— de conciliar la religión con la ciencia, la tradición con la modernidad. Es el Libre Cristianismo, tan acérrimamente descalificado por el Papini tremendamente hereje y religioso de 1910 y definido por él en sus Polemiche Religiosa como "una suerte de libre pensamiento porque niega toda organización religiosa y reduce la religión a una imprecisa fe en el indefinido Dios panteístico y a las obras socialmente buenas". («Es el libre pensamiento —agregaba Papini— que bien conocemos con un poco más de Cristo y un poco menos de coherencia. Ese libre pensamiento de los países nórdicos más pegados a la idea de una religión constituida, como el libre pensamiento es el libre cristianismo de los países latinos que cuando comienzan a desvestirse no se paran hasta que no se quedan desnudos»).

Desde hace mucho tiempo, Navarro Monzó ha descartado radicalmente la posibilidad de extender a Latinoamérica el Protestantismo. «Cuando los mismos países reformados —sostenía hace varios años en otro libro— están sintiendo la necesidad de una Nueva Reforma, lo mejor que pueden hacer, los países latinos es buscar ellos mismos su propia Reforma, una Reforma que corresponda a las necesidades mentales y sociales del hombre del siglo XX, en lugar de aceptar servilmente los frutos de la Reforma llevada a cabo por los pueblos del Norte hace ya cuatro siglos». Pero Navarro Monzó no precisa esta nueva Reforma —sus proposiciones al respecto son muy genéricas y elásticas—. Y, en todo caso, no se ve cómo la Nueva Reforma podría encontrar su sede en pueblos que han ignorado totalmente la primera Reforma y que no han sentido su necesidad. El modernismo —esto es una nueva corriente peculiar de los países católicos y latinos sería, si la América Latina se moviese hacia un cisma, un modelo mucho más apropiado y próximo.

Persuadido de que es tarde para esperar su aclimatación en la América Latina, el Protestantismo nos recomienda —por boca de estos propagandistas no ortodoxos— no sus propios dogmas, que reconoce ya bastante envejecidos, sino los principios probables de una presunta Nueva Reforma. No es, así, sin duda, como se ha presentado en la historia ninguna gran herejía, festinada a convertirse en un dogma o una religión. La primera condición del hereje creador y fecundo es su beligerancia, su intransigencia. Los héroes de la Reforma Protestante desafiaron la hoguera, la ex-comunión, el infierno. No es posible creer, por muy indulgente y optimista que uno sea, en una Nueva Reforma diplomáticamente predicada desde las tribunas de la YMCA.

La Reforma representó, en el orden religioso, la ruptura no sólo con Roma y el Papado, sino con el orden medioeval, con la sociedad feudal. La Nueva Reforma, si ha de venir, tendrá que surgir a su vez en abierto contraste con el orden burgués, con la sociedad capitalista. El Protestantismo ha sido y es la religión y la moral del capitalista, del gran capitalismo. No se concibe una nueva Reforma que no comience por entender esta solidaridad.

Si Navarro Monzó se colocara en el mismo terreno que Unamuno, podría inhibirse de conocer y enjuiciar estos problemas. Pero aunque políticamente, como natural desarrollo de la idea liberal y protestante, no parezca distante del anarquismo, su concepción está perfectamente clasificada dentro de las varias formas del cristianismo social. Navarro Monzó no quiere separar la religión de la vida, ni que lo espiritual ignore lo temporal. Para Julián Benda, he aquí sin duda otro caso de **Clerc qui trahi**.**

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 8 de Setiembre de 1928.

** "La intelectualidad traidora".

LA BATALLA DE "MARTIN FIERRO" *

La rotunda negativa con que Martín Fierro ha respondido, bajo la firma de Rojas Paz, Molinari, Borges, Pereda Valdés, Olivari, Ortelli y algunos otros de sus colaboradores, a una extemporánea invitación de La Gaceta Literaria de Madrid, refresca mi simpatía por este aguerrido grupo de escritores argentinos y su animado periódico. Hace tres años, Oliverio Girondo —traído a Lima por su afán de andariego y en función de embajador de la nueva generación argentina— me hizo conocer los primeros números del intrépido quincenario que desde entonces leo sin más tregua que las dependientes de las distracciones del servicio postal.

Mi sinceridad me obliga a declarar qué Martín Fierro me parecía en sus últimas jornadas menos osado y valiente que en aquellas que le ganaron mi cariño. Le notaba un poco de aburguesamiento, a pesar del juvenil desplante que encontraba siempre en sus columnas polémicas. (El espíritu burgués tiene muchos capciosos desdoblamientos). Martín Fierro, a mi juicio, caía en el frecuente equívoco de tomar por señales de revolución las que son, más bien, señales de decadencia. Por ejemplo, cuando a propósito de Beethoven, dijo: "debemos defender nuestra pequeñez contra los gigantes, si es preciso", adoptó la actitud conformista, esto es burguesa, de los que, obedeciendo a una necesidad espiritual del viejo orden político y económico, repudian iconoclastas el pasado en nombre de un reverente acatamiento al presente. El ambicioso futurismo de otros días degenera así en un engreído presentismo, inclinado a toda suerte de indulgencias con los más mediocres frutos artísticos si los identifica y cataloga como frutos de la estación.

La función de Martín Fierro en la vida literaria y artística de la Argentina, y en general de Hispanoamérica, ha sido sin duda una función revolucionaria. Pero tendería a devenir conservadora si la satisfacción de haber reemplazado a los valores y conceptos de ayer por los de hoy, produjesen una peligrosa y megalómana superestimación de éstos. Martín Fierro, por otra parte, ha reivindicado, contra el juicio europeizante y académico de sus mayores, un valer del pasado. A este sana raíz debe una buena parte de su vitalidad. Su director Evar Méndez lo recuerda oportunamente en un ponderado balance de su obra publicado en la Exposición de la Actual Poesía Argentina de P. J. Vignale y César Tiempo (Editorial Minerva, Buenos Aires, 1927). «Martín Fierro —escribe Evar Méndez— tiene por nombre el de un poema que es la más típica creación del alma de nuestro pueblo. Sobre esa clásica base, ese sólido fundamento —nada podría impedirlo—, edificamos cualquiera aspiración con capacidad de toda altura».

El activo de Martín Fierro está formado por todos los combates que ha librado obedeciendo a su tradición que es tradición de lucha. Y que por arrancar de "la más típica creación" del alma popular argentina no puede avenirse con un concepto antisocial del arte y mucho menos con una perezosa abdicación de la cultura ante las corrientes de moda. El pasivo está compuesto, en parte, de las innumerables páginas dedicadas, verbigracia, a Valery Larbaud que, juzgado por estos reiterados testimonios de admiración, podría ocupar en la atención del público más sitio que Pirandello. Evar Méndez está en lo cierto cuando recapitulando la experiencia martinfierrista apunta lo siguiente: «la juventud aprendió de nuevo a combatir; la crisis de opinión y de crítica fue destruida; los escritores jóvenes adquirieron el concepto de su entidad y responsabilidad».

Por todo esto me complace, en grado máximo, la cerrada protesta de los escritores de Martín Fierro contra la anacrónica pretensión de La Gaceta Literaria de que se reconozca a Madrid como "meridiano intelectual de Hispanoamérica". Esta actitud nos presenta vigilantes, despiertos y combativos frente a cualquiera tentativa de restauración conservadora. Contra la tardía reivindicación española, debemos insurgir todos los escritores y artistas de la nueva generación hispanoamericana.

Borges tiene cabal razón al afirmar que Madrid no nos entiende. Sólo al precio de la ruptura con la Metrópoli, nuestra América ha empezado a descubrir su personalidad y a crear su destino. Esta emancipación nos ha costado una larga fatiga. Nos ha permitido ya cumplir libremente un vasto experimento cosmopolita que nos ha ayudado a reivindicar y, revalorar lo más nuestro, lo autóctono. Nos proponemos realizar empresas más ambiciosas que la de enfeudarnos nuevamente a España.

La hora, de otro lado, no es propicia para que Madrid solicite su reconocimiento como metrópoli espiritual de Hispanoamérica. España no ha salido todavía completamente del Medioevo. Peor todavía: por culpa de su dinastía borbónica se obstina en regresar a él. Para nuestros pueblos en crecimiento no representa siquiera el fenómeno capitalista. Carece, por consiguiente, de títulos para reconquistarnos espiritualmente. Lo que más vale de España —Don Miguel de Unamuno— está fuera de España. Bajo la dictadura de Primo de Rivera es inconcebiblemente oportuno invitarnos a reconocer la autoridad suprema de Madrid. El "meridiano intelectual de Hispanoamérica" no puede estar a merced de una dictadura reaccionaria. En la ciudad que aspire a coordinarnos y dirigirnos intelectualmente necesitamos encontrar, si, no espíritu revolucionario, al menos tradición liberal, ¿Ignora la Gaceta Literaria que el General Primo de Rivera negó libertad de palabra al profesor argentino Mario Sáenz y que la negará invariablemente a todo el que lleve a España la representación del pensamiento de América?

Nuestros pueblos careen aún de la vinculación necesaria para coincidir en una sola sede. Hispanoamérica es todavía una cosa inorgánica. Pero el ideal de la nueva generación es, precisamente, el de darle unidad. Por lo pronto hemos establecido ya entre los que pensamos y sentimos parecidamente, una comunicación fecunda. Sabemos que ninguna capital puede imponer artificialmente su hegemonía a un Continente. Los campos de gravitación del espíritu hispanoamericano son, por fuerza, al norte México, al sur Buenos Aires. México está físicamente un poco cerrado y distante. Buenos Aires, más conectada con los demás centros de Sudamérica, reúne más condiciones materiales de Metrópoli. Es ya un gran mercado literario. Un "meridiano intelectual", en gran parte, no es otra cosa.

Martín Fierro, en todo caso, tiene mucha más "chance" de acertar que La Gaceta Literaria.

NOTA:

* Publicado en **Varietades**: Lima, 24 de Setiembre de 1927.

LA BATALLA DEL LIBRO*

Organizada por uno de los inteligentes y laboriosos editores argentinos, Samuel Glusberg, se ha realizado recientemente en Mar del Plata la Exposición Nacional del Libro. Este acontecimiento —que ha seguido a poca distancia a la Feria Internacional del Libro— ha sido la manifestación más cuantiosa y valiosa de la cultura argentina. La Argentina ha encontrado, de pronto, en esta exposición, el vasto panorama de su literatura. El volumen imponente de su producción literaria y científica le ha sido presentada, en los salones de la exposición, junto con la extensión y progreso de su movimiento editorial.

Hasta hoy, no obstante el número de sus editoriales, la Argentina no exporta sus libros sino en muy pequeña escala. Las editoriales y librerías españolas mantienen a pesar del naciente esfuerzo editorial de algunos países, una hegemonía absoluta en el mercado hispanoamericano. La circulación del libro americano en el Continente, es muy limitada e incipiente. Desde un punto de vista de libreros, los escritores de *La Gaceta Literaria* estaban en lo cierto cuando declaraban a Madrid meridiano literario de Hispanoamérica. En lo que concierne a su abastecimiento de libros, los países de Sudamérica continúan siendo colonias españolas. La Argentina es, entre todos estos países, el que más ha avanzado hacia su emancipación, no sólo porque es el que más libros recibe de Italia y Francia, sino sobre todo porque es el que ha adelantado más en material editorial. Pero no se han creado todavía en la Argentina empresas o asociaciones capaces de difundir las ediciones argentinas por América, en competencia con las librerías españolas. La competencia no es fácil. El libro español, es generalmente más barato que el libro argentino. Casi siempre, está además mejor presentado. Técnicamente, la organización editorial y librera de España se encuentra en condiciones superiores y ventajosas. El hábito favorece al libro español en Hispanoamérica. Su circulación está asegurada por un comercio mecanizado, antiquísimo. El desarrollo de una nueva sede editorial requiere grandes bases financieras y comerciales.

Pero esta sede tiene que surgir, a plazo más o menos corto, en Buenos Aires. Las editoriales argentinas operan sobre la base de un mercado como el de Buenos Aires, el mayor mercado de Hispanoamérica. El éxito de *Don Segundo Sombra* y otras ediciones, indica que Buenos Aires puede absorber en breve tiempo la tirada de una obra de fina calidad artística. (No hablemos de las obras del señor Hugo Wast). La expansión de las ediciones argentinas, por otra parte, se inicia espontáneamente. Las traducciones publicadas por Gleizer, Claridad, etc., han encontrado una excelente acogida en los países vecinos. Los libros argentinos son, igualmente, muy solicitados. Glusberg, Samet y algún otro editor de Buenos Aires ensanchan cada vez más su vinculación continental. La expansión de las revistas y periódicos bonaerenses señala las rutas de la expansión de libros salidos de las editoriales argentinas.

La Exposición del Libro Nacional, plausiblemente provocada por Glusberg, con agudo sentido de oportunidad, es probablemente el acto en que la Argentina revisa y constata sus resultados y experiencias editoriales, en el plano nacional, para pasar a su aplicación a un plano continental. Arturo Cancela, en el discurso inaugural de la Exposición, ha tenido palabras significativas.

«Poco a poco —ha dicho— se va diseñando en América el radio de nuestra zona de influencia intelectual y no está lejano el día en que, realizando el ideal romántico de nuestros abuelos,

Buenos Aires llegué a ser, efectivamente, la Atenas del Plata. Este acto de hoy es apenas un bosquejo de esa apoteosis, pero puede ser el prólogo de un acto más trascendental. El libro argentino está ya en condiciones de merecer la atención del público en las grandes ciudades de trabajo. Por su pasado, por su presente y por su futuro, el libro argentino merece una escena más amplia y una consagración más alta».

De este desarrollo editorial de la Argentina —que, es consecuencia no sólo de su riqueza económica sino también de su madurez cultural— tenemos que complacernos como buenos americanos. Pero de sus experiencias podemos y debemos sacar, además, algún provecho en nuestro trabajo nacional: El índice libro, como he tenido ya ocasión de observarlo más de una vez, no nos permite ser excesivamente optimistas sobre el progreso peruano. Tenemos por resolver nuestros más elementales problemas de, librería y bibliografía. El hombre de estudio carece en este país de elementos de información. No hay en el Perú ni una, sola, biblioteca bien abastecida. Para cualquier investigación, el estudioso carece de la más elemental bibliografía. Las librerías, no tienen todavía una organización técnica. Se rigen de un lado por la demanda, que corresponde a los gustos rudimentarios del público, y de otro lado por las pautas de sus proveedores de España. El estudioso necesitaría disponer de enormes recursos para ocuparse por sí mismo de su bibliografía. Invertiría en este trabajo un tiempo y una energía robados a su especulación intelectual.

Poco se considera y se debate, entre nosotros estas cuestiones. Los intelectuales parecen más preocupados por el problema de imprimir sus no muy nutridas ni numerosas obras, que por el problema de documentarse. Los libreros trabajan desorientados, absorbidos por la fatiga diaria de defender el negocio. Tenemos ya una fiesta o día del libro, en la cual se colecciona para las bibliotecas escolares fondos que son aplicados sin ningún criterio por una de las secciones más rutinarias del Ministerio de Instrucción; pero más falta nos haría, tal vez, establecer una feria del libro, que estimulara la actividad de editores, autores y libreros y que atrajera más seria y disciplinadamente la atención del público y del Estado sobre el más importante índice de cultura de un pueblo.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 30 de marzo de 1928.

EDWARDS BELLO, NOVELISTA*

Joaquín Edwards Bello, confirma con su obra la tendencia de la literatura chilena a lograr su madurez en la novela, en el relato. La lírica —en prosa y verso— predomina excesivamente en la mayor parte de las literaturas sudamericanas. Chile tiene poetas que influyen diversa y acentuadamente en el espíritu hispanoamericano: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro. Pero la fruta de estación de su literatura es, más bien, la novela. Con la novela entra una literatura en su edad adulta.

El Roto, novela de la cual nos ha dado una edición definitiva, completamente revisada, la Editorial Nascimento, acusaba ya, a un vigoroso novelista. El asunto revelaba su simpatía por lo popular, su robusta vocación de biógrafo de tipos sociales, su violenta liberación de decadentes supersticiones antiplebeyas. En su sondaje de los bajos fondos de la vida social chilena, no lo asustaba lo más animal y soterráneo. El Roto es un análisis del turbio limo del suburbio. «Se trata —anuncia Edwards Bello en un breve prefacio— de la vida del prostíbulo chileno, que tuvo un sentido social profundo, por la constancia con que influyó en el pueblo y por el carácter aferradamente nacional de sus componentes. En pocas partes de Ibero-América tuvo el pueblo una manifestación tan personal. La vida alegre chilena extravasó triunfalmente a Bolivia, Perú y otros países del Continente. Pueril sería hacer ascos a este fenómeno de vitalidad. Ahora que se cerraron los salones donde las asiladas sonreían ceremoniosamente; ahora que se apagaron esas cuecas tamboreadas, este libro adquiere un valor especial de documento. Es una reconstitución apasionada de vida popular que se extingue». Los personajes están fuertemente abocetados. Clorinda, Esmeraldo, son criaturas específicas del arrabal, a las que el novelista se ha acercado con curiosidad y ternura, sagaces y alertas sus pupilas de artista, de creador. Pero la obra no está plenamente realizada. Tiene, a ratos, fallas, fisuras, por las cuales se entrometen, de vez en cuando, tópicos de artículos de, fondo. La intención del autor se hace a veces ostensible, por medios que no son estrictamente los de la expresión artística. Al dominio diestro, fácil, seguro de estos medios, no llega Edwards Bello sino en el Cap Polonio, novela corta, de trama turística, de atmósfera móvil y transatlántica. Edwards Bello es, en el Cap Polonio, por la sensibilidad viajera y cosmopolita, un Paul Morand suramericano; pero un Paul Morand matinal, sin delicuescencia, de savia araucana, con el brío de una juventud todavía fresca y aventurera, en el fondo romántica. El color de sus descripciones, el tono de sus personajes, es estival y mediterráneo, con cierta alegría marinera, de playa, antípoda de esa emoción de acuario, mórbida, chinesca, de las "noches". La Paradita tiene un poco de la vivacidad brutal de la Bien Plantada. Se diferencia de la Bien Plantada, porque ignoramos sus raíces. El autor nos la presenta, pasajera del Cap Polonio, separada de su naturaleza, ausente de su contorno. En su encuentro hay ese elemento de imprecisión, de continencia y de fugacidad, que interviene en las impresiones del turista.

En El Chileno en Madrid, novela de mayor aliento, reaparece la experiencia turística, la actitud nómada de Edwards Bello. El chileno no es lo más vital de la novela. Su drama carece de verdadera tensión. Lo que vive, con energía, con voluntad, con pasión, es Madrid, esta estación de su viaje, en que su chilenismo se desvanece un poco, quizá para siempre. El chileno es un pretexto para mostrarnos Madrid en contraste o en roce con una sensibilidad suramericana. Carmen, doña Paca, la Angustias, Mandujano, el Curriqui, tienen en la novela una presencia más resuelta, más rotunda, en todo instante, que Pedro Wallace el chileno hispanizado y que

Julio Assensi el español chilenzado. Estos personajes están absolutamente logrados: han encontrado a su autor. (Que ha ido a descubrirlos desde Suramérica). Pedro trata de reanudar su vida. Hay en su existencia una ruptura, un desgarramiento que le impide gozar ampliamente su actualidad. Entre su presente y su alma, se interpone una nostalgia que amortigua su choque con las cosas y frustra su posesión del mundo. Pedro va a Madrid **a la recheache du temps perdu**.** Una mujer española, femenina, doméstica, maternal y un hijo —su pasado, su juventud— son el centro de gravitación de su alma. Mientras no regrese a ellos, no recobrará su equilibrio. Chileno puro, pasa por la novela con un aire de **deraciné**,*** Lo aqueja un vago momadismo. Por esto, se adhiere ávidamente a un Madrid castizo, antiguo, tradicional.

La nota más acendrada de la novela es una amorosa reivindicación de este Madrid. Y ésta delata de nuevo, el sedimento romántico de Edwards Bello. Ningún español habría sentido acaso, con tanta ternura, lo castizo madrileño. El español, por tradicionalista que sea, no puede consentirse los mismos placeres caros, dulces, filiales que un turista suramericano, sentimental, artista, con dinero.

Pero, artística, estéticamente, en el caso de Edwards Bello, este sentimiento no deja sino ganancia: una bella novela. Una novela que, por otra parte, no será a la larga más que una estación de su itinerario de viajero y artista.

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 19 de Diciembre de 1928. Y reproducido en *Amauta*: Lima, Noviembre-Diciembre de 1928.

** A la búsqueda del tiempo perdido.

*** Desarraigado.

LA AVENTURA DE TRISTAN MAROF*

Un Don Quijote de la política, y la literatura americanas, Tristán Marof, o Gustavo Navarro, como ustedes gusten, después de reposar en Arequipa de su última aventura, ha estado en Lima, algunas horas, de paso para La Habana. ¿Dónde había visto yo antes su perfil semita y su barba bruna? En ninguna parte, porque la barba bruna de Tristán Marof es de improvisación reciente. Tristán Marof no usaba antes barba. Esta barba varonil, que tan antigua parece en su cara mística e irónica, es completamente nueva. Lo ayudó a escapar de su confinamiento y a asilarse en el Perú. Ha formado parte de su disfraz; y, ahora, tiene el aire de pedir que la dejen quedarse donde está. Es una barba espontánea, que no obedece a ninguna razón sentimental ni estética, que tiene su origen en una razón de necesidad y utilidad y que, por esto mismo, ostenta una tremenda voluntad de vivir; y resulta tan arquitectónica y decorativa.

La literatura de Tristán Marof —El Ingenuo Continente Americano, Suetonio Pimienta, La Justicia del Inca, etc.— es como su barba. No es una literatura premeditada, del literato que busca fama y dinero con sus libros. Es posible que Tristán Marof ocupe más tarde un "sitio eminente en la historia de la literatura de Indo-América. Pero esto ocurrirá sin que él se lo proponga. Hace literatura por los mismos motivos porque hace política; y es lo menos literato posible. Tiene sobrado talento para escribir volúmenes esmerados; pero tiene demasiada ambición para contentarse con gloria tan pequeña y anacrónica. Hombre de una época vitalista, activista, romántica, revolucionaria —con sensibilidad de caudillo y de profeta— Tristán. no podía encontrar digna de él sino una literatura histórica. Cada libro suyo es un documento de su vida, de su tiempo. Documento vivo; y, mejor que documento, acto. No es una literatura bonita, ni cuidada, sino vital, económica, pragmática. Como la barba de Tristán Marof, esta literatura se identifica con su vida, con su historia. Suetonio Pimienta es una sátira contra el tipo de diplomático rastacuero y advenedizo que tan liberalmente produce Sur y Centro América. Diplomático de origen electoral o "revolucionario" en la acepción suramericana del vocablo. La Justicia del Inca es un libro de propaganda socialista para el pueblo boliviano. Tristán Marof ha sentido el drama de su pueblo y lo ha hecho suyo. Podía haberlo ignorado, en la sensual y burocrática comodidad de un puesto diplomático o consular. Pero Tristán Marof es de la estirpe romántica y donquijotesca que, con alegría y pasión, se reconoce predestinada a crear un mundo nuevo.

Como Waldo Frank —como tantos otros americanos entre los cuales me incluyo—, en Europa descubrió a América. Y renunció al sueldo diplomático para venir a trabajar rudamente en la obra iluminada y profética de anunciar y realizar el destino del Continente. La policía de su patria —capitaneada por un intendente escapado prematuramente de una novela posible de Tristán Marof— lo condenó al confinamiento en un rincón perdido de la montaña boliviana. Pero así como no se confina jamás una idea, no se confina tampoco a un espíritu expansivo e incoercible como Tristán Marof. La policía paceña podía haber encerrado a Tristán Marof en un baúl con doble llave. Como un fakir, Tristán Marof habría desaparecido del baúl, sin violentarlo ni fracturarlo, para reaparecer en la frontera, con una barba muy negra en la faz pálida. En la fuga, Tristán Marof habría siempre ganado la barba.

A algunos puede interesarlos el literato; a mi me interesa más el hombre. Tiene la figura prócer, aquilina, señera, de los hombres que nacen para hacer la historia más bien que para escribirla. Yo no lo había visto nunca; pero lo había encontrado muchas veces. En Milán, en París, en Berlín, en Viena, en Praga, en cualquiera de las ciudades donde, en un café o un mitin, he tropezado con hombres en cuyos ojos leía la más dilatada y ambiciosa esperanza. Lenines, Trotkys, Mussolinis de mañana. Como todos ellos, Marof tiene el aire a la vez jovial y grave. Es un Don Quijote de agudo perfil profético. Es uno de esos hombres frente a los cuales no le cabe a uno duda de que darán que hablar a la posteridad. Mira a la vida, con una alegre confianza, con una robusta seguridad de conquistador. A su lado, marcha su fuerte y bella compañera. Dulcinea, muy humana y muy moderna, con ojos de muñeca inglesa y talla walkyria.

Le falta a este artículo una cita de un libro de Marof. La sacaré de *La Justicia del Inca*. Escogeré estas líneas que hacen justicia sumaria de Alcides Arguedas: «Escritor pesimista, tan huérfano de observación económica como maniático en su acerba crítica al pueblo boliviano, Arguedas tiene todas las enfermedades que cataloga en su libro: hosco, sin emoción exterior, tímido hasta la prudencia, mudo en el parlamento, gran elogiador del general Montes... Sus libros tienen la tristeza del altiplano. Su manía es la decencia. La sombra que no lo deja dormir, la plebe. Cuando escribe el pueblo boliviano está enfermo, yo no veo la enfermedad. ¿De qué está enfermo? Viril, heroico, de gran pasado, la única enfermedad que lo carcome es la pobreza».

Este es Tristán Marof. Y ésta es mi bienvenida y mi adiós a este caballero andante de Sudamérica.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 3 de Marzo de 1928.

SANIN CANO Y LA NUEVA GENERACIÓN*

Sanín Cano coincide, sin duda, con Bernard Shaw, en la apreciación del periodismo. No aspira al título de ensayista ni de filósofo, porque le basta el título de periodista. Y si periodismo es todo lo que pretende Bernard Shaw, el escritor colombiano se contenta con una clasificación que no oscurece ni disminuye sus méritos de pensador y polígrafo.

Urge convenir en que el descrédito del periodista, particularmente el de América, resulta justificado. El periodismo ejercido generalmente por una muchedumbre más o menos anónima de diletantes, aparece como un género que no requiere ninguna preparación cultural y ninguna aptitud literaria. El periodista se supone el derecho de discurrir de todo sin estar enterado de nada. Frente a una cuestión económica o a una doctrina social, no se siente jamás embarazado por su ignorancia. Lo sostiene una confianza excesiva en que la ignorancia de sus lectores sea aún mayor: El socialismo, señaladamente, sufre en la prensa las más inverosímiles desfiguraciones por obra de gentes de las cuales no sólo se puede decir que no han leído nunca a Marx, Engels, Lasalle ni Sorel, sino que serían absolutamente incapaces de entenderlos.

Pero se registra ya un movimiento de reivindicación de la profesión de periodista. Esta reivindicación no se reduce, por supuesto, al vocinglero empeño de Henri Béraud de demostrar que un reportero puede escribir tan bien como el mejor literato. (Las mediocres novelas de Henri Béraud, en verdad, no lo prueban todavía). El artículo del escritor responsable y calificado desaloja crecientemente de la prensa a la divagación inepta del gacetillero. El público distingue cada vez mejor las varias jerarquías de periodistas.

Esta rectificación debe mucho, en el sector hispánico, a la obra de Sanín Cano, que ha contribuido poderosamente a elevar el comentario y la crítica periodísticos, con visible influencia en la educación del público y en especial del que no llega al libro.

Al periodo del apogeo del "cronista", durante el cual la predilección de los lectores fue acaparada por escritores del tipo de Gómez Carrillo, ha seguido un período de apogeo del ensayista. Lo que demuestra que al lector no le basta ya la sola anécdota.

Se destaca frecuentemente, como uno de los rasgos mayores de Sanín Cano, su humorismo. La aparición de este "filósofo de la risa" según Araquistain —quien corrobora un concepto de Armando Donoso a propósito de Arturo Cancela—, es uno de los signos de maduramiento literario de Hispanoamérica.

El agudo escritor colombiano es, sin disputa, un humorista. Pero su humorismo no es su cualidad sustantiva, ni la que más lo distingue entre los pensadores del Continente. A pesar de su humorismo —él diría que precisamente a causa de su humorismo— Sanín Cano se singulariza por su pensamiento circunspecto, coherente y hondo. Su gesto de escéptico no le impide guardar una leal y honrada devoción a algunas ideas fundamentales, verbigracia la idea de la libertad. La ironía, el humor, en ningún momento restan seriedad ni unidad a su pensamiento. Sanín Cano se comporta siempre como un espíritu constructivo, que asume, libre, pero fielmente, una misión

docente en la evolución intelectual de estos pueblos. No lo atrae el apostolado; pero quiere cumplir sin alarde y sin desplante una obra de orientador y educador.

La labor de Sanín Cano, forma parte del magno esfuerzo que hacen las mentes más lúcidas de Hispanoamérica por dotar a nuestros pueblos de la "atmósfera de ideas" que fundamentalmente ha echado de menos en ellos la crítica europea. Se le debe una divulgación eficaz —y a veces una versión original— de las ideas y hechos más conspicuos de los últimos lustros. Y este trabajo se ha caracterizado por la autonomía austera, aunque sonriente, de su espíritu.

El trato íntimo con el pensamiento occidental, no ha descastado a este escritor de América, que, desde su juventud, explora los más diversos caminos de la literatura de Europa. Cada vez que opina sobre un problema de América, lo hace con acendrado sentimiento de americano. Su ejemplo nos decide a creer que existe ya una estirpe de "buenos americanos" en vías de afirmar su personalidad y de llenar su función con la misma excelencia que la estirpe de los "buenos europeos".

La cultura británica —y quizá también el espíritu británico— han dejado su huella en la producción de Sanín Cano, pero sin enflaquecer su savia ni deformar su sensibilidad de hispanoamericano. No se le puede reprochar ninguna abdicación de su independencia al juzgar las cosas y los hombres anglo-sajones. El espectáculo de la hegemonía anglo-sajona, encuentra en Sanín Cano un estudioso cauto que no pierde nunca su equilibrio. Inglaterra no lo deslumbra. Y esto no traduce frialdad sino mesura.

No creo mucho en su escepticismo. Sé que procede de una generación ponderada que, con Rodó, se impuso el gusto de la línea ateniense (Sanín Cano, sin embargo, no es muy indulgente con algunos aspectos del patrimonio greco-romano. Véase su ensayo Bajo el signo de Marte).

La generación de hoy, por razones de época, piensa y obra con un ritmo más acelerado. Le toca acompañarse a una hora de violencia. Pero, salvada esta diferencia de pulsación espiritual, puede reconocer en Sanín Cano un precursor y un maestro por su pasión de verdad y de justicia.

Ante el fenómeno norteamericano, Sanín Cano ha tenido siempre una actitud de vigilante defensa de la autonomía y de la personalidad de la América Latina. Hace poco incitaba a su país a la previsión de los peligros de los préstamos yanquis.

Pocas actitudes de su pensamiento, a mi juicio, definen su ambición como la justicia que hace a Brandes en estas palabras: «La muerte de Brandes priva a la idea de la libertad de su más alto representante y de su más asiduo y eficaz defensor en los últimos sesenta años. Mientras otras inteligencias ochocentistas, claudicaron y se rindieron, escondiendo en pliegues de sutil ironía su escepticismo en materia de libertades, Brandes perseveró siempre dedicado a los principios formulados ruidosamente con estupenda claridad y hermosura en su conferencia del año setenta». Me complace el haber coincidido con Sanín Cano en la estimación del que yo también considero como el mayor mérito del pensador escandinavo.

A Sanín Cano, sus pósteros** le reconocerán el mismo mérito de haberse conservado fiel al pensamiento liberal y progresista, en una época en que, turbados por la atracción reaccionaria, lo renegaba la mayoría de sus más veteranos militantes.

NOTAS:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 8 de Octubre de 1927.

** Descendientes.

"LEVANTE", POR BLANCA LUZ BRUM*

Hace poco en una conversación sobre tópicos literarios, un poeta amigo y yo registrábamos la decadencia de los buhos y los gatos en la poesía. El ciclo del decadentismo fin de siglo se cierra con la depreciación absoluta de estos animales en el mercado literario. Desde la victoria de la máquina, la fauna en general anda de capa caída. Hemos regresado al antropocentrismo, convalecientes de lo que Freud llama la humillación cosmológica de la teoría de Copérnico y la humillación biológica de la teoría de Darwin. La poesía moderna tiene una predilección sintomática: la metáfora antropomórfica.

Pero no menos evidente y mucho más considerable es la decadencia del ocaso, del tramonto, del poniente. Desde que Spengler desarrolló su tesis sobre el *untergang*** del Occidente, estos temas literarios no se cotizan así. Debe haber en esto algo de defensa instintiva. No se menciona la cuerda en casa del ahorcado. Spengler enfocó todas las caras de la decadencia. Agotó la cuestión a tal punto que cuando Ortega y Gasset nos habló del "alma desencantada" y del "ocaso de las revoluciones", su réquiem encontró al mundo ávido de ilusión y de esperanza.

Por esto tal vez el alba es ahora el tema predilecto Ramón Gómez de la Serna hace de su título de "descubridor del alba" la mejor garantía de su modernidad y Blaise Cendrars, en el libro en que nos cuenta su viaje a Formosa, confiesa también su preferencia por los ortos y cierta desconfianza hacia los ocasos:

«Les onchers de soleil des tropiques
Qui c'est vrai c'est splendide
Mais je prefere de beaucoup les levers [de soleil
L'aube
Je n'en rate pas unes.***

El libro que Blanca Luz Brum acaba de publicar está de acuerdo con este aspecto de la sensibilidad contemporánea. Levante es, por antonomasia, un título de hoy. Y esta actitud es muy propia de Blanca Luz. Su poesía, no obstante la angustia que a ratos la empaña, es su fuerte grito de la vida. No ha venido Blanca Luz al Perú a anunciarnos la muerte del poeta Parra del Riego, sino su vida, su inmortalidad.

Levante llega en su hora. La técnica de Blanca Luz es todavía un poco insegura y agresté. Pero en todas sus canciones se reconoce la voz de una verdadera poetisa.

Blanca Luz no es sólo de la tierra de Delmira Agustini; es también de su estirpe. Es un alma encendida, apasionada, dionisiaca. Por esto la siento tan fraterna y amiga. Su dolor, su drama no la han vencido, no la han amargado. Su poesía no es la monótona queja, la plañidera elegía sobre la tumba del esposo. Es que su alma no ha perdido la divina fuerza de crear y esperar. Tal vez nada la expresa como estos versos:

«Yo sé que está la copa
de mi vida trizada

por Dios
y para Dios trunca
y sin embargo sigo la ruta más porfiada
y espero más que nunca».

La poesía de Blanca Luz no es producto de retorta. Es espontánea y transparente como el agua de un manantial. Brota de la tierra, brota de su cuerpo, brota de sus sentidos alucinados. Hunde su raíz ávida en la vida. Probablemente porque soy un exaltado, yo amo sobre todo su exaltación. Como amo su panteísmo.

Constato finalmente que en sus versos hay lo menos posible de literatura, de artificio, de escuela.

NOTAS:

* Publicado en **Mundial** N° 342: Lima. 14 de Enero de 1927

** Decadencia.

*** A los crepúsculos de los trópicos / En verdad esplendentes / Prefiero sus levantes / El alba / Que no tengo".

POLITICA URUGUAYA*

El Uruguay es, entre las repúblicas suramericanas, la que ha sabido encontrar mejor su equilibrio político. El régimen demo-liberal que casi en todas estas repúblicas ha tenido tan poca fortuna, en el Uruguay ha logrado desarrollarse normalmente. El artífice de esta obra, José Batlle Ordóñez, es hispano-americano, no es el estimado, por esto, como uno de los primeros estadista del Continente.

Battle Ordóñez, el líder de la más perfecta democracia tipo caudillo de nuestra América. Su rasgo más característico es su comprensión de que para que una empresa tan grande no bastaba un hombre y hacía falta un partido. Todo lo que se ha hecho en el Uruguay en los últimos veinticinco años lleva el sello de su personalidad. Pero la superioridad de Battle reside en su esfuerzo por crear una democracia que pudiese funcionar sin caudillos. Más que de su propio destino histórico, pareció siempre preocupado del de su partido.

El Partido Colorado tiene su origen en la independencia uruguaya. Desde la fundación de la república la lucha política se libra en el Uruguay entre blancos y colorados. Pero ha sido Battle quien le ha dado al Partido Colorado lo que podríamos llamar su estilo histórico. Battle lo ha dirigido con ese impulso progresista, beligerante, constructivo, ardoroso, casi juvenil que lo distingue entre los partidos liberales del Continente. A Battle no le ha satisfecho, no le ha contentado como a un caudillo cualquiera, una victoria fácil. El poder no ha enervado nunca su combatividad. Por el contrario la ha estimulado. En el gobierno no se ha conformado jamás con conservar. Ha querido y ha sabido crear, renovar y destruir. El oficio del gendarme adusto del orden social que bastó por ejemplo a la ambición de Porfirio Díaz, para la de Battle Ordóñez tenía que resultar mezquino y corto.

Los "blancos" reclutan sus principales fuerzas en el campo. Constituyen un partido de raíces feudales. Los "colorados", en cambio, dominan en la ciudad. Representan un programa brotado del burgo. El régimen demo-liberal, presenta, por esto, en el Uruguay, un carácter tan orgánico. Su dirección, su gobierno, no han estado a cargo de una oligarquía de latifundistas y estancieros de tradición feudal y agraria sino de una facción de gente de burgo con savia y mente urbanas. El gobierno de los colorados, bajo Battle Ordóñez, ha sido el gobierno de la ciudad. Probablemente de este hecho político depende esa fisonomía de "ciudadela colorada" con que se le conoce, generalmente, a Montevideo.

Battle Ordóñez ha sido esencialmente un gobierno demo-liberal. Pero el destino de todo liberalismo auténtico es preparar el camino al socialismo. También el socialismo es un fenómeno fundamentalmente urbano. La vanguardia socialista está formada en todas partes por el proletariado industrial.

Por otra parte, Battle ha encabezado dentro de su partido —naturalmente heterogéneo por contener diversas categorías sociales— a la facción avanzada y renovadora y no ha trepidado en sacrificar la unidad de los "colorados" cuando lo ha exigido la necesidad de marchar adelante. Este caso se dio hace varios años, cuando Battle y la vanguardia del Partido Colorado empeñaron la famosa batalla por el ejecutivo colegiado, certero y rudo golpe de un caudillo genial al

caudillismo mediocre. Los elementos conservadores y remolones del partido se negaron como se sabe a aceptar esta reforma y se produjo una escisión que puso en peligro el predominio colorado. Batlle no retrocedió ante la ruptura. La lucha por el ejecutivo colegiado es en su historia la más hermosa y gallarda de todas las jornadas.

Las últimas elecciones, cuyo éxito, nos ha sido confusamente comunicado por el cable, han obligado a los colorados a unirse. Y según recientes noticias. Batlle ha ganado una vez más la batalla. Pero la victoria ha sido dura. El Partido Colorado llega al término de su misión, histórica. La democracia, en crisis en el mundo, no puede exceptuarse de esta suerte en el Uruguay. Hable sostiene dignamente su vieja bandera. Pero se siente ya su fatiga. El socialismo despliega en el Uruguay a todo viento la bandera que flamea en el mundo sobre una gran marejada humana. En las últimas elecciones, ha tenido el Uruguay un candidato comunista a la presidencia, Un hecho que señala el lugar del Uruguay en la historia del sufragio.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima. 1° de enero de 1927.

LA BATALLA ELECTORAL DE LA ARGENTINA*

Dos grandes bloques electorales se disputarán la presidencia de la república en las próximas elecciones argentinas: el radicalismo irigoyenista y el radicalismo antipersonalista. El primero sostendrá la candidatura del ex Presidente Hipólito Irigoyen que, muy de acuerdo con la estrategia irigoyenista, no ha sido proclamada oficialmente todavía, pero que desde hace mucho tiempo deja sentir su presencia silenciosa y dramática en la escena eleccionaria. El segundo bloque en el cual se coaligan "antipersonalistas y conservadores, votará por la candidatura Melo-Gallo, acordada en la reciente convención del radicalismo anti-personalista después de una porfiada competencia entre los doctores Melo y Gallo, que se resolvió con la designación del uno para la presidencia y del otro para la vicepresidencia.

Concurrirán además á las elecciones, con candidatura propia, el Partido Socialista y el Partido Comunista. Pero, la concurrencia de ambos, sólo tiene por objeto afirmar su autonomía ante los dos bloques burgueses. El comunismo conforme a su práctica mundial asistirá a las elecciones con meros fines de agitación y propaganda clasistas. El Partido Socialista debilitado por un cisma, socavado por el irigoyenismo en algunos sectores de Buenos Aires, su plaza fuerte electoral, y afligido por la pérdida de su jefe Juan B. Justo, una de las más altas figuras de la política argentina de los últimos tiempos, se prepara para una movilización, en la cual le costará mucho trabajo mantener las cifras de su electorado. Se trabaja por rehacer su unidad. Es probable que, a pesar de la rivalidad entre los grupos directores en contraste, se arribe a un acuerdo. Pero siempre, soldada o no a tiempo, la escisión perjudicará irreparablemente la posición del Partido en el escrutinio.

De los bandos burgueses, el radicalismo irigoyenista es, al menos formalmente, el más homogéneo y compacto. Tiene la fuerza de la unidad de comando y la sugestión de un caudillo, de vigoroso ascendiente personal. Mas, en verdad, la composición social del irigoyenismo es más variada que la del anti-personalismo. El irigoyenismo representa el capital financiero, la burguesía industrial y urbana y se apoya en la clase media y aún en aquella parte del proletariado a la cual el socialismo no ha conseguido aún imponer su concepción clasista. Es la izquierda del antiguo radicalismo; propugna una política reformista que hace casi inútil el programa social democrático, prolonga el viejo equívoco radical de que en los países donde el capitalismo se encuentra en crecimiento, conserva sus resortes históricos. Irigoyen, el caudillo taciturno y silencioso, es la figura más conspicua de la burguesía argentina. Pertenece a esa estirpe de políticos de gran autoridad personal que, aún entre los países de más avanzada evolución demoliberal de Sudamérica, se benefician hasta hoy de la tradición caudillista.

La coalición anti-personalista tiene sus bases en la burguesía agropecuaria, y en los elementos conservadores y tradicionalistas; pero emplea aún, en su propaganda, palabras y conceptos del antiguo radicalismo que le consienten captarse a las fracciones de la pequeña burguesía urbana

adversa y reacias al irigoyenismo. Cuenta con el favor del actual presidente, señor Alvear, a raíz de cuya ascensión al poder se produjo la ruptura entre las dos ramas del radicalismo. Dispone de poderosos órganos de prensa y de numerosas clientelas electorales en provincias.

Se dice que Alvear ha rechazado recientemente, proposiciones de paz de Irigoyen, quien, según esta noticia, habría prometido retirar su candidatura, a cambio del desestimiento de Melo y de Gallo, candidatos anti-personalistas. Es evidente, en todo caso, que Alvear reconoce a Melo y Gallo como los candidatos de su partido y que pondrá al servicio de esta fórmula electoral todo su poder.

El régimen demo-liberal se presenta en la República Argentina, robusto y sólido aún. La estabilización capitalista de Occidente que, como ya he tenido ocasión de observar, resulta hasta cierto punto —no obstante la parte que en ella tiene el fenómeno fascista— una estabilización democrática, preserva a la democracia argentina de cercanos peligros. Pero se registran, con todo, desde hace algún tiempo, signos precursores de que el descrédito ideológico de la democracia y del liberalismo se propaga también en la república del sur. Las apologías a la dictadura no escasean, ni Lugones es el único intelectual que ha tomado francamente partido por la reacción. También Manuel Gálvez y otros se entretienen en la alabanza y justificación de los gobiernos de fuerza. Un diario de izquierda —aunque sumamente heterodoxo— como *Crítica*, ha iniciado la revisión del juicio nacional sobre Rosas, mediante una encuesta en la cual han sido invitados a opinar intelectuales notoriamente empeñados en reivindicar la fama del famoso déspota. Y, por su parte, los intelectuales izquierdistas de la nueva generación no esconden su absoluto escepticismo respecto al porvenir de la democracia.

De las elecciones próximas probablemente no saldrá comprometido el régimen de sufragio en la República; pero seguramente tampoco saldrá robustecido. Pero la crítica reaccionaria y revolucionaria sacará de estas elecciones una experiencia considerable.

En cuanto a los posibles resultados del escrutinio, todo pronóstico parece aventurado. El partido antipersonalista cuenta con enormes recursos electorales. Pero, por el ascendiente de su figura de caudillo, la victoria de Irigoyen no sería para nadie una sorpresa.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 11 de Pobreta de 192e.

POLITICA ARGENTINA*

El gobierno de Irigoyen hace frente a una oposición combativa, en la que hay que distinguir dos frentes bien diversos. Las requisitorias de los conservadores, del antipersonalismo y de la Liga Patriótica, son de la más neta filiación reaccionaria. Su beligerancia se alimenta del resentimiento de los variados intereses unificados alrededor de la fórmula Melo-Gallo. Estos intereses no le perdonan al irigoyenismo su victoria abrumadora en la batalla electoral. Irigoyen, en el poder, ha decepcionado a muchos de los que esperaban no se sabe qué milagros de su demagógica panacea populista. En la lucha de clases, su gobierno hace sin disimulas la política de la burguesía industrial y mercantil. El proletariado, por consiguiente, lo reconoce como un gobierno de clase:

La reducción de la burocracia, la redistribución de los emplees públicos, crea un ejército de cesantes y desocupados que actúa como activo elemento de agitación antiirigoyenista. Esto sirve a la oposición conservadora para elevar a un rango espectacular la escaramuza parlamentaria. Pero la verdadera oposición de clase y de doctrina es la que se delinea, con carácter cada vez más acentuado y propio, en el proletariado.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 11 de Octubre de 1929

LA PERSPECTIVA DE LA POLITICA CHILENA*

En una época como la nuestra, en que el mundo entero se encuentra más o menos sacudido y agitado, la inquietud revolucionaria que fermenta en Chile no constituye, por cierto, un fenómeno solitario y excepcional. Nuestra América no puede aislarse de la corriente histórica contemporánea. Los pueblos de Europa, Asia y Africa están casi únicamente estremecidos. Y por América pasa, desde hace algunos años, una onda revolucionaria que, en algunos pueblos; se vuelve marejada. Con diferencia de intensidad, que corresponden a diferencias del clima social y político, la misma crisis histórica madura en todas las naciones. Crisis que parece ser crisis de crecimiento en unos pueblos y crisis de decadencia en otros; pero que en todos tiene, seguramente, raíces y funciones solidarias. La crisis chilena, por ejemplo, es, como otras, sólo un segmento de la crisis mundial.

En la América indo-española se cumple, gradualmente, un proceso de liquidación de ese régimen oligárquico y feudal que ha frustrado, durante tantos años, el funcionamiento de la democracia formalmente inaugurada por los legisladores de la revolución de la independencia. Los reflejos de los acontecimientos europeos han acelerado, en los últimos años, ese proceso. En la Argentina, verbigracia, la ascensión al poder del Partido Radical canceló el dominio de las viejas oligarquías plutocráticas. En México, la revolución arrojó del gobierno a los latifundistas y a su burocracia. En Chile, la elección de Alessandri, hace cinco años, tuvo también un sentido revolucionario.

II

Alessandri usó, en su campaña electoral, una vigorosa predicación antioligárquica. En sus arengas a la "querida chusma", Alessandri se sentía y se decía el candidato de la muchedumbre. El pueblo chileno, fatigado del dominio de la plutocracia "pelucona", estaba en un estado de ánimo propicio para marchar al asalto de sus posiciones. El proletariado urbano, más o menos permeado de socialismo y sindicalismo, representaba un vasto núcleo de opinión adoctrinada. Los efectos de la crisis económica y financiera de Chile, que amenazaban pesar exclusivamente sobre las masas populares, si el poder continuaba acaparado por la oligarquía conservadora, excitaban a las masas a la lucha. Todas estas circunstancias concurren a suscitar una extensa y apasionada movilización de: las fuerzas populares contra el bloque conservador. El bloque de izquierdas, acaudillado por Alessandri, obtuvo así una tumultuosa victoria electoral. Pero esta victoria de demócratas y radicales chilenos, por sus condiciones y modalidades históricas, no resolvía la cuestión política chilena. En primer lugar, la solución de esta cuestión política no podía ser, lisa y beatamente, una solución electoral. Luego, la adquisición de la presidencia de la república, no confería al bloque alessandrista todos los poderes del gobierno. Los grupos conservadores, numerosos representados en el parlamento, se preparaban a torpedear sistemáticamente toda tentativa de reforma contraria a sus intereses de clase. Armados de una prensa poderosa, conservaban intactas casi todas las posiciones de un prolongado monopolio que

el gobierno les había consentido conquistar. Y, de otro lado, movilizadas demagógicamente durante las elecciones, las masas populares no estaban dispuestas a olvidar sus reivindicaciones. Antes bien, tendían a precisarlas y extremarlas con ánimo cada vez más beligerante y programa cada vez más clasista.

La ascensión de Alessandri a la presidencia de la república, por todas estas razones, no marcaba el fin sino el comienzo de una batalla. Tenía el valor de un episodio. La batalla seguía más exasperada y más violenta.

Alessandri se veía en la imposibilidad de realizar, parlamentariamente, su plan de reformas sociales y económicas. Lo paralizaba la resistencia activa del bloque conservador y la resistencia pasiva de los elementos indecisos o apocados de su propio bloque liberal, conglomerado heteróclito,** dentro del cual se constataba la existencia de intereses e ideas encontradas y con contradictorias. Y Alessandri, prisionero de sus principios democráticos, carecía de temperamento y de impulso revolucionarios para actuar dictatorialmente su programa.

III

Los hechos se encargaron de demostrar a los radicales chilenos que los cauces legales no pueden contener una acción revolucionaria. El método democrático de Alessandri, mientras por una parte resultaba impotente para constreñir a los conservadores a mantenerse en una actitud estrictamente constitucional; por la otra, abría las válvulas de las legítimas aspiraciones de la izquierda. Amenazada en sus intereses, la plutocracia se aprestaba a conquistar el poder mediante un golpe de mano.

Vino el movimiento militar. La historia íntima de este movimiento no está aún perfectamente esclarecida. Pero, a través de sus anécdotas, se percibe que el espíritu de la juventud militar no sólo repudiaba la idea de una vuelta del antiguo régimen, sino que reclamaba la ejecución del programa radical combatido por la coalición conservadora y saboteado por una parte de la misma gente que rodeaba a Alessandri. La juventud militar insurgió en defensa de este programa. Fueron los almirantes y generales, coludidos con los conservadores, quienes reformaron prácticamente las reivindicaciones del ejército. Los conservadores habían empujado al ejército a la insurrección a fin de recoger de sus manos, después de un intermezzo militar, la pérdida presidencia de la república. Contaban, para el éxito de esta maniobra, con la colaboración de Altamirano y de la capa superior del ejército, profundamente saturada de una ideología conservadora. Confiaban, además, en la posibilidad de que la caída de Alessandri quebrantase el bloque de izquierda, cuyas figuras espirituales e ideológicas aparecían evidentes a todos los ojos.

Mas, contrariamente a estas previsiones, el espíritu revolucionario estaba vivo y vigilante. Las izquierdas, en vez de disgregarse, se reconcentraron rápidamente. El pueblo respondió a su llamamiento. La junta de gobierno del General Altamirano, ramplona copia del directorio español, descubrió su burdo juego. Su concomitancia con la plutocracia chilena quedó claramente establecida. Y la juventud militar se decidió a liquidar el engaño. Un golpe de mano fue rectificado o anulado con otro golpe de mano. (Rudos golpes ambos para los pávidos e ilusos asertores de la legalidad a ultranza).

IV

Ahora, la vuelta de Alessandri al poder, plantea aparentemente la cuestión política en los mismos términos que antes. Pero la realidad es otra. No se sale en vano de la legalidad, sea en el nombre de un interés reaccionario, sea en el nombre de un interés revolucionario. Y una revolución no termina hasta que no crea una legalidad nueva. Hacia ese fin se mueven los revolucionarios chilenos. Por eso, se habla de convocatoria a una asamblea constituyente. Los liberales moderados trabajarán por convertir esta asamblea en una academia de retórica política que revise prudente e inocuamente la Constitución; pero los elementos de vanguardia tratarán de empujar a la asamblea a un voto y a una actitud revolucionarias.

El problema económico de Chile no admite equívocos compromisos entre las derechas y las izquierdas. Una solución conservadora echaría sobre las espaldas de las clases pobres todo el peso de la normalización de la hacienda chilena. Y las clases populares agitadas por las actuales corrientes ideológicas, no se resignan a aceptar esa solución. Sostienen, por esto, a los partidos de la alianza liberal.

Y, por el momento, han ganado la batalla.

NOTAS:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 13 de Febrero de 1925.

** Irregular. caprichoso.

EL IMPERIALISMO YANQUI EN NICARAGUA*

Ni aún quienes ignoran los episodios y el espíritu de la política de Estados Unidos en Centro América pueden, ciertamente, tomar en consideración las razones con que el señor Kellogg pretende excusar la invasión del territorio de Nicaragua por tropas yanquis. Pero quienes recuerdan el desenvolvimiento de esa política en los últimos cinco o cuatro lustros, pueden, sin duda, percibir mejor la absoluta coherencia de esta intervención armada en los sucesos domésticos de Nicaragua con los fines y la praxis notorios de esa política de expansión.

Hace ya muchos años que los Estados Unidos han puesto los ojos en Nicaragua y son varias las oportunidades en que, con análogos pretextos, han puesto las manos sobre su formal autonomía.

Roosevelt, el "fuerte cazador", notificó a Nicaragua, cuando la gobernaba el presidente Zelaya, el propósito de los Estados Unidos de convertir San Juan en un canal inter-oceánico y de establecer una base naval en el golfo de Fonseca. Pero este plan, de clara intención imperialista, encontró naturalmente viva resistencia en la opinión nicaragüense. El Presidente Zelaya no pudo hacer ninguna concesión al gobierno norteamericano a este respecto. Los Estados Unidos no obtuvieron de este capataz de la política nicaragüense sino un tratado de amistad. Mas, en seguida, sus agentes se entregaron a la faena de organizar las revueltas de las cuales, al amparo de los fusiles yanquis, debía brotar un gobierno obediente al imperialismo del Norte.

Este objetivo fue alcanzado, definitivamente, con la formación del gobierno de Adolfo Díaz, servidor incondicional del capitalismo yanqui. En defensa de este régimen, repudiado vigorosamente por el sentimiento público, intervinieron entonces como ahora, las tropas americanas, apenas su estabilidad apareció seriamente amenazada. Y del gobierno de Díaz obtuvieron los Estados Unidos el tratado que apetecían.

El canciller que firmó este tratado, Chamorro, heredó el poder. Los intereses norteamericanos en Nicaragua permanecieron durante algunos años bien guardados. Pero, el sentimiento popular, en continuo fermento, acabó por arrojar a este agente del imperialismo yanqui. Desde entonces, Estados Unidos, o mejor dicho su gobierno, sintió la necesidad de intervenir de nuevo en Nicaragua. El presidente que ahora tratan de imponer a este pueblo los cañones norteamericanos, es Adolfo Díaz. Sacasa, vicepresidente legal, representa, por dimisión del presidente, la Constitución y el voto de Nicaragua.

Es muy fácil a la prensa americana, presentar a los pueblos de Centre América en perpetua agitación revolucionaria. Mucho menos fácil le es, por cierto, escamotear a las miradas del mundo la participación principal de los yanquis en esta agitación revoltosa. Estados Unidos tiene interés en mantener dividida y conflagrada a Centro América. La necesaria confederación de las pequeñas repúblicas centroamericanas encuentra en Norte América a sus mayores enemigos. Cuando hace seis años dicha confederación fue intentada, las maquinaciones yanquis se encargaron de frustrarla., Nicaragua, cuyo gobierno estaba entonces completamente enfeudado a

la política yanqui, constituyó el eje y el hogar de la maniobra imperialista contra la libre unión de los estados de Centro América.

La acentuación del expansionismo norteamericano, en estos momentos, es perfectamente lógica. Europa se encuentra presentemente en un período de "estabilización capitalista". Reorganiza, por ende, su minado imperio en Africa, Asia, etc. De otro lado, Estados Unidos es empujado a la afirmación de su predominio de los mercados, las vías de tráfico y los centros de materias primas, por su natural impulso de su desarrollo industrial y financiero. Si el capitalismo norteamericano no consigue acrecentar sus dominios, entrará irremisiblemente en un período de crisis. Estados Unidos sufre ya las consecuencias de su plétora de oro y de su superproducción agrícola e industrial. Su banca y sus industrias necesitan imperiosamente asegurarse mayores mercados. El despertar de la China, que, después de tantos años de colapso moral, reacciona resueltamente contra el dominio extranjero, pone en peligro uno de los campos de los cuales el imperialismo yanqui pugna por desalojar gradualmente al imperialismo británico y al imperialismo japonés. Estados Unidos necesita, más que nunca, volverse hacia el Continente Americano, donde la guerra le ha consentido desterrar en parte la antes omnipotente influencia de Inglaterra.

Estas razones impiden a la opinión latinoamericana considerar el conflicto de Nicaragua como un conflicto al cual son extraños sus intereses. La solidaridad con Nicaragua, representada y defendida por el gobierno constitucional de Sacasa, se manifiesta, por esto, sin reservas.

Y del juicio continental, más aún que los desmanes del imperialismo yanqui, salen condenadas las traiciones de los caciques centroamericanos que se ponen en su servicio.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 22 de Enero de 1927.

LAS ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS Y

NICARAGUA*

La elección de Mr. Herbert Hoover estaba prevista por la mayoría de los expertos de que, en estos casos, disponen los Estados Unidos para un minucioso cómputo de las probabilidades electorales de cada partido.

La pérdida de algunos votos por el Partido Demócrata en el "sólido Sur" no es una sorpresa. No había pasado inadvertida para los observadores la posibilidad de que el intransigente sentimiento protestante que prevalece en los Estados del Sur, acarree en algunos, contra la tradición demócrata de ese electorado, la victoria del Partido Republicano.

Tampoco es, en rigor, una sorpresa el triunfo de Hoover en el Estado de Nueva York. En las votaciones presidenciales, el Estado de Nueva York ha sido normalmente republicano. En esta votación la fuerte "chance" de Smith en Nueva York, dependía de su popularidad personal, a la que ha debido su elección, en tres oportunidades, como gobernador de este Estado. La reñida lucha entre republicanos y demócratas en Nueva York, demuestra lo fundado de la esperanza de Al Smith de ganar para su causa los 45 votos decisivos que Hoover, en impresionante duelo, ha conservado para su partido:

Al Smith ha tenido una buena votación en todo el país. En todos los Estados dudosos, el porcentaje de votos obtenido por Smith excede considerablemente al alcanzado por el candidato demócrata en la elección de 1924. El Partido Demócrata ha efectuado una magnífica movilización electoral. A esta briosa ofensiva contra el poder republicano, ha contribuido en gran parte el ascendiente personal de Al Smith. Pero esto no obsta para atribuir a la personalidad de Al Smith una buena parte de los estímulos que han ayudado a la victoria republicana. La elección de un católico antiprohibicionista encontraba resistencias enormes en dos grandes corrientes del sentimiento yanqui: el protestantismo y el prohibicionismo. Republicano, protestante, prohibicionista, Hoover está bajo este triple aspecto bajo la tradición presidencial de los Estados Unidos. Hoover ha ganado los votos de Estados, en los que, como en Nueva York, aproximadamente, la "chance" de Al Smith era, a juicio de los expertos, muy grande. El cable subraya su victoria en Missouri, Maryland, Wisconsin y Montana. En estos Estados, Smith ha disputado vigorosamente la mayoría a Hoover; pero como en Nueva York, el escrutinio eleva así a la presidencia de los Estados Unidos en reemplazo de Mr. Calvin Coolidge, a aquel de sus líderes que promete actuar la más enérgica política capitalista. El rol asumido por el Imperio Yanqui en la política mundial, después de la gran guerra, exigía esta elección. Hoover siente este rol mucho más y mejor que Smith. Como apuntaba en mi anterior artículo, Hoover tiene una perfecta educación imperialista de hombre de negocios. En sus discursos, asoma francamente el orgullo del destino imperial de Norte América. En su política no pesarán las consideraciones democráticas que habrían influido en el gobierno de Al Smith. El estilo de Woodrow Wilson

queda de nuevo licenciado. Estados Unidos necesita, en este período de máxima afirmación internacional de su capitalismo, un hombre como Herbert Hoover. El perfecto hombre de estado en un imperio de trust y monopolios, es sin duda, el perfecto hombre de negocios.

Es interesante que las elecciones de Nicaragua hayan coincidido casi, en el tiempo, con las elecciones de Estados Unidos. Nicaragua, electoralmente es, por el momento, un sector de la política norteamericana. Desde que el Vicepresidente Sacasa y el General Monada, jefes de la oposición liberal, pactaron con los yanquis, los liberales nicaragüenses resbalaron al campo de gravitación de los intereses norteamericanos. El único camino de resistencia activa al dominio yanqui, era el camino heroico de Sandino. El Partido Liberal no podía tomarlo.

Desde que la bandera de la lucha armada quedó exclusivamente en manos de Sandino y de su aguerrida e intrépida legión, la solución liberal se presentó como la mejor para el interés norteamericano. Los políticos conservadores, conocidos por su antigua adhesión a la política yanqui, eran dentro del personal de posibles gobernantes, los menos apropiados para la pacificación de Nicaragua. La elección de un conservador habría tenido el aspecto de una imposición o un escamoteo electorales.

Pero estas ventajas de la solución liberal no se habrían mostrado tan claramente si Sandino no hubiese mantenido impertérrito, su actitud rebelde. La presidencia de un liberal tiene la función de reducir al mínimo los estímulos capaces de alimentar la hoguera sandinista. Moncada, en el poder, debe testimoniar la neutralidad yanqui, la corrección de las elecciones, la plenitud de la soberanía popular. La democracia, en este caso, sirve mejor que la dictadura.

El General Monada no hará, ciertamente, una política sustancialmente distinta de la que desenvolverían un Chamorro o un Díaz. Pero salvará mejor las formas de la independencia nicaragüense. El nombre de su partido no está tan comprometido, ante la opinión de Nicaragua y del Continente latinoamericano, como el nombre del Partido Conservador. Aquí está, más que en la impopularidad de los conservadores, la clave de su tranquila victoria.

NOTA:

* Publicado en **Varietades**: Lima, 10 de Noviembre de 1928.

POLÍTICA COLOMBIANA*

En Colombia, los conservadores no están menos divididos que los liberales. La vecindad de las elecciones ha revelado la acritud del conflicto interno del Partido Conservador. La candidatura del General Vásquez Cobos, se opone irreductiblemente a la del poeta Guillermo Valencia. La fractura del Partido Liberal es desde hace tiempo más notoria y visible, aunque no sea sino porque, en la oposición, el cisma de un partido cobra más estridente evidencia.

El General Vásquez representa, hasta por el grado marcial, la misma tendencia que el General Rengifo, instigador famoso de la última "ley heroica" contra el movimiento socialista colombiano. Los bonos de esta tendencia se cotizan algo bajos desde la agitación estudiantil y popular que obligó últimamente al doctor Abadía y a otro de sus ministros a pedir su dimisión al General Rengifo. Los dos generales, Vásquez y Rengifo, quieren la dictadura.

Guillermo Valencia, en política tan conservadora como en poesía, después de algunos tropos y algunas erratas de su ya cancelada juventud, lleva su ortodoxia reaccionaria hasta la pena de muerte. Pero los Primos de Rivera en barbecho apremian al Partido Conservador a decidirse por una prosa menos académica, sin tantas reminiscencias de Parnaso.

El gobierno del doctor Abadía parece inclinarse por un sucesor civil. El "vasquismo" acusa a uno de sus ministros de abusar de su función para maniobrar en el partido contra la candidatura del General Vásquez. El doctor Abadía no se ha desprendido del General Rengifo, sino cuando las muchedumbres se lo han exigido en las calles de Bogotá en términos bastante perentorios. Bajo este aspecto, su gobierno no puede haberse mostrado más complaciente con la manera fascista. Mas, los acontecimientos últimos, deben haberlo reafirmado en la preferencia del hombre de toga o de pluma.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 23 de Agosto de 1929.

GUILLERMO VALENCIA Y VÁSQUEZ COBOS*

Los dos candidatos conservadores —Guillermo Valencia y Vásquez Cobo— continúan en Colombia irreductiblemente sostenidos por sus partidarios del Congreso. De hecho, el Partido Conservador se presenta escisionado ante el problema presidencial. Valencia ha obtenido la mayoría en la votación de los representantes a congreso de su partido. Pero los 45 representantes que han votado por Vásquez Cobo se manifiestan resueltos a luchar hasta el fin por su candidato. El Partido Liberal, en minoría en el congreso, no tendrá candidato. Frente al dilema Valencia o Vásquez Cobo, es probable que, con ciertas condiciones y ante el significado ostensible que ha dado a la candidatura del General la recomendación del Arzobispo de Bogotá, se decida a concurrir a la victoria del candidato civil. Los liberales andan divididos; pero son, aún así, una fuerza. El Partido Socialista Revolucionario, que los reemplaza cada vez más como partido de izquierda, no cuenta, puesto casi fuera de la ley, con representación parlamentaria ni con prensa.

Las razones del Arzobispo de Bogotá para apoyar a Vásquez Cobo, son, en orden a la política internacional, las mismas que ha tenido para vetar a Concha.

Vásquez Cobo, no es persona ingrata a los Estados Unidos, a cuyo canciller Root le tocó saludar cortésmente, a nombre del gobierno colombiano, vivo aún el resentimiento por la desmembración de Panamá, cuando ese activo gerente del panamericanismo visitó la América Latina en jira oficial. Concha, que como ministro representó una política de celosa reivindicación de los intereses colombianos frente a Norte América, no está en el mismo caso. Su elección como presidente de la república podría perjudicar a la reconciliación yanqui-colombiana. La razón de Estado es decisiva para los políticos de la Iglesia.

Valencia, en las últimas semanas, quizá en parte a consecuencia de la fisonomía abiertamente dictatorial y reaccionaria que ha mostrado la candidatura de su opositor, apoyado por el ex Ministro de Guerra Rengifo, el hombre de la ley "heroica" y de la represión de Santa Marta, parece haber ganado terreno. La votación así lo demuestra.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 6 de Setiembre de 1929.

INSTANTÁNEA DEL PANORAMA ELECCIONARIO DE COLOMBIA*

Colombia se acerca, con la elección de presidente de la república, a la última etapa de su larga experiencia conservadora. El proceso eleccionario está descubriendo la irremediable crisis, la apresurada descomposición del partido que desde hace mucho tiempo detenta el poder en Colombia. Los conservadores se mantienen divididos en rededor de dos candidaturas irreconciliables: la del General Alfredo Vásquez Cobo y la del poeta Guillermo Valencia. Una facción que tiende ostensiblemente a la política dictatorial, al gobierno fuerte, a todo lo que quería hacer el truculento represor de las huelgas de la región bananera, el ministro de la ley "heroica", General Rengifo, se separa de la facción que, por temor a la aventura, por apego al estilo siempre algo académico del conservadorismo colombiano, encuentra su hombre en Guillermo Valencia. En esta batalla, los dos bandos comprometen todas sus fuerzas, empeñan todos sus recursos. El Arzobispo de Bogotá, Monseñor Perdomo, ha ungido la candidatura de Vásquez Cobo con la gracia eclesiástica, contrariando una tradición conservadora y católica codificada en magnífica prosa por don Marcos Fidel Suárez, que quiere al clero neutral en la lucha eleccionaria. Y, mientras las dos corrientes conservadoras chocan, en el parlamento se acusa al ex Ministro de Guerra, General Rengifo, llamado a rendir cuentas no sólo de los desmanes de sus subordinados, excitados por su estridente alalá fascista, sino también de despilfarros y fraudes, cubiertos con su responsabilidad de ministro. El partido, el clero, el ejército, están simultáneamente en causa. Los tres aparatos de la política conservadora, se presentan descompuestos, detonantes; los tres han roto con el estilo clásico de un conservadorismo que siempre ha abundado en rectores ortodoxos y en latinistas arcádicos.

Un juicio simplista podría definir a Vásquez Cobo como el más conservador y a Guillermo Valencia como el más liberal de los candidatos conservadores. Pero esto sería una interpretación sumaria, propia de gentes que se atienen a datos tan convencionales como la indumentaria y la profesión. Vásquez Cobo, es, sin duda, un reaccionario a quien entusiasma la idea de emplear en el poder la manera fuerte y marcial, propuesta por Rengifo. Pero, por su misma veleidad tropical de aspirante a un destino dictatorial o fascista, Vásquez Cobo es propenso al uso de la demagogia, como lo han sido, por lo demás, todos los absolutistas de filiación clerical e hispánica. Un editorial de **Universidad**, la revista de Germán Arciniegas —tribuna de Sanin Cano, López de Mesa, Armando Solano y otros intelectuales colombianos altamente cotizados en Hispano-América— insisten en lo que hay en la designación de Vásquez Cobo de gusto por la aventura. La entiende como un modo de "invitar al país a que juegue, a que se haga jugador, a que tire la carta de Vásquez Cobo como se tira un dado, con la esperanza de que salgan suertes y que no salgan ases". «Una de las características de nuestro tiempo —agrega el comentador de **Universidad**— puesto bajo la presión de la desesperanza, es la de apuntarse a la cifra en que menos se puede confiar, para arriesgar más y sentir mayores emociones. Es una manera de ser tahures y de sustraerse a las leyes matemáticas de las probabilidades, que los colombianos odiamos conocer porque nos obliga a pensar en un vivir modesto y disciplinado. Tenemos algo del genio español, que se lanzaba a la aventura más azarosa y enigmática, a la aventura del Dorado, pero que no ha podido organizarse nunca en una forma científica para el trabajo consciente y para la disciplina constantes. Bajo este aspecto, la repulsa de **Universidad** es una

repulsa de gente de orden. Guillermo Valencia, hasta por su condición de literato, pertenece a esa estirpe de humanistas y oradores que tanto se ha acordado siempre con el gusto del conservantismo colombiano. Su candidatura, aunque esté auspiciada por elementos que aspiran a cierto cambio de hombres y de sistemas dentro del dominio conservador, está más a tono que la de Vásquez Cobo con el estilo y la tradición de su partido. Y, según tópicos de su programa, transmitidos por el cable, Valencia no está, en el fondo, menos contagiado de filofascismo que el General Vásquez Cobo. Los hombres de letras, son en esto, más proclives al desvarío y al plagio que los hombres de espada o de negocios. De la hora de la espada, el primero en hablar en Sudamérica ha sido un poeta, varón pacífico, contemplativo y sedentario por excelencia. Valencia, por ejemplo, no ha dejado de hacer suyo el más retórico pensamiento de Mussolini: el del retorno al agro, el del descongestionamiento de la urbe.

Para un letrado, en el fondo patriarcal y provinciano, de Popayán, es éste un gesto fácil. Su gobierno sería el de una clase de terratenientes, de filiación muy española y católica, que se arrullaría a sí misma con su ideal de pueblo agrícola, mientras el capitalismo imperialista explotaba sus mejores riquezas, y en primer término, la fuerza de trabajo de sus manos proletarias. Y en cuento a rigor en la represión, el poeta Guillermo Valencia no iría muy a la zaga del General Vásquez Cobo. **Universidad** ha refrescado la memoria de los colombianos con documentos, como los discursos pronunciados por Antonio José Restrepo en 1925, señalando a Valencia como persecutor de libros y de ideas bajo la dictadura del General Reyes. El discurso de Valencia en el congreso del mismo año, defendiendo la pena capital, certifica la aptitud y complacencia del letrado conservador para emplear su verbo en servicio de la fuerza.

La crisis de la política conservadora en Colombia, por otra parte, no se expresa toda en estos signos de crisis de partido. Sanín Cano me escribía no hace mucho que la situación actual de su país se parecía mucho a la del Perú en los tiempos del guano y del salitre, con la diferencia de que lo que aquí se derrochaba entonces, procedía de una riqueza real. **Universidad** trata con severidad este aspecto de la administración del Dr. Abadía Méndez. En 1924, "en pleno régimen de la farándula de la trapacera", los gastos de la República ascendían a \$ 38'913,540. El Dr. Abadía prometió entonces una política de prudencia y de mesura. Los hechos contradijeron sus palabras —escribe el editorialista de **Universidad**—. De \$ 38'913,540 que se gastaron el año 24, pasó el nuevo mandatario a gastar en 1928 la suma de 110'812,702, es decir un aumento neto de más de setenta millones de pesos o sea de 184 por 100, consumido estérilmente en empresas bizarras, enterrando millones en los ferrocarriles manejados sin orden, sin plan, sin técnica, como lo fueron indicando los azares de la política».

Contra esta política, se agitan en Colombia los liberales, divididos en dos corrientes, una intelectual, que se contenta con el ejercicio de su facultad crítica, otra impulsiva, movida en parte por cierta nostalgia de los tiempos de beligerancia heroica del liberalismo, y que por esto representa mejor quizá la tradición del partido. Pero el liberalismo formal, doctrinario, ha envejecido en Colombia como en todas partes. Y la función liberal, en su verdadero sentido histórico, ha pasado a otro campo, a otro partido. Al partido que está ahora en sus tiempos de beligerancia heroica: el socialismo revolucionario.

NOTA:

* Publicado en **Variedades**: Lima, 25 de Setiembre de 1929.

LA ABSTENCION LIBERAL EN COLOMBIA*

El Partido Liberal colombiano, contra lo que esperaban algunos, ha decidido en su convención no presentar candidato en las próximas elecciones presidenciales, Insiste en su actitud abstencionista de 1925, fundándose siempre en el escrutinio fraudulento del 21, pero ateniéndose, probablemente, a nuevas perspectivas. Ha habido, sin embargo, una tendencia eleccionaria y han figurado como probables candidatos dos liberales conspicuos, diplomáticos ambos: el Dr. Fabio Lozano y el Dr. Enrique Olaya Herrera. Esta tendencia, corresponde, seguramente, a la fracción pacifista del Partido Liberal, dividido en dos corrientes, una de las cuales, nostálgica de empresas bizarras, preconiza la vida revolucionaria, mientras la otra se inclina a la conquista legal de la opinión.

Los liberales más avanzados ideológicamente son los que recomiendan este segundo camino; los partidarios de la violencia y la ofensiva no han evolucionado nada doctrinalmente y tienden a la revolución por cierto tradicionalismo de grupo. Pero, prácticamente, son éstos los que tienen una posición más fiel al liberalismo. Y les tocaría, por tanto, ser designados como fracción de izquierda. Porque no tiene en verdad valor práctico, en nuestro tiempo, un liberalismo intelectual y académico, por grandes que sean las coqueterías en que se entretenga especulativamente con el socialismo. El ideario liberal carece en el novecientos, como cuerpo de doctrina, de valor revolucionario. No se concibe ya, frente a los regímenes franca o larvadamente fascistas, sino al liberal de acción.

La mayoría liberal se propone, sin duda, aprovechar de la lucha entre dos candidatos conservadores, para reforzar su influencia sobre las masas, cada día más ganadas al socialismo. El Partido Conservador se presenta a la Votación escindido en dos grupos y dos candidaturas inconciliables. Guillermo Valencia y Vásquez Cobo se disputarán la presidencia con extremo encono. Es probable que en un sector intelectual y pacifista del Partido Liberal prevalezca un humor más o menos favorable a Valencia ante el dilema Valencia o Vásquez Cobo. Pero Valencia tiene el favor oficial. Y esto ha obligado a los liberales a coincidir en algunos movimientos con los partidarios de Vásquez Cobo, en pugna con el gobierno. La estrategia del liberalismo en esta época es sumamente difícil y contradictoria. La experiencia del Partido Liberal colombiano muestra bien este aserto.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima. 22 de Noviembre de 1929.

LAS ELECCIONES COLOMBIANAS*

Ha concluido el gobierno de los conservadores en Colombia. En apariencia, los liberales han ganado las elecciones a causa de que los conservadores se presentaron divididos en ellas. Pero no hay que atenerse a lo aparential en la estimación de los fenómenos históricos. La división no habría sido posible sin una grave y honda crisis de la política conservadora. Es a esta crisis a la que los conservadores deben su derrota eleccionaria. El cisma del partido, el antagonismo de valencistas y vasquistas, no era sino un síntoma.

El gobierno conservador tendía, frente a la agitación social y política del país, a una política fascista. El acto más significativo de la administración del Dr. Abadía ha sido la "ley heroica" que niega a la acción política clasista del proletariado las libertades que la Constitución del Estado acuerda a la expresión de todos los programas e ideologías. La represión sanguinaria de las huelgas de las bananeras no ha sido otra cosa que la aplicación a la lucha contra las reivindicaciones proletarias de los principios fascistas en que se inspiraba esa ley de excepción. El General Rengifo, Ministro de Guerra del Dr. Abadía hasta los acontecimientos que impusieron su caída, no ha disimulado sus propósitos fascistas. Se ha ofrecido en, todos los tonos a la clase conservadora para el aplastamiento de las fuerzas revolucionarias. Es uno de esos Martínez Anido hispano-americanos que sueñan con los honores de gendarmes de la reacción. El General Vásquez Cobo era el candidato de su tendencia. En los primeros tiempos sonó el del propio Rengifo como el de un posible candidato. Pero Rengifo había caído demasiado estruendosamente, repudiado por las, masas, en las manifestaciones que forzaron al Dr. Abadía a licenciar a sus más belicosos y comprometedores ministros. Vásquez Cobo, además, a juicio de un mayor número de conservadoras, reunía mejores aptitudes para desenvolver un programa equivalente.

Pero no todos los conservadores se inclinaban a este método. La mayoría del partido está aún formada por gente parsimoniosa, reacia a salir de las viejas normas del conservantismo clásico. La escisión del partido ha sido, por esto, inevitable.

Los liberales no estaban dispuestos a presentar candidato. Hace algunas semanas creían que su mejor política era, una vez más, la abstención. Una rama del partido entendía la abstención como el preámbulo de una acción insurreccional.

El declinio de los conservadores, el descrédito creciente de su método gubernamental, reforzaba crecientemente al Partido Liberal. Los liberales se aprestaban a recoger la herencia del gobierno. Pero había discrepancias sobre la mejor manera de apresurar la sucesión. El triunfo de Olaya Herrera en las elecciones es el triunfo de la tendencia pacifista y conciliadora del partido. A Olaya Herrera le ha preocupado, ante todo, la conveniencia de presentarse como un candidato nacional, como un hombre exento de espíritu de facción.

Los intereses imperialistas juegan un rol primordial en la política colombiana. Uno de los más sonoros incidentes de la designación de los candidatos conservadores, fue, cómo se sabe, el veto del Dr. Concha por sus antecedentes de canciller que defendió celosamente la soberanía nacional frente a la agresiva política yanqui. Vásquez Cobo representaba ostensiblemente una política

favorable al capitalismo norteamericano. También, bajo este aspecto, aunque muy discreta y atenuadamente, Valencia encarnaba la tradición conservadora. Olaya Herrera, ex embajador en Wáshington, tiene toda la simpatía de los intereses de Estados Unidos. Sus declaraciones, a este respecto, han sido por lo demás explícitas.

El proletariado colombiano ha afirmado en las elecciones su orientamiento clasista votando por la candidatura de Alberto Castrillón, líder de la huelga de las bananeras. El Partido Socialista Revolucionario no se ha hecho ninguna ilusión respecto a su fuerza electoral al presentar esta candidatura. Ha querido únicamente proclamar la autonomía de la política obrera.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 15 de Febrero de 1930.

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

VENEZOLANO*

Aunque el cable se resienta respecto de la vida venezolana de una especial sordera,, ninguna duda es ya posible sobre la acentuación de la lucha revolucionaria en Venezuela. La insurrección prende en diversos puntos de Venezuela, con audacia y energía cada vez mayores. La organización militar y policial —obra a la que consagró el cacique de Maracay sus más entrenadas energías— funciona aún en la patria de Bolívar con suficiente precisión para sofocar las tentativas aisladas. Pero extinguida en un punto, la insurrección reaparece, al poco tiempo, en otro, con renovado brío.

Desde hace algún tiempo, la descomposición del régimen de Gómez es evidente. Dentro de la propia facción gubernamental, se acusaron acres discrepancias entre los que pensaban que no había nada que cambiar en el sistema de gobierno y entre los que sentían la necesidad de acomodar la política del régimen a una táctica menos quietista y asiática. Después de algunos meses de incertidumbre, se anunció el propósito de Gómez de retirarse de la presidencia. Se sabía desde luego, lo que un voluntario abandono de la presidencia por parte del hombre de Maracay podía significar. Gómez en su castillo, con títulos y funciones de jefe. del ejército, no dejaría de ser nunca el cacique omnipotente de su país.

El título de presidente de la república no agrega nada a su poder efectivo. Cumplido el período presidencial de Gómez, se produjo un cambio en el reparto de los papeles. El "benemérito general" no quiso conservar sino el mando del ejército. Pero, cauto siempre, exigió que se reformara la constitución de suerte que el presidente de la república no estorbese al jefe del ejército, ni aún formalmente.

Mas no es esto lo verdaderamente nuevo ni importante en la situación actual, sino la presencia en la escena del Partido Revolucionario Venezolano. Los exilados del proletariado y de la inteligencia, han creado en el extranjero, a través de un largo proceso de concentración, este organismo de lucha política que dirige y coordina las reivindicaciones de las masas. Contra el régimen de Gómez, no está ya en armas un caudillo de aleatorio éxito, sino un partido, organizado en el extranjero, con buen aprendizaje de los métodos de lucha antifascistas. El Secretario General del Partido Revolucionario, licenciado Gustavo Machado, ha sido uno de los jefes de la expedición que desembarcó en Coro, después de apoderarse atrevidamente de las armas existentes en Curazao. Y bien, Machado tiene una importante foja de servicios como dirigente del movimiento antiimperialista centroamericano y mexicano. Ha representado en México a Sandino, en el período más bizarro y resonante de la empresa del guerrillero nicaragüense.

El golpe de mano de Curazao revela el arrojo de los revolucionarios al mismo tiempo que la cuidadosa preparación de su plan. La principal dificultad para una insurrección de masas en Venezuela es la falta de armas. Los revolucionarios no pueden procurárselas sino asaltando los depósitos de las guarniciones militares. Tienen además que combinar la toma de las armas con la irrupción de los grupos que aguardan desarmados cerca de las fronteras la hora de entrar en combate. El 10 de junio último, el grupo que en Curazao obedecía al General Urbina y al licenciado Machado, aprehendieron a las autoridades de la isla y se adueñaron de las armas guardadas en su fortaleza. En seguida, capturaron el vapor mercante "Maracaibo" de la línea "D. Roja" y en él se trasladaron a la Costa de Coro, con todas las armas y provisiones de que habían podido abastecerse. Desembarcados en Coro, dominaron fácilmente a la guarnición, tomando a su jefe el General Laclé, que fue luego ejecutado.

Cuando se realizó el golpe de Curazao tres levantamientos se habían producido casi simultáneamente en Venezuela: uno en el Centro, encabezado por el General Borges; otro en el Oriente, dirigido por el General Ferrer y por un coronel del ejército de Sandino, Carlos Aponte; y el tercero en Occidente, acaudillado por el General Gabaldón. Únicamente respecto a este último nos han faltado noticias cablegráficas.

La toma de Cumaná, aunque se ha resuelto en un desastre para los revolucionarios, según los telegramas de Caracas publicados el martes por los diarios, es signo de que el movimiento continúa tenaz, empleando la estrategia de presentar combate a las fuerzas de Gómez en distintos frentes.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**: Lima, 30 de Agosto de 1929.

LA LEY MARCIAL EN HAITÍ*

No se han modificado los métodos de Estados Unidos en la América colonial. No pueden modificarse. La violencia no es empleada en los países sometidos a la administración yanqui por causas accidentales. Tres hechos señalan en el último lustro la acentuación de la tendencia marcial de la política norteamericana en esos países: la intervención contra la huelga de Panamá, la ocupación y la campaña de Nicaragua y la reciente declaratoria del estado de sitio en Haití. La retórica de buena voluntad es impotente ante estos hechos.

En Haití, como en los otros países, la ocupación militar está amparada por un grupo de haitianos investidos por la fuerza imperialista de la representación legal de la mayoría. Los enemigos de la libertad de Haití, los traidores de su independencia, son sin duda los que más repugnan al sentimiento libre americano, Hispano América tiene ya larga experiencia de estas cosas. Empieza a comprender que lo que la salvará no son las admoniciones al imperialismo yanqui, sino una obra profunda y sistemática de defensa, realizada con firmeza y dignidad, en la que tendrá de su lado a las fuerzas nuevas de los Estados Unidos.

NOTA:

* Publicado en **Mundial**; Lima, 13 de Diciembre de 1929.

INDICE ONOMASTICO

ABADIA MENDEZ, Miguel (1867-1947).—Político y periodista colombiano. Presidente de la República (1926). AGUSTINI, Delmira (1890-1914). —Poetisa uruguaya. Obras: El libro blanco, Los cantos de la mañana y Los cálices vacíos.

ALESSANDRI PALMA, Arturo (1868-1950).—Político y orador chileno. Presidente de la República (1921), fue derrocado por un golpe militar, pero una nueva Insurrección le restituyó el poder. Desterrado por la dictadura de Ibáñez, al volver a Chile, en 1932, ganó otra vez la silla presidencial.

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (1834-1893).—Literato y político mexicano. Combatió la dictadura de Santa Ana, y fue ardoroso partidario de Juárez. Obras: Clemencia, El zarco y Navidad en las montañas.

ALVEAR, Marcelo (1868-1942).—Estadista argentino. Fundó el Partido Unión Cívica Radical. Presidente de la República (1922).

ARAQUISTAIN, Luis (1886).—Literato, diplomático y periodista español. Obra: Las columnas de Hércules, El archipiélago maravilloso (novelas) y España en el crisol, El peligro yanqui (ensayos).

ARCINIEGAS, Germán (1900).—Ensayista, político, biógrafo y crítico colombiano. Obra: Gonzalo Jiménez de Quesada, Los comuneros, Biografía del Caribe, Los alemanes en la conquista de América, El estudiante de la mesa redonda, América, tierra firme, América mágica, etcétera.

AZUELA, Mariano (1873-1952).—Escritor mexicano. Obra: Los de abajo, Mala yerba, La luciérnaga, La marchanta, Sendas perdidas, Nueva burguesía, etc. Ganó en 1949 el Premio Nacional de Literatura.

BABEL, Isaac (1894).—Escritor ruso cuyas novelas ambientan el período de la Revolución Bolchevique.

BATLLE ORDOÑEZ, José (1856-1919).—Político y periodista uruguayo. Fue elegido (1903-1907) Presidente de la República.

BEETHOVEN, Ludwig van (1770-1827).—Genial músico alemán. Innovador del arte musical, se caracteriza por su dramatismo y su fuerza. Todas sus creaciones, en mayor o menor grado, son extraordinarias. Son singulares aportes a la música sus sinfonías, conciertos y sonatas.

BELLO, Andrés (1786-1863).—Filólogo y crítico venezolano. Fundó y dirigió El censor americano, Biblioteca Americana y Repertorio Americano. Rector de la Universidad de Chile. Obra: Principios de Ortología, Análisis ideológicos de los tiempos de la conjugación y Gramática de la lengua castellana.

BENDA, Jules (1867).—Literato francés. Ensayista notable, criticó las ideas de Bergson y predicó a favor de la intervención de los intelectuales en la vida social. Ha escrito numerosos libros y fundado prestigiosas y combativas revistas.

BERAUD, Henri (1885).—Escritor y periodista francés. Ganó el "Premio Goncourt".

BORGES, Jorge Luis (1900).—Insigne cuentista, poeta y ensayista argentino. Obra: El idioma de los argentinos, Historia de la eternidad, Ficciones, El Aleph, La brújula y la muerte, etc. Borges es un maestro de la literatura de ficción y un estilista notable. En 1945 ganó el Premio de Honor de la Sociedad de Escritores Argentinos.

BRANDES, George (1842-1927).—Crítico literario e historiador danés: Son singularmente importantes sus estudios sobre Taine y sobre las modernas literaturas europeas, así como sus monografías de Napoleón, Voltaire, Julio César, etc.

BRUM, Blanca Luz: Poetisa uruguaya contemporánea. En 1925 se casó en Montevideo con el poeta peruano Juan Parra del Riego. Obra: Las llaves ardientes, Levante, Atmósfera arriba y Cantos de la América del Sur.

BUTLER, Samuel (1835-1902).—Escritor inglés cuyo libro, Erewhon, es considerado la primera de las utopías modernas. Obra: El camino de la luz y Nones de libros.

CALLES, Elías Plutarco (1877-1945).—Político mexicano. Presidente de la República (1924-1928).

CARRANZA, Venustiano (1859-1920).—General y político mexicano. Senador y Gobernador, durante la dictadura de Porfirio Díaz, abrazó luego la causa de Madero.—Como caudillo del Partido Constitucional, propicia un programa de reforma agraria y nacionalizaciones que le granjea el odio de los Estados Unidos. Fue electo Presidente de la República en 1917, pero una revuelta militar conservadora pone fin a su mandato y muere asesinado.

CENDRARS, Blaise (1887).—Escritor y cineasta francés contemporáneo. Obra: Panamá y Kodak (poesía) y J'al tué, Las confesiones de Dan Jaca, Al Capone, Pequeños cantos negros, El fin del mundo (prosa).

CONCHA, José Vicente (1867-1929).—Político colombiano. Presidente de la República (1914).

COOLIDGE, Calvin Cary (1872-1933).—Presidente de los Estados Unidos (1925-1929). Es el segundo de la triada republicana de la década del 20. Los otros dos fueron Harding y Hoover. Su gobierno fue de prosperidad económica. Restableció las buenas relaciones con México.

COPERNICO, Nicolai (1473-1543).—Astrónomo polaco cuya revolucionaria teoría demostró que los planetas giraban alrededor del sol describiendo órbitas en el mismo sentido, aunque situadas en diversos planos en relación con el centro solar. Expuso su certero pensamiento en su célebre obra La revolución de las órbitas celestes.

CHAMORRO, Emiliano. Político conservador y militar nicaragüense. Presidente de la República (1916).

CHOCANO, José Santos (1875-1934).— Poeta peruano, adalid del movimiento modernista. Su vida azarosa y aventurera terminó en Santiago de Chile, donde fue asesinado. Obra: Alma América, Iras Santas, En la aldea, Selva virgen, etc. Ver Peruanicemos al Perú y 7 Ensayos.

DARIO, Rubén (1867-1916).— Gran poeta y prosista nicaragüense, fundador de la corriente literaria modernista. Su verdadero nombre era Félix Rubén García y Sarmiento. Sus libros más connotados son: Azul, Prosas profanas y otras poemas, Cantos de vida y esperanza.

DARWIN, Charles (1809-1882).— Naturalista inglés. Desde 1831 a 1836 realizó un viaje de carácter científico a bordo del navío Beagle. De 1839 a 1846 publicó las observaciones de su viaje. Pero la obra que conmovió a la ciencia de su tiempo fue **El origen de las especies** (1859) donde expone el evolucionismo, o sea, la transformación selectiva de las especies.

DAWES, Charles G. (1865-1951).— Economista norteamericano. Premio Nóbel de la Paz (1926). El Plan Marshall de la segunda post-guerra vendría a ser el equivalente histórico del Plan Dawes de la primera.

DIAZ, Félix (1873-1922).— General y político mexicano.

DIAZ, Porfirio (1828-1915).— Soldado de México en la invasión norteamericana de 1847. Opositor a la dictadura de Santa Ana, que lo persiguió. Héroe nacional en la guerra contra la invasión francesa. Partidario de Juárez. Retirado a la vida privada, la abandona cuando, al frente de sus tropas, derroca al Presidente Lerdo de Tejada. Presidente de la República desde 1877 hasta 1911.

DONOSO, Armando (1886).— Escritor y periodista chileno. Obra: Los poetas nuevos de Chile, Bilbao y Sarmiento, Los nuevos valores.

ECKART, Johannes (1260? - 1327?).— Filósofo alemán, fue el primero en cultivar una mística especulativa. Padre dominico, llegó a ser Vicario General de Bohemia. Su pensamiento religioso dio conocimiento a otras sectas, enriqueciendo notablemente la mística católica de Alemania.

EMERSON, Raph Waldo (3803-1882).— Poeta ensayista y moralista norteamericano. Obra: Ensayos (dos series) y Poemas.

ENGELS, Federico (1820-1895).— Filósofo y economista alemán, fundador, junto con Carlos Marx, del socialismo científico, en unión de quien redactó el Manifiesto Comunista. Secretario General de la primera Asociación Internacional de Trabajadores y Jefe de la Segunda Internacional Socialista. Sufrió persecuciones por sus ideas políticas. Sus obras más famosas son: Anti-Düring, Dialéctica de la Naturaleza y El origen de la familia, la propiedad y el Estado. Publicó los volúmenes II y III de la obra de Carlos Marx, El Capital.

GALVEZ, Manuel (1882).— Escritor argentino. En 1935 ganó el Premio Nacional de Literatura de su país. Obra: Irigoyen, Rosas, Sarmiento (biografías); Nacha Regules, La ciudad pintada de rojo, La muerte en las calles (novelas).

GALLO, Vicente (1873-1942).— Político y juriconsulto argentino.

GIRONDO, Oliverio (1891).— Poeta argentino. Obra: Veinte poemas para ser leídos en el tranvía, Calcomanías, Espantapájaros, Campo nuestro (1946), etc.

GOMEZ CARRILLO, Enrique (1873-1927).— Escritor guatemalteco. Fue considerado "el príncipe de los cronistas". Su libro En el corazón de la tragedia obtuvo el primer premio de la Academia Francesa en 1917. Dejó numerosos libros de viaje y ágiles ensayos.

GOMEZ DE LA SERNA, Ramón (1881).— Fecundo y original escritor español y creador de las greguerías.

GOMEZ, Juan Vicente (1864-1935).— Militar y político venezolano. En 1910 se convierte en Presidente efectivo. En 1914 se hace entregar el poder por diez años más. En 1921 resulta nuevamente "elegido" y "reelegido" en 1929; pero renunció al cargo. Con todo, en 1931, acepta su elección con carácter vitalicio y gobierna hasta el día de su muerte.

GUZMAN BLANCO, Antonio (1829-1899).— Político y dictador venezolano. Gobernó, con breves interludios, desde 1870 hasta 1887.

HENRIQUEZ UREÑA, Pedro (1884-1946).— Literato y crítico dominicano. Ensayista notable, dictó cursos y conferencias en universidades de América Latina y Estados Unidos. Entre sus enterados libros destacan: Antología de la versificación rítmica, La versificación irregular en la poesía castellana, Tablas cronológicas de la literatura española, Curso de literatura de Hispano-América, etc.

HINDENBURG, Paul von (1847-1934).— Militar y político alemán. Presidente de la República (1921). Postuló su reelección, venciendo a Adolfo Hitler por escaso margen de votos: 1928. La creciente fuerza del nazismo lo obligó a nombrar Canciller a Hitler. Falleció al poco tiempo.

HOOVER, Herbert Clark (1874).— Destacado político yanqui. Presidente de los Estados Unidos (1928).

HUERTA, Victoriano (1845-1916).— General y dictador mexicano.

HUIDOBRO, Vicente (1893-1948).— Poeta chileno. Junto con el poeta Reverdy, lanzó una nueva tendencia poética: el creacionismo, cuya revista emblema fue Creation. Volvió a su patria para emprender nuevamente viaje a los Estados Unidos, donde compuso la película Cagliostro, que resultó premiada en ese país. Su influencia es grande en la moderna poesía latinoamericana. Obra: Temblor de cielo, Torre de Eiffel (en verso); y Sátiro o el poder de las palabras, Mío Cid Campeador (en prosa), etc.

INGENIEROS, José (1877-1925).— Pensador argentino. Sus obras más difundidas son: El hombre mediocre, La psicopatología en el arte, Las fuerzas morales. Su pensamiento ejerció gran influencia en la llamada generación latinoamericana del 18, o de la Reforma Universitaria. Ver Temas de Nuestra América.

IRIGOYEN, Hipólito (1850-1933).— Político argentino, líder del Partido Radical. Luego de fructífera experiencia parlamentaria, organiza la famosa revolución de agosto de 1890. Presidente de la República (1916). En 1928 es elegido otra vez Presidente, pero su nueva gestión gubernativa no contó con el apoyo popular, siendo derrocado en 1930 por el general Uriburu.

JAMES, Williams (1842-1910).— Filósofo y psicólogo norteamericano. Propugna la filosofía de la experiencia, fundando el primer laboratorio de psicología experimental en América. Crea el pragmatismo, o filosofía de bases y fines prácticos. Sus ideas las aplica tanto en el campo psicológico, como en el educativo y religioso. Junto con Carl Lange, formuló la teoría "James-Lange" que señala a los fenómenos fisiológicos como causa de los estados emocionales: "no lloramos porque estamos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos".

JAURES, Jean (1859-1914).— Político socialista francés. Fundador del diario L'Humanité. Fue asesinado, por oponerse a la Primera Guerra Mundial, en la víspera de la iniciación del conflicto. Ver La Escena Contemporánea.

JUSTO, Juan B. (1865-1925).— Escritor y médico argentino. Fundador del Partido Socialista argentino. En 1919 fue Vicepresidente del Congreso Socialista Internacional de Berna. Obra: El socialismo argentino, La teoría científica de la historia y la política argentina, El programa socialista del campo, Contraversi con Ferri, El realismo ingenuo, etc.

LABRIOLA, Antonio (1843-1904).— Filósofo italiano influido por Hegel y, principalmente, por Marx.

LAO TSE.— El más importante pensador de la antigua China. Ha sido imposible fijar la época en que vivió, fluctuando los datos al respecto entre los siglos 4 y 6 antes de Jesucristo. Su pensamiento, distinto al de Confucio, parece inspirado en la filosofía hindú, principalmente en la de los Upanishads. Dejó un célebre libro de máximas: Tao-teh-king. Sus discípulos, desarrollando sus ideas, crearon el Taoísmo Filosófico.

LARBAUD, Valery (1881).— Escritor francés. Obra: Fermina Márquez, A. O. Barnabooth, Juanita azul, blanco, París de Francia y Sous l'invocation de Saint Jérôme.

LASALLE, Ferdinand (1825-1864).— Filósofo y economista alemán. Influido primero por Louis Blanc y luego por Carlos Marx. Tomó parte en la revolución proletaria, de 1848-49. Se concentró, principalmente, en el estudio de "salario". Partiendo de algunos postulados económicos de Ricardo, formuló su propia ley, conocida como "ley de bronce del salario". Dejó importantes obras y fue un defensor apasionado del sufragio universal.

LENIN (1870-1924).— Político ruso. Su verdadero nombre fue Vladimir Ilich Ulianov. Jefe del comunismo ruso. Fundador del Partido Comunista bolchevique. Jefe de la Revolución que llevó

al poder a su partido. Fundador de la III Internacional. Desarrolló el marxismo, aplicándolo a la etapa imperialista. Dejó gran número de libros, entre ellos: ¿Qué hacer?, Materialismo y Empirio-criticismo, El imperialismo: etapa superior del capitalismo, etc. Junto don Marx y Engels, constituye la autoridad máxima en la filosofía del materialismo histórico.

LEONOV (1899).— Novelista ruso. Su reconocida cultura clásica la ha empleado en reflejar, principalmente, el efecto de la Revolución Bolchevique en la vida del campesino. En 1946 se le otorgó el Premio Lenin. Sus obras principales son: Bassuki (Tejones), Vos (El ladrón) y Doroga na Okean (El camino hacia el Océano).

LOPEZ DE MESA, Luis (1884).— Político, médico y ensayista colombiano. Ha sido Ministro de Educación y de Relaciones Exteriores. Obra: La civilización contemporánea y De cómo se ha formado la nación colombiana.

LOYOLA, Ignacio de (1491-1536).— Su verdadero nombre es Yñigo López de Recalde. Fundador de la Compañía de la Compañía de Jesús, figura principal de la Contra-Reforma española, fue declarado Santo por el Papa Gregorio XV en 1622. Militar de profesión, al ser herido dejó las armas para dedicarse a su tarea apostólica. Escribió uno de los más notables libros de la mística universal: Ejercicios espirituales y redactó la Constitución de la Orden religiosa que fundara.

LUGONES, Leopoldo (1874-1938).— Poeta argentino. Obra: Las montañas del oro, Los crepúsculos del jardín, Odas seculares, Lunario sentimental (poesía); El ángel de la sombra (novela) y algunos cuentos.

LUNATCHARSKY, Anatol (1875-1933).— Político e Intelectual ruso. Desde 1917 hasta 1929 ocupó el cargo de Comisario del Pueblo en Instrucción Pública, dedicándose a salvar los tesoros de arte, obra que le valió la estimación de la inteligencia mundial. Su libro Don Quijote libertado fue traducido al español. Ver La Escena Contemporánea.

MADERO, Francisco (1873-1913).— Político mexicano, se opuso a una nueva reelección de Porfirio Díaz. Su asesinato por Huerta, Díaz, Mondragón y Reyes le ungió apóstol.

MAPLES ARCE, Manuel (1898).— Poeta mexicano. Obra: Canción desde un aeroplano, Andamios interiores, Urbe; super-poema bolchevique, Poemas interdictos y Memorial de la sangre.

MARTI, José (1835-1895).— Héroe de la independencia de Cuba y escritor. Vida incansablemente dedicada a la libertad de su país, siembra su accionar en México, Guatemala y los Estados Unidos. Consecuente con su prédica, muere combatiendo en la batalla de Entre Ríos. Obra: Ismaelillo, Versos sencillos e innumerables ensayos y crónicas ejemplares.

MARTINEZ, Anido (1862-1938).— Político y militar español.

MARX, Karl (1818-1883).— Filósofo alemán. Fundador del socialismo científico: base ideológica del movimiento comunista actual. Redactó el primer Manifiesto Comunista, ayudado por Engels. Obra: El Capital, etc.

MAURA, Miguel (1887).— Político español.

MAXIMILIANO, Fernando (1832-1867).— Archiduque de Austria. En 1864 aceptó la corona de México que le ofrecieron algunos grupos de ese país con el respaldo de Napoleón III. Pero la guerra patriótica desatada por Benito Juárez y el incumplimiento de Napoleón III ante la amenaza de enemistarse con los Estados Unidos, determinaron su derrota política y militar. Junto con su esposa Carlota y sus generales irás adictos, fue fusilado en Querétaro. Dejó dos voluminosos libros sobre hechos y meditaciones históricos.

MELO, Leopoldo (1869).— Jurisconsulto y político argentino.

MENDEZ, Evar (1888).— Poeta argentino. Obra: Palacios de ensueño, Canción de la vida en vano y Las horas alucinadas.

MISTRAL, Gabriela (1889-1957).— Poetisa chilena cuyo nombre verdadero fue Lucila Godoy. Premio Nóbel de Literatura en 1945. Obra: Sonetos de la muerte, Desolación, Tala y Recados.

MOLINARI, Ricardo (1898).— Poeta argentino. Obra: El imaginero, Mundos de la madrugada, El alejado (1944) y Esta hora oscura del aire (1950). Premio Nacional de Literatura (1958).

MONCADA, José María (1867-1945).— General y estadista nicaragüense.

MONTALVO, Juan (1833-1889).— Escritor ecuatoriano de ideas liberales. Polemista encendido y virulento, sufrió persecuciones y destierros. Su actividad extraordinaria, sus libelos, su condiciones de orador personalísimo y sus libros Siete tratados, Geometría Moral y Las catilinarias le dieron gran fama durante su vida. Pero fue la publicación de su obra póstuma, Capítulos que se le olvidaron a Cervantes: ensayo de imitación de un libro inimitable, lo que le da un lugar de privilegio entre los grandes prosistas del idioma.

MORAND, Paul (1888).— Escritor francés nacido en Rusia. Su ingenio y su don descriptivo le crearon un prestigio extraliterario. Con Abierto de noche y Cerrado de noche obtuvo universal renombre, pues logró expresar la Europa de la primera tras-guerra mundial, con mayor éxito que algún otro novelista de su generación. Los viajes le arrancaron otros testimonios. Ha escrito teatro y poesía.

MORGAN, John Pierpont (Jr.) (1867-1943).— Financiero norteamericano. Durante la primera guerra mundial concurre a los empréstitos de la Entente hechos en los Estados Unidos, y en 1924 prestó gran apoyo para la valorización del franco francés. Se le considera el realizador económico del "Plan Dawes".

MUSSOLINI, Benito (1883-1943).— Político Italiano. Fundador del fascismo. Fue primero socialista y expulsado de sus filas por sus ideas bélicas e intervencionistas. Conquistado el poder

por sus partidarios, gobernó a Italia con el título de Duce desde 1922 hasta su fallecimiento en 1943. Murió asesinado por el pueblo antifascista en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial.

NAVARRO MONZO, Julio (1882-1943).— Escritor español. Obra: Renacimientos místicos en la tragedia europea, Camino de Santidad, La evolución religiosa en el mundo antiguo.

NERUDA, Pablo (1904).— Poeta y político chileno, su verdadero nombre es Neptali Reyes. Se le considera el más grande poeta vivo de la lengua castellana. A su primera etapa, caracterizada por un fino romanticismo, prosiguió una segunda, donde su poesía se hace hermética y marcada por los signos surrealistas. A su primera etapa corresponde Crepusculario y 20 poemas de amor y una canción desesperada; a su segunda etapa, sus libros de Residencia en la tierra. Su contacto con la guerra civil española marca su estadio de transición, insinuado ya formalmente en su obra Tentativa del hombre infinito. A este periodo transitorio corresponde España en el corazón. Su tercera, y hasta hoy última etapa, está marcada por su adhesión al ideario comunista, correspondiendo a ella Canto General y Odas Elementales.

NERVO AMADO (1870-1919).— Poeta mexicano. Obra: Los jardines interiores, Serenidad y El estanque de los lotos. Después de su muerte se pudieron conocer sus obras más importantes: La amada inmóvil y El arquero divino.

OBREGON, Alvaro (1880-1928).— Político y militar mexicano. Se unió a Madero para luchar contra Porfirio Díaz, y luego a Carranza, del que llegó a ser Ministro de Guerra. Presidente de la República (1920). En 1928 fue nuevamente candidato triunfante a la Presidencia de la República, pese a un dispositivo constitucional contrario a la reelección. Antes de ejercer el cargo fue asesinado.

OLAYA HERRERA, Enrique (1881-1937).— Político colombiano, Presidente de la República (1930).

OLIVARIO, Nicolás (1902).— Escritor argentino. Obra: El gato escaldado (Premio oficial de Poesía) y Los poemas rezagados.

ORS, Eugenio d' (1882).— Filósofo y crítico español. Obra: Glosario, La bien plantada, Tres horas en el Museo del Prado, El secreto de la filosofía, Oceanografía del tedio, etc.

ORTEGA Y GASSET, José (1883-1955).— Filósofo y escritor español, cuyo pensamiento discurrió por los más diversos problemas de nuestra época. Ejerció una gran Influencia en el actual humanismo crítico. Sus obras más notables son: El tema de nuestro tiempo, España invertebrada, Meditaciones del Quijote, La deshumanización del Arte, La rebelión de las masas, etc. Fundó y animó por largo tiempo La Revista de Occidente, compendio vivido de las preocupaciones de su hora. Ver Figuras y Aspectos de la Vida Mundial.

PALACIOS, Alfredo (1880).— Político, catedrático y escritor argentino. Obra: La fatiga y sus proyecciones sociales, El Nuevo Derecho, Soberanía y socialización de industrias, Estadistas y poetas.

PAPINI, Giovanni (1881-1956).— Escritor italiano. En forma póstuma obtuvo el "Lapicero de Oro": máximo galardón literario de Italia. Famoso por sus crisis religiosas, reflejadas en sus libros, como: Memorias de Dios, Historia de Cristo y Lo que el demonio me dijo.

PIRANDELLO, Luigi (1867-1929).— Dramaturgo y novelista italiano. Premio Nóbel de Literatura (1934). Su obra cumbre, Seis personajes en busca de autor, transformó la técnica teatral contemporánea.

PLATON (427-347 a.C.).— Filósofo griego; su nombre verdadero fue Aristocles. Entre sus obras principales figuran: Apología de Sócrates, Critón, Diálogos, El Banquete o Simposion, La República, etc.

PLOTINO.— Filósofo griego. Vivió, probablemente, entre los años 200 y 270: Interesado por las filosofías orientales, viajó a Persia y después se estableció en Roma donde, con la ayuda del Emperador Galieno, pretendió fundar la ciudad ideal de Platón. Los enunciados básicos de su doctrina los reunió su discípulo Porfirio en la obra Las Eneadas.

PONCE, Aníbal (1890-1938).— Escritor y catedrático argentino, destacada figura del marxismo latinoamericano. En Buenos Aires dirigió la Revista de Filosofía y fundó la revista Dialéctica. Desterrado a México, continuó en ese país su labor intelectual. Obra: Educación y lucha de clases, Ambición y angustia de los adolescentes, De Erasmo a Romain Rolland, Psicología de la adolescencia, Sarmiento, etc.

PORTES GIL, Emilio (1891).— Político mexicano. A la muerte de Obregón se le encargó provisionalmente la Presidencia de la República (1928-1930). Durante su gobierno se agudizó el problema religioso, buscando él un Concordato con la Santa Sede. Es autor del nuevo Código Civil de México y del libro El conflicto entre el poder civil y el clero.

PRADERA, Víctor (1872-1936).— Político falangista español. Obra: Fernando el Católico y los falsarios de la historia, El Estado Nuevo.

PRIMO DE RIVERA, Miguel (1870-1930).— General español. Dio un golpe de Estado en 1923. Su dictadura duró hasta 1930. Se llamó El Directorio. Ver Figuras y Aspectos de la Vida Mundial.

PROUDHON, Pierre Joseph (1809-1865).— Economista y político francés. Su libro en el que sostiene que la propiedad privada es un robo, inicia esa larga lucha que fue su vida. Por sus ataques a Napoleón III fue encarcelado (1849-1825) y enviado luego al destierro. Su obra, Sistema de Contradicciones Económicas, ejerció una gran Influencia en el movimiento sindical de su época. Proudhon fue el primero en exponer la idea de la "lucha de clases", Sus seguidores se llamaron "mutualistas".

PROUST, Marcel (1871-1922).— Novelista francés. Obra: En busca del tiempo perdido. En esta obra, que ha merecido innumerables análisis, han visto algunos la influencia de Bergaon y Freud. Lo evidente es que ella constituye, a la par que una fórmula original de la novelística, el más serio documento de la crisis de la sociedad mercantil. Con justeza, se le ha comparado con La

Comedia Humana de Balzac. Pero, mientras Balzac retrata una sociedad que adviene —la burguesa—, Proust disecciona su desaparición. Es uno de los grandes novelistas de nuestra época.

RAMON Y CAJAL, Santiago (1852-1934).— Sabio médico, escritor y catedrático español, ha enriquecido como poco, la Histología. Obtuvo el Premio Nóbel en 1906. Obra: Elementos de Histología normal y de técnica micrográfica y Menorías.

RAVINES, Eudocio (1899).— Político y periodista peruano ex dirigente del Partido Comunista: Obra: El camino de Yenán y La Gran Estafa. Trabaja, actualmente, como apasionado defensor del capitalismo.

RESTREPO, Antonio José (1855-1933).— Escritor y político colombiano. Obras: Fuego graneado, Prosas medulares y Cancionero de Antioquía.

RIVERA, Diego (1866-1957).— Pintor mexicano. Rivera, Orozco y Siqueiros, constituyen la triada máxima del "muralismo mexicano", movimiento de gran resonancia en la plástica mundial. Su pintura es directa, con un claro contenido nacionalista y popular, y, en varios casos, francamente revolucionaria. Se distingue, también, por su notable colorido. Sus principales obras se hallan en el Palacio Nacional, en el Ministerio de Educación y en la Escuela de Agricultura de Chapingo.

RODO, Enrique (1872-1917).— Ensayista y catedrático uruguayo. Obra: Liberalismo y jacobinismo y Motivos de Proteo y Ariel.

ROJAS PAZ, Pablo (1896).— Escritor argentino. Obra: Hombres grises, Hasta aquí, no más, El patio de la noche, Biografía de Buenos Aires, Alberdi, el ciudadano de la soledad. En 1942 ganó el Premio Nacional de Literatura.

ROLLAND, Romain (1866-1944).— Escritor francés. Premio Nóbel de Literatura (1915). Gran humanista y apóstol del pacifismo, ejerció gran influencia espiritual entre los escritores de su tiempo. Obra: Juan Cristóbal, La fuente encantada, Cantón, Los lobos, Beethoven, etc.

ROOSEVELT, Teodoro (1852-1919).— Presidente de los Estados Unidos de 1901 a 1909. Propulsó la violenta política expansiva de su país. Sin embargo, le adjudicaron el Premio Nóbel de la Paz en 1905.

ROOT, ELIHU (1845-1937).— Estadista norteamericano. Obtuvo el Premio Nóbel de la Paz en 1912. Obra: Hombres y policías..

ROSAS, Juan Manuel de (1793-1877).— Tirano argentino. Militar en sus inicios, se hizo partidario decidido de las tesis federalistas, implantando en su patria una dictadura que se prolongó prácticamente 25 años. Fueron sus adversarios los hombres más ilustres de su tiempo.

SAAVEDRA, Abdón (1872-1942).— Jurisconsulto y político boliviano. Es autor del Código de Minas que rigió largo tiempo en su país.

SACASA, Juan (1874-1946).—Político, médico y catedrático nicaragüense. Resultó electo Vicepresidente de la República, cargo que ejerció desde 1925 hasta 1928. Presidente de la República (1933-1936). Fue derrocado por Somoza.

SANDINO, César Augusto (1893-1934).— Héroe nicaragüense. Siendo agricultor, se plegó a la revolución de Sacasa contra el gobierno conservador de Díaz. Después, del acuerdo de Tipitapa, impuesto a Nicaragua por los Estados Unidos, Sandino protestó contra la intervención armada de Norteamérica y sostuvo durante 6 años una heroica lucha de guerrillas contra el ejército invasor. En 1933 llegó a un acuerdo transitorio con el gobierno nicaragüense; pero, al poco tiempo, en una celada, fue asesinado por los agentes de Somoza.

SANIN CANO, Baldomero (1861-1958).— Escritor y periodista colombiano. Rector de la Universidad de Cauca. Se le otorgó el "Premio Lenin de la Paz". Obra: La civilización manual, Indagaciones e Imágenes, Divagaciones filológicas, Tipos, obras, ideas.

SARMIENTO, Domingo F. (1811-1888).— Insigne estadista, escritor y pedagogo argentino. Siendo muy Joven combatió a Quiroga y luego emprendió su larga y brillante Aposición a la tiranía de Rosas, la que le costó repetidas persecuciones, en una de las cuales se refugió en Chile. Al retornar a su patria fundó su célebre periódico El Zonda, siempre opositor. Caída la dictadura ejerció la diplomacia, siendo luego electo Presidente de la República. Aunque sus obras completas suman 51 volúmenes, el libro que le ha dado fama es Facundo o la civilización y la barbarie.

SHAW, Bernard (1856-1950).— Dramaturgo y socialista inglés. Premio Nóbel de Literatura (1952). Obra: Pigmalión, Santa Juana, La Comandante Bárbara, Retorno a Matusalén, La otra isla de John Bull, Hombre y Superhombre, etc. Gran propulsor del teatro realista y de problemática social.

SILVA, José Asunción (1801-1896).— Poeta colombiano considerado uno de los iniciadores del Modernismo en América.

SOREL, George (1847-1922).— Sociólogo francés. Defensor del sindicalismo revolucionario. Su obra más importante es Reflexiones sobre la violencia. Ver Defensa del Marxismo.

SPENGLER, Oswald (1880-1936).— Filósofo alemán. Célebre por su libro La decadencia de Occidente.

SUÁREZ, Marco Fidel (1855-1927).— Bstadlata y escritor colombiano. Obra: Sueños de Luciano Pulgar.

THOMAS, Albert (1818-1932).— Político y periodista francés.

THOREAU Henry (1817-1862).— Escritor norteamericano. Vivió largas temporadas en bosques desolados, creando una literatura donde alienta su amor a la naturaleza y su credo individualista. Obra: Walden, or lite in the Woods (su diario en la soledad). Un yanqui en Canadá y Poemas de la Naturaleza.

TORRE, Guillermo de (1902).— Ensayista y crítico español. Obra: Manifiesto ultraísta vertical, Literaturas europeas de vanguardia, Examen de conciencia o problemas estéticos de la nueva generación, Valoración literaria del existencialismo. Problemática de la Literatura, etc.

UNAMUNO, Miguel de (1864-1938).— Literato, lingüista, filólogo y ensayista español, cuyo pensamiento brillante, contradictorio y poderoso, ejerció notable influencia entre sus contemporáneos y generaciones siguientes. Extraordinario conocedor de la lengua castellana, enriqueció la filología de nuestro idioma. Sus virajes religiosos y políticos fueron siempre motivo de violentísimas polémicas. En su erudita y copiosa producción sobresalen: La agonía del Cristianismo, El sentimiento trágico de la vida, Vida de Don Quijote y Sancho (libros de ensayo); Nada menos que todo un hombre, Niebla (novelas); Fedra (teatro); Teresa, rimas de un poeta desconocido (poesía), etc.

URBINA, Luis G. (1868-1934).— Poeta, cuentista y ensayista mexicano. Obra: Lámparas de agonía, Glosario de la vida vulgar y Los últimos pájaros. Cuentos vividos y crónicas sonadas, La literatura mexicana durante la guerra de la independencia, Bajo el sol y frente al mar y Luces de España.

VALENCIA, Guillermo (1873-1943).— Poeta, político y humanista colombiano. Rector de la Universidad de Cauca. Obras: Poesías (1898), Ritos (1914) y Poemas (1917).

VASCONCELOS, José (1882-1959).— Escritor y político mexicano. Se afilió a la lucha de Madero contra Porfirio Díaz y desempeñó brillantemente el Ministerio de Educación de su país. Obra: El monismo estético (1919), La raza cósmica (1925), Indología (1927), Ulises criollo (1935) y El Pro-consulado.

VAZQUEZ DE MELLA, Juan (1861-1928).— Político español.

VIGNALE, Pedro Juan (1903).— Poeta y periodista argentino. Obra: Naufragio y un viaje por tierra firme, Canciones para los niños olvidados y Exposición de la actual poesía argentina: antología realizada conjuntamente con César Tiempo.

WAST, Hugo (1883).— Novelista argentino. Su nombre verdadero es Gustavo Martínez Zuviria. Obra: Flor de durazno, La casa de los cuervos, Ciudad turbulenta, ciudad alegre, Desierto de piedra. Ha obtenido la Medalla de Oro de la Real Academia Española y el Gran Premio de la Literatura Argentina.

WHITMAN, Walt (1819-1892).— Poeta norteamericano. El inaugura una nueva etapa en la poética universal. Cantor del naciente capitalismo progresivo y del hombre y sus cotidianos oficios; propulsor de un nuevo vitalismo y de una nueva moral naturalista. Sus obras fundamentales son Hojas de hierba y Canto a mí mismo.

WILSON, Woodrow (1856-1924).— Político norteamericano. Como Presidente se mostró imperialista: por medio de clara presión separó a Panamá de Colombia y desembarcó en México a la infantería de marina. Declarada la Primera Guerra Mundial, durante cuyo lapso fue reelegido, vaciló bastante antes de decidir el ingreso de Estados Unidos en la contienda. Pero, al

final de ésta, se convirtió en primerísima figura mundial mediante sus famosos 14 puntos. Inspirador de la Sociedad de las Naciones, obtuvo el Premio Nóbel de la Paz.

ZAPATA, Emiliano (1883-1919).— Revolucionario mexicano. Se alzó en armas contra Porfirio Díaz, favoreciendo el triunfo de Madero. Su actitud prendió en las masas populares y, después de su muerte, se empezaron a dictar las primeras leyes de Reforma Agraria.